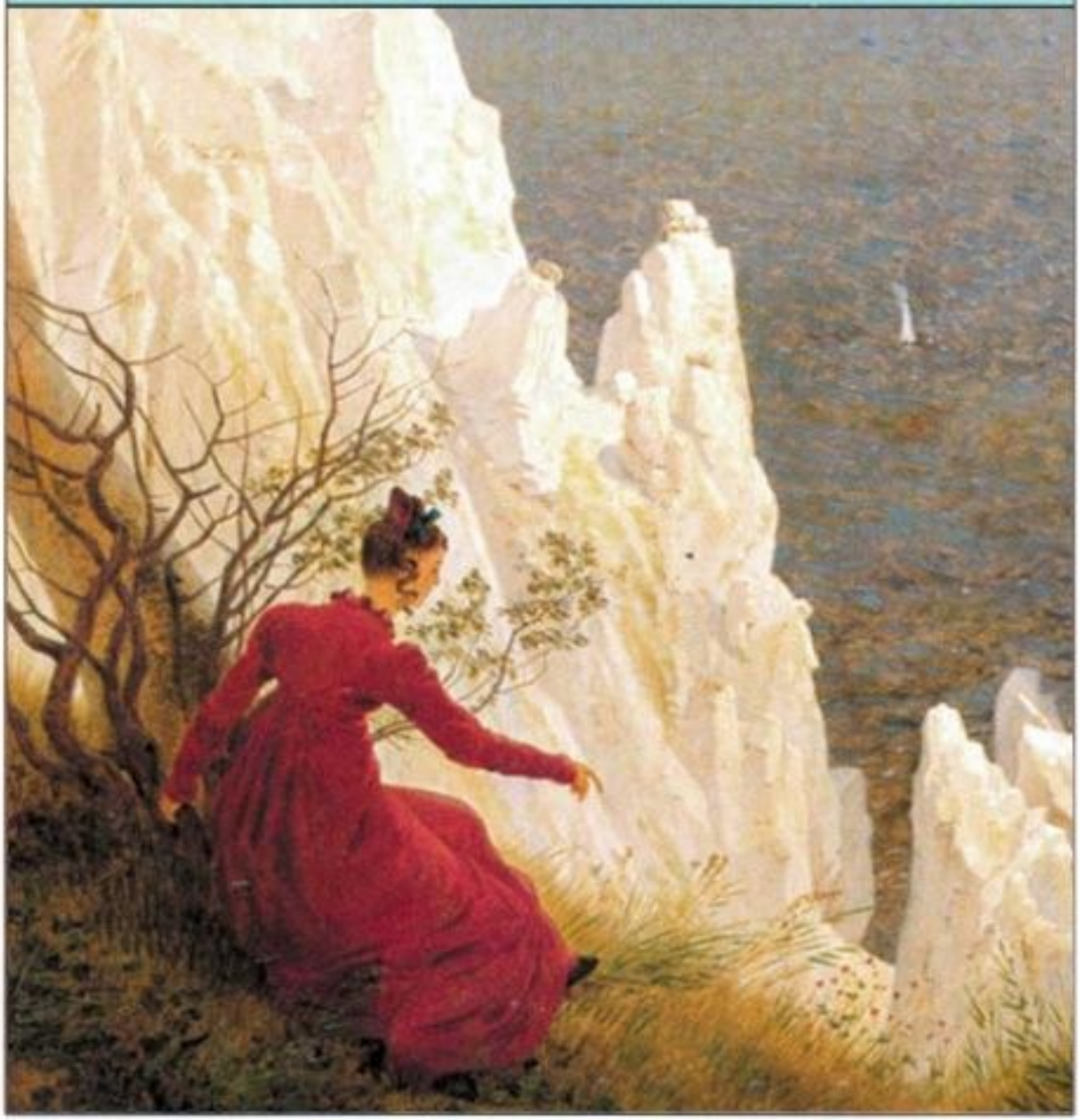
FRIEDRICH HÖLDERLIN

HIPERIÓN

O EL EREMITA EN GRECIA

NOVELA

Traducción y prólogo de Jesús Munárriz



Lectulandia

«El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona».

«Las olas del corazón no estallarían en tan bellas espumas, ni se convertirían en espíritu, si no chocaran con el destino, esa vieja roca muda».

«Siempre que el hombre ha querido hacer del Estado su cielo, lo ha convertido en su infierno».

«¡Que cambie todo a fondo! ¡Que de las raíces de la humanidad surja el nuevo mundo! ¡Que una nueva deidad reine sobre los hombres, que un nuevo futuro se abra ante ellos! En el taller, en las casas, en las asambleas, en los empleos, ¡que cambie todo en todas partes!».

Julio Cortázar, en *Prosa del observatorio*, nos recuerda que «Thomas Mann dijo que las cosas andarían mejor si Marx hubiera leído a Hölderlin».

Lectulandia

Friedrich Hölderlin

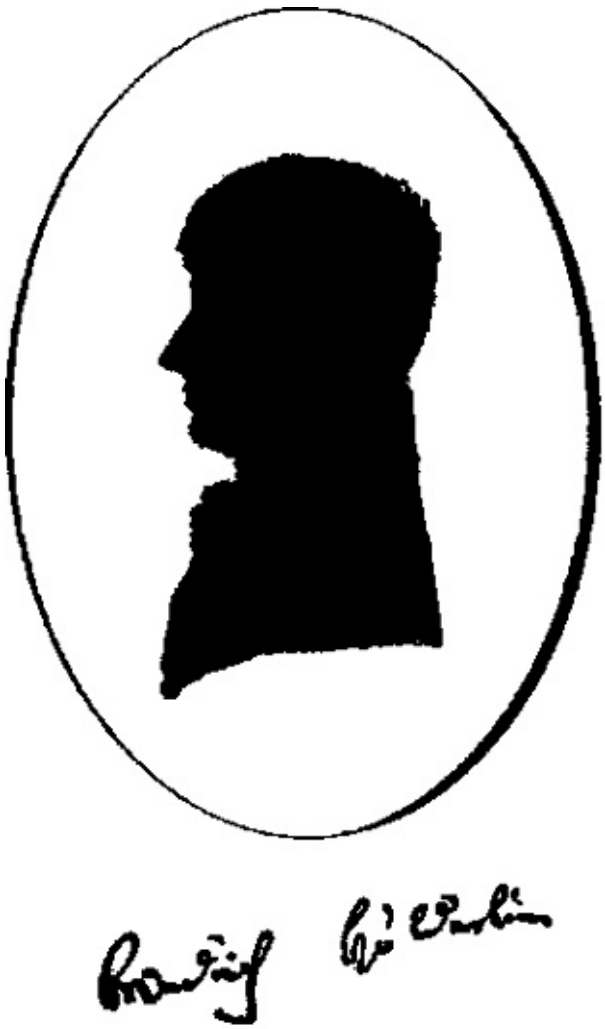
Hiperión o el eremita en Grecia

ePub r1.0
Titivillus 05.01.18

Título original: *Hyperion, oder der Eremit in Griechenland*
Friedrich Hölderlin, 1797
Traducción y prólogo: Jesús Munárriz
Cubierta: Caspar David Friedrich, «Kreidefelsen auf Rügen» (detalle) [1818/19, Stiftung Oskar Reinhart, Winterthur]

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



[Silueta de Hölderlin en 1797 y facsímil de su firma]

PRÓLOGO

NACE Johann Christian Friedrich Hölderlin el 20 de marzo de 1770 en Lauffen am Neckar (Suabia). Es el primer hijo del administrador del «Stift» o seminario protestante de Lauffen. Muerto su padre dos años más tarde, su madre, hija de un pastor evangélico, vuelve a casarse. Tiene sólo veintiséis años. Su segundo marido, Johann Christoph Gock, consejero municipal de Nürtingen, adonde se trasladan madre e hijo, muere cinco años más tarde, en 1799. A Hölderlin le quedarán una hermana de su mismo padre, Heinrik, y un hermanastro, Karl Gock, nacido en 1776. Su madre siguió viviendo en Nürtingen hasta su muerte, en 1828.

En 1784 Hölderlin, destinado a una carrera teológica, ingresa en un colegio preparatorio para el seminario, en Denkendorf, a algunos kilómetros de Nürtingen. Estudia hebreo, latín y griego, y descubre a sus primeros poetas: Klopstock y Schiller. Escribe allí también sus primeros poemas.

En octubre de 1786 ingresa, junto con el resto de su clase, en el seminario de Maulbronn. Allí hace amistad con Inmanuel Nast y se enamora de su prima, Louise Nast, hija del administrador del seminario. Siguen las lecturas de Klopstock y Schiller, a las que se añaden Schubart, Yonng, Wieland y, sobre todo, Ossian.

En 1788 Hölderlin entra como becario, por cinco años, en el seminario de Tübingen. Rompe con Louise Nast y se enamora de la hija de un profesor, Elise Lebret, aunque por poco tiempo. Con sus amigos Magenau y Neuffer funda una «Liga de los poetas».

En 1789, cuatro meses después del estallido de la revolución francesa, el duque Carlos Eugenio, a cuya jurisdicción pertenece el seminario, advierte a los estudiantes, entre los cuales hay corrientes de republicanismo, que se atengan «al más severo orden y legalidad». Los seminaristas leen a Kant y Rousseau y se entusiasman con la revolución del país vecino. Entre sus compañeros están Hegel y Schelling, con los que Hölderlin hace amistad a partir de 1791.

Hölderlin lee a Platón, y su mente se aparta cada vez más de la fe protestante, al tiempo que se afirma su vocación poética. Compone numerosos poemas, entre ellos los llamados Himnos de Tubinga, *bajo la influencia de Schiller, aunque con un tono ya personal.*

En 1793, cumplidos los veintitrés años, sale del seminario provisto de la licencia que le permite ejercer el ministerio evangélico. Pero en contra de la opinión de su madre, decide no ejercer su carrera y emplearse como preceptor para subsistir económicamente.

Hölderlin, recomendado por sus amigos Staudlin y Hegel, visita a Schiller, famoso ya en toda Alemania a los treinta y cuatro años, y éste le consigue una plaza

de preceptor para ocuparse del hijo de Charlotte von Kalb, en Waltershausen. En 1794 acompaña a su alumno en un viaje a Weimar, y empieza a trabajar en el Hiperión. *Pronto debe abandonar su puesto de preceptor, dada la imposibilidad de influir realmente sobre su alumno, que es un niño muy difícil. Hölderlin se instala en Jena, uno de los principales centros intelectuales del país, donde asiste a los cursos de Fichte. En noviembre, Schiller le publica un fragmento de* Hiperión *en su revista «Thalia».*

El año siguiente, 1795, falto de recursos, debe volver a Nürtingen, con su madre, y allí sigue trabajando en el Hiperión. *Su amigo Sinclair acaba por encontrarle un trabajo en Frankfurt, en casa del banquero Gontard, nuevamente para ocuparse de los niños. La esposa, Susette Gontard, casada desde hacía diez años y madre de cuatro hijos, se convierte pronto en el gran amor de Hölderlin, amor que es correspondido. Hölderlin la llamará en su obra «Diotima». Este mismo año, a pesar de su trabajo y de los viajes que debe efectuar con la familia Gontard a causa de la guerra contra los franceses, consigue finalizar su* Hiperión. *En 1797 aparecerá publicada la primera parte por el editor Cotta y, dos años más tarde, la segunda.*

También en 1797 es visitado por Hegel, a quien ha conseguido un puesto de trabajo en Frankfurt. En agosto, último encuentro con Goethe, a quien había conocido con anterioridad en Weimar por intermedio de Schiller. Al contrario que este último, Goethe no tendrá nunca en demasiada estima la obra de Hölderlin.

En septiembre de 1798 debe abandonar la casa de los Gontard. Susette le escribirá poco después de su partida: «Es como si mi vida hubiera perdido todo significado; sólo por el dolor sigo notando su existencia». Susette y Hölderlin consiguen entrevistarse varias veces en secreto en Frankfurt, hasta que finalmente el poeta se traslada a Homburg, por consejo de Sinclair, quien le introduce allí en el círculo de sus amigos republicanos. Este año y el siguiente es frecuente la actividad política de Hölderlin con sus nuevos compañeros. Trabaja en su tragedia Empédocles. *Al aparecer, en septiembre, el segundo tomo de su* Hiperión, *le envía un ejemplar a Susette Gontard con la dedicatoria: «¿A quién sino a ti?». Fracasa en su tentativa de lanzar una revista intelectual y literaria. La mayoría de las cartas que dirige a los «grandes nombres», Schelling, Schiller, Goethe, no obtienen respuesta.*

En 1800, un grupo de amigos, en especial el comerciante Landauer, le invitan a Stuttgart, donde tiene así tiempo para dedicarse con intensidad a la poesía. Nacen de esta manera algunos de sus grandes poemas. Empieza asimismo a traducir a Píndaro, que ejercerá una gran influencia sobre sus Cantos. *A fines del año acepta otro puesto como preceptor en Hauptwil, Suiza, adonde llega en enero de 1801. No se sabe por qué razones, en abril abandona su trabajo y vuelve a Nürtingen, con su madre, y allí trabaja ininterrumpidamente en su obra poética.*

En enero de 1802 comienza un nuevo trabajo también como preceptor, esta vez en Burdeos, en casa del cónsul de Hamburgo. Se desconocen por completo las circunstancias de este viaje, pero Hölderlin vuelve a abandonar su puesto en abril.

Ya el año anterior habían aparecido los primeros síntomas de su enfermedad: la locura. El 4 de diciembre había escrito a un amigo: «En la actualidad temo acabar sufriendo la suerte de Tántalo, que recibió de los dioses más de lo que podía digerir».

Tras dejar su trabajo en Burdeos visita París, y desde allí se dirige a casa de sus amigos en Stuttgart. En julio recibirá allí una carta de Sinclair comunicándole la muerte de Susette Gontard el día 22 del anterior, en Frankfurt. Hölderlin tardará casi un mes en llegar, andando, a casa de su madre. En Nürtingen, su aspecto es casi irreconocible. Él explicará de sí mismo que fue «golpeado por Apolo».

Tras un período de gran violencia, su locura se calma. En septiembre, Sinclair le lleva de viaje a Regensburg y Ulm. A la vuelta, escribe "El único" y "Patmos", dos de sus obras maestras.

Prosigue intensamente su actividad poética en 1803. Sinclair entrega al landgrave de Homburg el manuscrito de "Patmos", que Hölderlin le dedica. Acaba sus traducciones de Sófocles, de cuya edición se hace cargo Wilmans en Frankfurt, y que aparecerán al año siguiente; corrige poemas y odas antiguos, trabaja en otros nuevos, etc. Sin embargo, Schelling, que le visita en junio, queda muy afectado por su aspecto descuidado y por el «deterioro» de su espíritu.

En 1804, y gracias a las gestiones de Sinclair, el landgrave de Homburg le ofrece a Hölderlin la plaza de bibliotecario de la corte. Hölderlin entra a trabajar en la biblioteca de palacio. Frecuentes crisis mentales.

En 1805 un médico que le visita declara sobre su estado de salud: «Su locura se está convirtiendo en frenesí, y es imposible comprender su lenguaje, que parece una mezcla de alemán, griego y latín». Por fin, en 1806, su estado mental, y también ciertos cambios políticos en la corte de Homburg, hacen que el landgrave prescinda de sus servicios. Sinclair lo interna en una clínica de Tübingen, pero su estado no mejora.

En el verano de 1807, un ebanista de la misma ciudad, llamado Zimmer, entusiasmado con la lectura del Hiperión, *visita a Hölderlin en la clínica y decide llevárselo a vivir a su casa, junto al Neckar. Allí permanecerá el poeta hasta su muerte, que no llegó hasta 1843, siempre apreciado por la familia del ebanista, incluso tras la muerte de éste, y en un estado de locura pacífica que no le impedirá seguir escribiendo poemas en los que, a menudo, se advierte una cierta incoherencia, pero no exentos en ningún caso de un fuerte arranque poético. También toca y compone música al piano y da largos paseos por los parques y los alrededores de la ciudad, con aspecto infantiloide, de «niño grande», con frecuencia perseguido y molestado por los estudiantes.*

De vez en cuando recibirá visitas de viejos amigos o de gentes que acuden por curiosidad al ir extendiéndose su fama. Él les dará tratamiento de «alteza serenísima», «excelencia», «majestad», etc., y se dirigirá a ellos como «Scardanelli», voluntariamente olvidado de su personalidad de Hölderlin, y siempre actuando y

hablando con una mezcla de lucidez y locura que desconcertará a sus visitantes.

Permanecerá, sin embargo, siempre fiel a su Hiperión, *que recitará a menudo en voz alta y del que leerá pasajes a sus visitantes.*

Como Baroja, que en su vejez preguntaba a quienes le llevaban libros para que se los dedicara: «¿Cómo quiere que le ponga: querido amigo o estimado amigo?», así también «Scardanelli», que no conseguirá coordinar una conversación bien hilada, pero que asombrará siempre a sus visitantes por algún rasgo de genialidad, preguntará a quienes solicitan de él un poema delicado: «¿Sobre qué quiere que se lo escriba: sobre las estaciones, sobre Grecia, o prefiere un pensamiento poético?».

Pronto reivindicaron su obra los románticos. En 1822 se reeditará su Hiperión; *en 1826 aparecen por primera vez en un volumen sus* Poesías, *que volverán a publicarse en 1843 junto con una biografía del autor.*

Este mismo año, sin apenas consciencia de su fama ni del cada vez mayor reconocimiento de su obra, totalmente alejado del mundo, muere en Tübingen Friedrich Hölderlin «dulcemente, sin haber sostenido una lucha especial con la muerte».

Tras una etapa de olvido, en la que se perdieron muchos manuscritos y papeles suyos, a finales de siglo volvió a interesar su obra a los lectores, y ya en el nuestro ha pasado a ocupar el lugar qué se merece: uno de los primeros no sólo en la literatura alemana, sino también en la universal. Sin la existencia de su obra, en especial de Hiperión, *serían inconcebibles obras como la de Nietzsche o la de Hermann Hesse, por citar sólo dos nombres capitales en la historia del pensamiento y de la literatura.*

Del autor de Hiperión *dijo Luis Cernuda: «Hölderlin, con fidelidad admirable, no fue sino aquello a que su destino le llamaba: un poeta. Pero ahí nadie le ha superado en su país, ni en otro país cualquiera». Hablaba Cernuda, al tiempo que del poeta alemán, de su propia experiencia, pues no otro fue su destino. Por eso sabía que ser poeta, ser auténticamente poeta, no ha querido decir nunca andar por las nubes, «puro», alejado del mundo. La cárcel, el exilio y la muerte habían hecho demasiada mella entre los poetas españoles de su tiempo para que a uno de ellos, lejos de su tierra, se le ocurriera pensar en la pureza o la neutralidad del poeta. Era la fidelidad de éste, de Hölderlin, a su destino —fidelidad que, en definitiva, le había llevado a la locura, muerte del alma— lo que admiraba Cernuda. Esa entrega incondicional del poeta a no se sabe qué fuerzas que hablan por su boca y dictan y ordenan las palabras de sus poemas. Porque Hölderlin fue, sin duda, uno de los casos más claros de entrega de un ser a esas fuerzas ocultas cuyos productos solemos denominar arte. Como Van Gogh, como Artaud, como tantos alucinados a los que una tensión infinita ha llevado a la locura.*

También Heidegger da una opinión en parte similar cuando afirma: «Hölderlin no se ha escogido porque su obra, como una entre otras, realice la esencia general

de la poesía, sino únicamente porque está cargada con la determinación poética de poetizar la propia esencia de la poesía. Hölderlin es para nosotros en sentido extraordinario el poeta del poeta. Por eso está en el punto decisivo». Sin embargo, al insistir en esa absoluta pureza de la «poesía de la poesía» y del «poeta del poeta», Heidegger caracteriza a Hölderlin de una manera con la que el propio Hölderlin, muy probablemente, no hubiera estado de acuerdo. No en balde nos advirtió en Hiperión *que «de la pura inteligencia no brotó nunca nada inteligible, ni nada razonable de la razón pura», y también que «de la nada, por sublime que sea, nunca ha nacido nada». Probablemente hubiera estado de acuerdo en añadir que de la poesía pura no brotó nunca nada poético, que ser el «poeta del poeta» es menos definitivo que ser, lisa y llanamente, el poeta. Porque el poeta es, ante todo, un hombre que poetiza, no «la cosa poetizándose en su poeticidad», por parodiar la jerga heideggeriana, y el barro y la miseria que arrastra su poesía, su apetencia de felicidad y sus sueños utópicos, son los que suministran su materia al hecho poético, la leña con que encender su fuego. Poco hubiera quedado de la poesía de Hölderlin a no ser por esa carga y esa tensión que encierra, las de un ser perpetuamente insatisfecho, siempre a la búsqueda de algo que podríamos denominar excelsitud.*

Así lo ha entendido Octavio Paz cuando afirma en Los hijos del limo *—y perdóneseme lo largo de la cita en honor a su claridad y a lo mucho que aporta para la comprensión de esta obra—: «El tema de* Hiperión *es doble: el amor por Diotima y la fundación de una comunidad de hombres libres. Ambos actos son inseparables. El punto de unión entre el amor a Diotima y el amor a la libertad es la poesía. Hiperión no sólo lucha por la libertad de Grecia, sino por la instauración de una sociedad libre; la construcción de esta comunidad futura implica asimismo un regreso a la poesía. La palabra poética es mediación entre lo sagrado y los hombres y así es el verdadero fundamento de la comunidad. Poesía e historia, lenguaje y sociedad, la poesía como punto de intersección entre el poder divino y la libertad humana, el poeta como guardián de la palabra que nos preserva del caos original: todas estas oposiciones anticipan los temas centrales de la poesía moderna». La palabra poética no es un «en sí», sino una «mediación entre lo sagrado y los hombres», o entre los hombres y sus sueños. Hiperión, es decir, Hölderlin, quiere construir en este mundo su ideal de belleza y de felicidad.*

Y lo construye con palabras, aunque quisiera verlo alzarse en la realidad, pero sus palabras son ya, al mismo tiempo, una nueva realidad, la poética, cuya integración en la totalidad no deja de modificarla, en una interrelación en la que la palabra ejerce el papel de puente entre lo deseado y lo existente, entre la realidad y el deseo.

Julio Cortázar, en Prosa del observatorio, *nos recuerda que «Thomas Mann dijo que las cosas andarían mejor si Marx hubiera leído a Hölderlin», pero complementa esta opinión con otra, sólo en apariencia antitética: «Yo creo con Lukacs que también hubiera sido necesario que Hölderlin leyera a Marx». Es el mismo dilema*

que los surrealistas intentaron compaginar. La síntesis entre el «cambiar el mundo» de Marx y el «cambiar al hombre» de Rimbaud.

Esta disyuntiva, estos caminos divergentes que buscan, en el fondo, un mismo cambio sustancial, los hace coincidir Peter Weiss en su obra teatral Hölderlin. *Allí, en el escenario, se encuentran quienes nunca se encontraron en la vida real, y Peter Weiss engarza los afanes y esperanzas utópicos del autor de* Hiperión *con las primeras preocupaciones intelectuales del joven Marx, que habría proyectado en su voluntad revolucionaria ese anhelo de renovación de la totalidad que Hölderlin expresaba haciendo decir a su Hiperión: «¡Que cambie todo a fondo! ¡Que de las raíces de la humanidad surja el nuevo mundo! ¡Que una nueva deidad reine sobre los hombres, que un nuevo futuro se abra ante ellos! En el taller, en las casas, en las asambleas, en los templos, ¡que cambie todo en todas partes!». Marx sería así quien habría tomado sobre sí la tarea de hacer realidad lo que el poeta soñó.*

Pero Hölderlin sabía también que «siempre que el hombre ha querido hacer del Estado su cielo, lo ha convertido en su infierno». Por eso su reino fue el de las palabras, aunque quizá también por eso, éste le llevó al de la locura. Porque «el hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona», y esta desgarradura, esta radical impotencia frente a la impenetrable realidad, es la que ha llevado tantas veces a los más lúcidos al reino de las sombras. Hölderlin, como poeta integral, es un profeta que marca los caminos visionarios del futuro. Siempre impulsado por el amor, porque «el hombre, cuando ama, es un sol que todo lo ve y todo lo transfigura».

Hölderlin, el soñador, el «original», el loco, es la más auténtica voz de su época, y por eso nos sigue llegando con la vigencia de lo imperecedero, porque nos habla de lo aún no hecho, de lo que quizá nunca pueda llegar a ser, de esa proyección en el futuro y en el vacío que ha engendrado siempre las más bellas obras de la mente humana. Hölderlin sigue vivo en su palabra, que es la eterna palabra de los hombres.

Respecto a la traducción, debo decir que me he enfrentado con este texto, de alguna manera, como si se tratara de un texto «sagrado». Y creo que así debe ser, porque al lenguaje de quien hizo de la palabra una vocación profunda, religiosa, hay que acercarse como a un hecho religioso, cuya transcripción exige toda la fidelidad posible. Quizá el castellano se resienta de ello en algún momento, pero creo que, en su terminología, que tanto tiene de filosófica, Hölderlin era tan exacto como puedan haberlo sido Kant, Hegel, Marx, Heidegger o Bloch en sus diferentes tratamientos del idioma alemán, y ello exige, en cada uno de estos casos, traducciones castellanas diversas, en las que forzosamente ha de notarse la influencia del idioma original.

He procurado, al mismo tiempo, respetar cuanto de poético tiene esta prosa, su ritmo, su cadencia, sus tonos, siempre en la medida de lo posible en otro idioma, y debo confesar que en ocasiones una profunda simpatía por el texto me ha llevado a

una integración con él tanto en sus aspectos significativos como formales. Se trata de pasajes de cuya transcripción he quedado especialmente contento.

Otros, sin embargo, se han rebelado contra su trasvase al castellano, y mi labor ha tenido que limitarse a hacerlos, al menos, todo lo comprensibles de que he sido capaz, respetando al mismo tiempo la ambigüedad que en muchas ocasiones caracteriza el empleo de determinados términos por Hölderlin.

Es decir, he procurado ponerme, con mejor o peor fortuna, según los casos, enteramente al servicio de un texto que considero capital en la literatura contemporánea y que no era accesible al lector en castellano. De un texto profundamente lúcido, cuya lucidez cobra un valor aún mayor cuando sabemos que condujo a quien la poseía a la terrible y definitiva lucidez de la locura.

JESÚS MUNÁRRIZ
Pozuelo de Alarcón, enero de 1976

Para la decimotercera edición de este libro, en 1992, se volvió a componer el texto, eliminando algunas deficiencias y erratas advertidas en anteriores impresiones. Por motivos técnicos, ha vuelto a componerse y a revisarse en 1998, aunque respetando a plana y renglón la edición del 92, a cuya paginación se remitían los trabajos sobre Hiperión *editados con posterioridad*.

Éstos son, en concreto, el de Anacleto Ferrer, La reflexión del eremita. Razón, revolución y poesía en el *Hiperión* de Hölderlin, *y el de Helena Cortés Gabaudan*, Claves para una lectura de *Hiperión*. Filosofía, política, ética y estética en Hölderlin, *ambos publicados por esta editorial, y que recomiendo vivamente a cuantos pretendan comprender mejor y profundizar en la lectura de este libro. Si hubieran existido cuando yo lo traduje, hace más de veinte años, me hubieran ahorrado un prólogo como el anterior, que a su lado desmerece. Sólo me consuela pensar que mi traducción y la editorial a la que dio origen, con su vocación hölderliniana, han contribuido a fomentar y dar a luz sus trabajos e investigaciones.*

J. M.
Madrid, enero de 1998

VOLUMEN PRIMERO

Non coerceri maximo,
contineri minimo, divinum est[*].

PREFACIO[*]

ME gustaría que este libro estuviese abocado a conseguir el amor de mis compatriotas. Pero temo que los unos vayan a leerlo como si de un compendio se tratará, preocupados en exceso por la moraleja[**], al tiempo que los demás lo tomen demasiado a la ligera, con lo que ni unos ni otros lo comprenderían.

Quien se limite a aspirar el perfume de esta flor mía no llegará a conocerla, pero tampoco la conocerá quien la corte sólo para aprender de ella.

La resolución de las disonancias dentro de un carácter dado no es tarea ni de la pura reflexión ni del simple deseo.

El escenario en que se desarrolla esta historia no es nuevo, y confieso que hubo un tiempo en que fui lo bastante ingenuo como para pensar en modificar el libro a este respecto, pero acabé por convencerme de que era el único adecuado al carácter elegiaco de Hiperión, y me avergoncé de haber sobrevalorado de forma tan excesiva el posible juicio del público.

Lamento que aún no le sea posible a todo el mundo un juicio acerca del plan completo de mi obra, pero el segundo volumen aparecerá lo antes posible.

LIBRO PRIMERO

HIPERIÓN A BELARMINO

EL amado suelo de mi patria vuelve a proporcionarme alegría y dolor.

Subo ahora todas las mañanas a las alturas del istmo de Corinto y, cual la abeja entre las flores, vuela mi alma a menudo de aquí para allá entre los mares que refrescan a derecha e izquierda los pies de mis incandescentes montes.

Una de estas dos bahías, en especial, me hubiera proporcionado una gran alegría de haber estado yo aquí hace un milenio.

Como un semidiós triunfante, entre el esplendor salvaje del Helicón y del Parnaso, donde el amanecer juega con mil cumbres nevadas, y la llanura paradisíaca de Sición, avanzaba la resplandeciente bahía hacia la ciudad de la alegría, la juvenil Corinto, y derramaba ante su prometida riquezas procedentes de todas la zonas.

Pero ¿de qué me sirve a mí esto? El aullido del chacal, que hace resonar su funeral canto salvaje bajo los escombros de la antigüedad, viene a sacarme de mis sueños.

¡Dichoso el hombre al qué una patria floreciente alegra y fortifica el corazón! A mí, cuando alguien me recuerda la mía, es como si me tirasen a un charco, como si clavaran sobre mí la tapa del ataúd, y cuando alguien me llama griego, siento como si acabara de echarme al cuello el collar de un perro.

Y mira tú, Belarmino, cada vez que se me han escapado tales o semejantes palabras, cada vez que la rabia hizo llegar una lágrima a mis ojos, se me acercaron esos sabios que tanto gustan de figurar en Alemania, esos miserables para los que un alma que sufre es justamente lo que necesitan para aplicarle sus consejos, y muy amistosamente se dignaron echarme una mano y me dijeron: «¡No te lamentes, actúa!».

¡Ojalá no hubiera actuado nunca! ¡Algo más rico sería en tantas esperanzas!…

Sí, olvídate de que hay hombres, miserable corazón atormentado y mil veces acosado, y vuelve otra vez al lugar de dónde procedes, a los brazos de la inmutable, serena y hermosa naturaleza.

HIPERIÓN A BELARMINO

No tengo nada de lo que pueda decir: esto es mío.

Lejos y muertos están mis seres queridos, y ya no hay voz alguna que me hable de ellos.

Mi negocio aquí en la tierra ha terminado. Emprendí la tarea pleno de voluntad, me desangré en ella, y no he enriquecido el mundo en un solo céntimo.

Desconocido y solitario vuelvo a mi patria y vago por ella como por un vasto cementerio, donde tal vez me espere el cuchillo del cazador, a quien nosotros los griegos somos tan del agrado como la caza del bosque.

¡Pero tú brillas todavía, sol del cielo! ¡Tú verdeas aún, sagrada tierra! Todavía van los ríos a dar en la mar y los árboles umbrosos susurran al mediodía. El placentero canto de la primavera acuna mis mortales pensamientos. La plenitud del mundo infinitamente vivo nutre y sacia con embriaguez mi indigente ser.

¡Feliz naturaleza! No sé lo que me pasa cuando alzo los ojos ante tu belleza, pero en las lágrimas que lloro ante ti, la bienamada de las bienamadas, hay toda la alegría del cielo.

Todo mi ser calla y escucha cuando las dulces ondas del aire juegan en tomo de mi pecho. Perdido en el inmenso azul, levanto a menudo los ojos al Éter y los inclino hacia el sagrado mar, y es como si un espíritu familiar me abriera los brazos, como si se disolviera el dolor de la soledad en la vida de la divinidad.

Ser uno con todo, ésa es la vida de la divinidad, ése es el cielo del hombre.

Ser uno con todo lo viviente, volver, en un feliz olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza, ésta es la cima de los pensamientos y alegrías, ésta es la sagrada cumbre de la montaña, el lugar del reposo eterno donde el mediodía pierde su calor sofocante y el trueno su voz, y el hirviente mar se asemeja a los trigales ondulantes.

¡Ser uno con todo lo viviente! Con esta consigna, la virtud abandona su airada armadura y el espíritu del hombre su cetro, y todos los pensamientos desaparecen ante la imagen del mundo eternamente uno, como las reglas del artista esforzado ante su Urania, y el férreo destino abdica de su soberanía, y la muerte desaparece de la alianza de los seres, y lo imposible de la separación y la juventud eterna dan felicidad y embellecen al mundo.

A menudo alcanzo esa cumbre, Belarmino. Pero un momento de reflexión basta para despeñarme de ella. Medito, y me encuentro como estaba antes, solo, con todos los dolores propios de la condición mortal, y el asilo de mi corazón, el mundo eternamente uno, desaparece; la naturaleza se cruza de brazos, y yo me encuentro ante ella como un extraño, y no la comprendo.

¡Ojalá no hubiera ido nunca a vuestras escuelas! La ciencia, a la que perseguí a través de las sombras, de la que esperaba, con la insensatez de la juventud, la confirmación de mis alegrías más puras, es la que me ha estropeado todo.

En vuestras escuelas es donde me volví tan razonable, donde aprendí a diferenciarme de manera fundamental de lo que me rodea; ahora estoy aislado entre la hermosura del mundo, he sido así expulsado del jardín de la naturaleza, donde

crecía y florecía, y me agosto al sol del mediodía.

¡Oh, sí! El hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona, y cuando el entusiasmo desaparece, ahí se queda, como un hijo pródigo a quien el padre echó de casa, contemplando los miserables céntimos con que la compasión alivió su camino.

HIPERIÓN A BELARMINO

Te agradezco que me hayas pedido que te hable de mí, porque así traes a mi memoria el tiempo pasado.

Esto fue también lo que me hizo volver a Grecia: que quería vivir más cerca del escenario de mis juegos de infancia.

Como el trabajador que se sumerge en el sueño reparador, mi ser atormentado se hunde a menudo en los brazos del pasado inocente.

¡Calma de la infancia, calma divina! ¡Cuántas veces te contemplo en silencio, amorosamente, y quisiera alcanzarte con el pensamiento! Pero sólo conservamos nociones de lo que, habiendo sido malo, se acabó transformando en bueno; de la infancia y de la inocencia no tenemos nociones.

Cuando yo era un niño callado y no sabía nada de todo lo que nos rodea, ¿no era entonces más que ahora, tras todas las fatigas del corazón y todos sus esfuerzos y afanes?

Sí, el niño es un ser divino hasta que no se disfraza con los colores de camaleón del adulto.

Es totalmente lo que es, y por ello es tan hermoso.

La coerción de la ley y del destino no le andan manoseando; en el niño sólo hay libertad.

En él hay paz; aún no se ha destrozado consigo mismo. Hay en él riqueza; no conoce su corazón la mezquindad de la vida. Es inmortal, pues nada sabe de la muerte.

Pero los hombres no pueden soportar esto. Lo divino tiene que volverse como uno de ellos, tiene que notar que ellos también están ahí, y antes de que la naturaleza lo expulse de su paraíso, los hombres lo arrancan de él y lo arrojan al campo de la maldición, para que se gaste trabajando con el sudor de su frente.

Aunque la época del despertar también es hermosa, con tal de que no se nos despierte antes de tiempo.

Sí, son días sagrados aquellos en que nuestro corazón extiende las alas por vez primera, en que, llenos de un rápido y fogoso crecimiento, nos erguimos en el mundo soberano, como la planta joven cuando se abre al sol del amanecer y extiende sus cortos brazos hacia el cielo infinito.

¡Cuántas vueltas di por las montañas y a la orilla del mar! ¡Cuántas veces me

senté con corazón palpitante en las alturas de Tina y contemplé los halcones y las grullas, y las naves frágiles y alegres cuando desaparecían hundiéndose en el horizonte! ¡Por allá abajo, pensaba, por allá abajo peregrinarás tú también alguna vez!, y aquello era para mí como cuando alguien, desfallecido, se sumerge en un baño helado y se salpica sobre la frente el agua espumosa.

Entonces regresaba a mi casa suspirando; ¡si al menos hubieran pasado ya los años de aprendizaje!, pensaba a menudo.

¡Qué inocente! ¡Todavía faltaba mucho para que pasaran!

¡Qué cerca piensa el hombre en su juventud que está la meta! Ésta es la más bella de todas las ilusiones con que la naturaleza ayuda a la debilidad de muestro ser.

Y a menudo, cuando yacía tendido entre las flores y tomaba el sol en la tierna luz de la primavera, y miraba hacia arriba, al azul sereno que envolvía la tierra cálida, cuando me sentaba bajo los olmos y los sauces, en el seno del monte, tras una lluvia refrescante, cuando las ramas se estremecían aún de sus contactos con el cielo y sobre el bosque empapado corrían nubes doradas, o cuando el lucero vespertino, lleno de espíritu de paz, se alzaba junto con los antiguos adolescentes, los restantes héroes del cielo, y yo veía así cómo la vida seguía agitándose en ellos en eterno orden sin esfuerzo a través del Éter, y la calma del mundo me abrazaba y alegraba de tal forma que prestaba atención y escuchaba sin saber qué me sucedía… «¿Me amas, buen padre que estás en los cielos?», preguntaba yo entonces en voz baja, y sentía su respuesta tan segura y feliz en el corazón.

¡Oh, tú!, a quien llamaba como si estuvieras sobre las estrellas, a quien llamaba creador del cielo y de la tierra, ídolo amigo de mi infancia, ¡no te enfades porque te haya olvidado!… ¿No es el mundo lo bastante mezquino, como para buscar todavía fuera de él a Algún Otro?

¡Oh!, si la naturaleza soberana es hija de un padre, ¿no es el corazón de la hija su corazón? Lo más interno de ella, ¿no es Él? ¿Pero acaso lo he resuelto? ¿Es que lo conozco?

Es como si viera, pero entonces me asusto otra vez, como si fuera mi propio rostro lo que hubiera visto; es como si lo sintiera, al espíritu del mundo, como la cálida mano de un amigo, pero despierto y son los míos, son mis propios dedos los que he asido.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Sabes cómo se amaban Platón y su Estela?

Así amaba yo, así era amado. ¡Entonces sí que fui un muchacho feliz!

Es agradable ver cómo lo semejante se une a lo semejante, pero cuando un gran hombre eleva hasta sí a los más pequeños, esto tiene algo de divino.

Una palabra amistosa procedente del corazón de un hombre valiente, una sonrisa

tras la que se oculta la devoradora grandeza del espíritu, es poco y es mucho, es como una fórmula mágica, que oculta la vida y la muerte en sus ingenuas sílabas, es como un agua espiritual, que brota de lo profundo del monte y nos comunica la fuerza secreta de la tierra en sus gotas cristalinas.

¡Cómo odio, por el contrario, a todos esos bárbaros que creen ser sabios porque ya no tienen corazón, a todos esos monstruos groseros que matan y destruyen de mil modos la belleza juvenil con su mezquina e irracional disciplina!

¡Oh Dios de bondad! ¡Son como el búho que quiere expulsar del nido al aguilucho y mostrarle el camino del sol!

¡Perdóname, espíritu de mi Adamas, que te mezcle en mis pensamientos con esa gente! Pero esto es lo que ganamos con la experiencia, que no podemos imaginar algo excelente sin pensar al mismo tiempo en su contrario.

¡Ojalá estuvieras presente eternamente en mí sólo tú con todo lo que se te asemeja, infortunado semidiós en quien pienso! Aquel a quien rodeas con tu calma y tu fuerza, luchador y vencedor, aquel a quien alcanzas con tu amor y sabiduría, ¡que huya, o que se iguale a ti! Ni lo innoble ni lo débil pueden existir a tu lado.

¡Cuántas veces estuviste junto a mí, a pesar del tiempo que hacía que nos habíamos separado, y me iluminabas con tu luz, y tu calor hacía que palpitara de nuevo mi helado corazón como la fuente congelada cuando la toca el rayo celeste! En esos momentos hubiera querido volar con mi arrobamiento hasta las estrellas, para evitar que lo que me rodeaba lo envileciera.

Yo había crecido como una cepa sin tutor, y mis sarmientos silvestres se extendían por el suelo sin dirección precisa. Tú sabes cuántos nobles impulsos se pierden en nosotros porque no los empleamos. Yo andaba errante como un alma en pena, aferrándome a todo, siendo aferrado por todo, pero siempre sólo por un momento, y mis fuerzas, inútiles, se agotaban en vano. Sentía que en todas partes me faltaba algo, y sin embargo no lograba encontrar mi meta. Así fue como él me encontró.

Durante mucho tiempo había aplicado bastante arte y paciencia a su elemento, el llamado mundo cultivado, pero este elemento hubiera seguido siendo piedra y madera, con forma humana por fuera en caso necesario, y mi Adamas no hubiera podido hacer nada con tales elementos; lo que él quería eran hombres, pero su arte le resultaba demasiado pobre para conseguirlos. Sabía perfectamente que habían existido alguna vez los hombres que buscaba, aquellos que su arte era incapaz de crear. También sabía dónde habían existido. Allí quería ir e interrogar a los escombros en busca de su genio, y hacer más breves, con ayuda de éste, sus días solitarios. Se vino a Grecia. Así lo encontré yo.

Todavía le veo avanzar hacia mí con su aire sonriente, todavía puedo escuchar su saludo y sus preguntas.

Estaba ante mí como una planta, cuya paz calma el espíritu en tensión y devuelve al alma el simple contentamiento.

Y yo, ¿no era como el eco de su callado éxtasis? ¿No se repetían en mí las melodías de su ser? Yo me transformaba en lo que veía, y lo que veía era divino.

¡Y qué incapaz es el mejor intencionado empeño de los hombres frente a la omnipotencia del entusiasmo sin fisuras!

Porque no se queda en la superficie, no se apodera de nosotros sólo de vez en cuando, no necesita tiempo ni medio alguno; no necesita leyes, ni obligación, ni persuasión; se apodera de nosotros por todas partes en un momento, igual en las profundidades que en las alturas, y antes de que notemos que está ahí, antes de que preguntemos qué nos pasa, nos ha transformado por completo en su belleza, en su felicidad.

¡Dichoso aquel que se cruzó en este camino con un noble espíritu en su temprana juventud!

¡Días de oro inolvidables, llenos de las alegrías del amor y de dulces ocupaciones!

Tan pronto me introducía mi Adamas en el mundo de los héroes de Plutarco como en el mundo maravilloso de los dioses griegos, tan pronto imponía orden y tranquilidad, cuenta y razón, en mis impulsos juveniles, como subía conmigo a las montañas, de día para contemplar las flores de las praderas y del bosque y los musgos silvestres de las rocas, de noche para mirar sobre nuestras cabezas las sagradas estrellas y, en la medida en que le es posible al hombre, tratar de comprenderlas.

Experimentamos un valioso sentimiento de bienestar cuando lo interior se refuerza de esta manera en su propia materia, se diferencia y se liga más fielmente, y nuestro espíritu se va armando poco a poco.

Pero cuando le sentía a él, y a mí mismo, con una fuerza triplicada, es cuando ambos, como manes del tiempo pasado, llenos de orgullo y de alegría, llenos de ira y de tristeza, subíamos al monte Athos y desde allí atravesábamos el Helesponto para descender a la costa de Rodas y a las gargantas de Ténaro, a través de todas aquellas tranquilas islas, y cuando la nostalgia, más tarde, nos impulsó a alejamos de las costas y a penetrar en el sombrío corazón del viejo Peloponeso, por los solitarios márgenes del Eurotas… ¡Ah!, esos valles muertos de la Élida, de Nemea y de Olimpia donde, recostados en las columnas de algún templo del olvidado Júpiter, rodeados de adelfas y siemprevivas, contemplábamos el salvaje lecho del río, y la vida de la primavera y el sol eternamente joven nos recordaban que también hubo hombres allí alguna vez, desaparecidos para siempre, que de la soberana naturaleza humana apenas queda allí algo más que el fragmento roto de un templo o una imagen de muerte en la memoria… Entonces me sentaba tristemente junto a él y, jugueteando, limpiaba el musgo del pedestal de un semidiós, extraía de los escombros la espalda marmórea de un héroe, arrancaba las zarzas y malezas de un arquitrabe medio enterrado, mientras mi Adamas dibujaba el paisaje que como un consuelo amistoso rodeaba las ruinas: las colinas cubiertas de trigo, los olivos, el rebaño de cabras suspendido en las rocas de la montaña, el olmedo que se precipitaba en el valle desde las cumbres… y la lagartija

jugaba a nuestros pies, y las moscas zumbaban a nuestro alrededor en la calma del mediodía… ¡Querido Belarmino, me gustaría contarte todo esto con la exactitud de un Néstor! Pero yo ando por el pasado como un espigador por entre los rastrojos cuando el amo del campo ya ha cosechado: recogiendo cada brizna de paja. ¡Y cuando estuve con él en las alturas de Delos, como sucedió un día, en que me estremecía cuando subimos juntos las viejas gradas de mármol que llevan a la muralla granítica del Cintho! Allí vivió antaño el dios del sol, entre fiestas celestiales con las que toda Grecia reunida le rodeaba en su esplendor, como una nube de oro. Igual que Aquiles en la Estigia, se sumergieron aquí los jóvenes griegos en las olas de la alegría y del entusiasmo para resurgir invencibles, como aquel semidiós. En los bosques, en los templos despertaban y resonaban unas en otras sus almas, y cada una conservaba fielmente en sí sus maravillosos acordes.

Pero, ¿qué estoy contando de todo aquello? ¡Como si pudiéramos hacernos una idea de lo que fueron aquellos días! ¡Ay!, bajo el peso de la maldición que nos abruma no puede prosperar ni aun tan sólo un bello sueño. Como el viento del norte que pasa aullando, devasta el presente las flores de nuestro espíritu y las mustia apenas abiertas. Y sin embargo, ¡qué día magnífico el que me rodeó, allá en el Cintho! Amanecía aún y ya estábamos arriba. Entonces surgió en su eterna juventud el viejo dios solar, contento y sereno, como siempre, voló hacia lo alto el Titán inmortal con sus mil alegrías propias, y sonrió sobre su desolado país, sobre su templo, sus columnas que el destino había derribado ante él como los pétalos de rosa marchitos que un niño al pasar, sin pensarlo, arrancó del rosal y esparció por el suelo.

«¡Sé como él!», me dijo Adamas, cogiéndome de la mano y extendiéndola hacia el dios, y fue para mí como si los vientos matinales nos arrastraran consigo y nos llevaran hasta el cortejo del ser sagrado que entonces ascendía hacia la cumbre del cielo, amistoso y enorme, y nos llenó, maravilloso, al mundo y a nosotros, con su fuerza y su espíritu.

Todavía se entristece y se regocija mi interior más profundo con cada palabra de las que entonces me dijo Adamas, y no comprendo mi miseria cuando a menudo me sucede lo que entonces tenía que sucederle a él. ¿Qué es el daño, cuando el hombre se encuentra así en su propio mundo? Todo está en nosotros. ¿Preocupa entonces al hombre que caiga un cabello de su cabeza? ¿Por qué busca la esclavitud cuando podría ser un dios? «¡Tú estarás solo, amigo mío!» me dijo entonces Adamas también, «serás como la grulla a la que sus hermanas abandonan en la estación ruda mientras ellas buscan la primavera en el país lejano».

¡Y eso es, querido! Eso es lo que nos hace pobres en medio de toda riqueza, que no podamos estar solos, que el amor no muera en nosotros por mucho que vivamos. Devuélveme a mi Adamas y ven con todos mis semejantes para que el viejo y hermoso mundo se renueve en nosotros, para que nos concentremos y unamos en los brazos de nuestra diosa, la naturaleza, y ¡ya ves!, así no sabré nada de la necesidad.

¡Pero que nadie diga que el destino nos separa! ¡Somos nosotros, nosotros!

Gozamos lanzándonos a la noche de lo desconocido, a la fría extrañeza de algún otro mundo, y, si fuera posible, abandonaríamos el territorio del sol y nos abalanzaríamos más allá de las fronteras de los cometas. ¡Ay!, para el salvaje pecho del hombre no hay patria alguna posible; e igual que el rayo del sol, que agosta luego las plantas de la tierra que él mismo desarrolló, así mata el hombre las dulces flores que crecían en su corazón, las alegrías de la afinidad y del amor.

Es como si guardara rencor a mi Adamas por haberme dejado, pero no le guardo rencor. ¡Él quería volver!

Dicen que en lo profundo de Asia hay oculto un pueblo de rara perfección; a él le condujo su esperanza.

Yo le acompañé hasta Nios. Eran días amargos. Había aprendido a soportar el dolor, pero para tal separación no había fuerzas en mí.

Cada instante que nos acercaba a la última hora hacía más evidente hasta qué punto estaba aquel hombre entretejido con mi ser. Mi alma le retenía como un moribundo retiene el aliento que se le escapa.

Pasamos todavía algunos días junto a la tumba de Homero, y Nios fue para mí la más sagrada entre las islas.

Finalmente, nos separamos con un desgarro. Mi corazón estaba cansado por la lucha. En el último momento, yo estaba más tranquilo. Me hinqué de rodillas ante él, le abracé por última vez con estos brazos; «¡dame tu bendición, padre mío!», le dije en voz baja. Sonrió noblemente y su frente se ensanchó ante las estrellas matutinas, y sus ojos perforaron los espacios celestes… «¡Protegédmelo», gritó, «vosotros, espíritus de un tiempo mejor, y elevadlo a vuestra inmortalidad, y todas vosotras, fuerzas bienhechoras del cielo y de la tierra, quedad con él!».

«Hay un dios en nosotros», añadió luego más tranquilo, «que dirige el destino como si fuera un arroyuelo, y todas las cosas son su elemento. ¡Que éste, ante todo, quede contigo!».

Así nos separamos. ¡Adiós, querido Belarmino!

HIPERIÓN A BELARMINO

¿A qué otro sitio podría huir de mí, si no tuviera los días queridos de mi juventud?

Como un espíritu que no encuentra ningún descanso en el Aqueronte, vuelvo a las regiones abandonadas de mi vida. Todo envejece y luego vuelve a rejuvenecer. ¿Por qué estamos excluidos nosotros del hermoso ciclo de la naturaleza? ¿O es válido también para nosotros?

Quisiera creerlo, pero hay en nosotros algo, la ambición irresistible a ser todo, que, como el Titán del Etna, brota enojada desde las profundidades de nuestro ser.

Pero, a pesar de todo, ¿quién no prefiere sentir en sí mismo como un aceite hirviente, que reconocerse nacido para el látigo y el yugo? ¿Qué es más noble, un

caballo de batalla furioso o un jamelgo de orejas colgantes?

Hubo un tiempo, querido amigo, en que mi pecho se encendía también con grandes esperanzas, en que también a mí me golpeaba en los pulsos la alegría de la inmortalidad, en que caminaba entre espléndidos proyectos como en la vasta noche de los bosques, en que, feliz como los peces del océano, penetraba más, cada vez más, en mi futuro sin orillas.

¡Oh feliz naturaleza! ¡Con qué intrepidez saltó el adolescente de tu cama! ¡Cómo se alegraba con su armadura sin estrenar! Su arco estaba tenso y sus flechas crujían en el carcaj, y los inmortales, los altos espíritus de la antigüedad, le guiaban, y su Adamas se encontraba entre ellos.

Allí donde fuera o estuviera me escoltaban esas formas magníficas; los grandes hechos de todas las épocas se confundían en mi pensamiento como llamas, e igual que en una tormenta se van uniendo entre sí las gigantescas imágenes de las nubes del cielo, así se unían, así se transformaban en mí en una victoria infinita las cien diferentes victorias de las olimpiadas.

¿Quién es capaz de contener esto, a quién no derriba el esplendor, terrible de la antigüedad como derriba un huracán los bosques jóvenes, cuando se apodera de él, como lo hizo conmigo, y cuando le falta, como a mí, el elemento en el que podría conseguir un sentimiento de su propia fuerza?

La grandeza de los antiguos, como una tempestad, me hizo doblegar la cerviz, eliminó la sangre de mi rostro y, a menudo, cuando nadie me veía, caía al suelo en medio de mil lágrimas como un abeto derribado que yace junto al arroyo y esconde en la corriente su copa marchita. ¡Con qué gusto hubiera comprado con sangre un solo momento de la vida de un gran hombre!

Pero ¿de qué me sirvió? Nadie me quería.

Es lastimoso verse a sí mismo aniquilado de esta forma; y aquel a quien esto le resulte incomprensible, que no pregunte más, y que dé gracias a la naturaleza que lo creó, como a las mariposas, para la alegría, que siga su camino y que no vuelva a hablar nunca más en su vida de dolor ni de desgracia.

Yo amaba a mis héroes como un mosquito la luz; buscaba su peligrosa proximidad, me alejaba volando, y de nuevo la buscaba.

Como un ciervo sangrante en medio del arroyo, me hundía a menudo de cabeza en el torbellino de la alegría para refrescar mi pecho ardiente y ahogar los magníficos sueños febriles de gloria y de grandeza, pero ¿de qué servía?

Y cuando, a menudo, hacia la medianoche, el corazón abrasado me hacía bajar al jardín, entre los árboles empapados de rocío, y el arrullo de la fuente y el aire delicioso y la luz de la luna calmaban mis sentidos, y pasaban sobre mí las nubes plateadas, libres y apacibles, y desde la lejanía me llamaba la voz apagada de la pleamar, ¡qué amistosamente jugaban entonces con mi corazón todos los grandes fantasmas de su amor!

«¡Adiós, seres celestiales!», me decía a menudo en mi interior cuando comenzaba

a sonar sobre mí la suave melodía del amanecer, «¡adiós, muertos magníficos!, ¡quisiera seguiros, quisiera sacudir de mí lo que me dio mi siglo e irrumpir en el reino más libre de las sombras!».

Pero gimo atado a la cadena y atrapo con amarga alegría la miserable copa que ofrecen a mi sed.

HIPERIÓN A BELARMINO

Mi isla se me volvió demasiado estrecha después de la partida de Adamas. Ya hacía tiempo que me aburría en Tina. Quería ver mundo.

«Ve primero a Esmirna», dijo mi padre, «aprende allí las artes de la mar y de la guerra, aprende las lenguas de los pueblos civilizados y sus constituciones y opiniones, sus usos y costumbres, prueba todo y elige lo mejor… Después, creo yo, podrás ir más lejos».

«Aprende también a tener un poco de paciencia» añadió mi madre; y le agradecí este consejo.

Es delicioso dar el primer paso fuera de los límites de la juventud; cuando pienso en mi partida de Tina es como si pensara en el día de mi nacimiento. Era nuevo el sol que brillaba sobre mí y gozaba de la tierra, del mar y del aire como si fuera la primera vez.

La gran actividad con que me ocupé entonces en Esmirna de mi formación, y mis rápidos progresos, contribuyeron a calmar no poco mi corazón. Recuerdo también muchos ratos de feliz descanso en aquella época. ¡Qué a menudo fui, bajo los árboles siempre verdes, a la orilla del Meles, al lugar donde nació mi querido Homero, y recogí flores y las eché, como una ofrenda, a la sagrada corriente! Después, en mis sueños apacibles, entraba en la cercana gruta donde, según se dice, cantaba el viejo su *Ilíada*. Allí lo encontraba. Su presencia hacía enmudecer en mí todo sonido. Abría su divino poema y me resultaba tan vivo y distinto que era como si hasta entonces no lo hubiera conocido.

Me gusta también recordar mis paseos por los alrededores de Esmirna. Es un país espléndido, y mil veces he deseado tener alas para volar una vez al año al Asia Menor.

Dejando la llanura de Sardes trepé por las escarpadas paredes del Tmolus.

Había pasado la noche al pie del monte, en una cabaña acogedora, entre mirtos y perfumes de plantas de mirra; a mi lado, en las doradas aguas del Pactolo, jugaban los cisnes; un antiguo templo de Cibeles, destacando de entre los olmos, brillaba en la clara luz de la luna como un tímido fantasma. Cinco graciosas columnas lloraban sobre las ruinas, y un pórtico majestuoso yacía hundido a sus pies.

Ahora ascendía mi sendero hacia la cima a través de mil matorrales en flor. De la escarpada pendiente colgaban árboles susurrantes y derramaban sobre mi cabeza sus

tiernos copos. Había partido de mañana. Al mediodía estaba en lo alto de la montaña. De pie, mirando al frente lleno de júbilo, respiraba el aire más puro del cielo. Fueron horas maravillosas.

Como un mar, yacía ante mí el país de donde venía, juvenil, lleno de alegría de vivir; era un inagotable y celestial juego de colores con el que la primavera saludaba a mi corazón, e igual que el sol del cielo se volvía a identificar con las mil modificaciones de la luz que le devolvía la tierra, mi espíritu se reconocía en la plenitud de vida que le rodeaba y le asaltaba por todas partes.

A la izquierda se precipitaba hacia los bosques, gozoso como un gigante, el río, saltando desde las rocas marmóreas que colgaban sobre mi cabeza, donde el águila jugaba con sus crías, donde las cumbres nevadas brillaban apuntando al Éter azul; a la derecha se congregaban nubes tormentosas sobre los bosques de Sipila; yo no sentía la tormenta que las arrastraba, sólo sentía un vientecillo en mis cabellos, pero oía sus truenos como se oye la voz del futuro y veía sus llamas como la luz lejana de la presentida divinidad. Volví hacia el sur y continué mi camino. Ante mí se extendía entera la tierra paradisíaca que riega el Caistro con sus bonitos meandros, como si no dispusiera del tiempo suficiente para disfrutar de todas las riquezas y delicias que le rodean. Como el céfiro, erraba mi espíritu encantado de belleza en belleza, desde el pueblecito desconocido y apacible que yacía allá abajo, al pie de la montaña, hasta donde se difumina la sierra de Messogis.

Volví a Esmirna como regresa un borracho del banquete. Mi corazón estaba demasiado rebosante de bienestar para no prestar algo de su sobrante a todo lo perecedero. Había capturado en mí con tanta felicidad la belleza de la naturaleza, que tenía que llenar con ella las lagunas de la vida humana. Mi miserable Esmirna, revestida de los colores de mi entusiasmo, parecía una novia. La urbanidad de sus ciudadanos me atraía. Lo absurdo de sus costumbres me divertía como la gracia de un niño, y como yo estaba, por naturaleza, por encima de todas las costumbres y formas establecidas, jugaba con unas y otras y las adoptaba y rechazaba como disfraces de carnaval.

Pero el único condimento que me sazonaba la insípida alimentación del trato cotidiano eran los pocos rostros y fisonomías agradables que la compasiva naturaleza envía de vez en cuando a nuestra oscuridad como estrellas que la iluminen.

¡Cómo se alegraba con ellas mi corazón! ¡Cómo creía yo en el significado de estos afectuosos jeroglíficos! Pero me sucedió con ellos como una primavera, hacía tiempo, con los abedules. Había oído hablar de la savia dé estos árboles y pensaba, lleno de admiración, que era una preciosa bebida la que debían proporcionar sus bellos troncos. Pero no había en ellos suficiente fuerza y espíritu.

¡Ah, y qué desesperante era todo lo demás que escuchaba y veía!

Realmente me parecía a veces, cuando me encontraba entre aquellas gentes cultivadas, que la naturaleza humana se había disuelto en la enorme diversidad del reino animal. Como en todas partes, también allí eran los hombres especialmente

degradados y corrompidos.

Hay animales que aúllan cuando oyen música. Estas gentes bien educadas, por el contrario, reían cuando se hablaba de belleza de espíritu y de juventud del corazón. Los lobos huyen cuando alguien enciende fuego. Cuando aquellos hombres veían una chispa de razón volvían la espalda, como ladrones.

Si pronunciaba alguna vez frases cálidas, hablando de la antigua Grecia, bostezaban y me decían que había que vivir en los tiempos actuales, y algún otro sentenciaba que el buen gusto no se había perdido del todo.

Y de inmediato podía comprobarse. El uno contaba chistes cuarteleros, el otro hinchaba los carrillos y enhebraba una sarta de lugares comunes.

Otro, que se consideraba ilustrado, se burlaba del cielo y afirmaba que más valía pájaro en mano que ciento volando. Pero cuando se le habló de la muerte, juntó de inmediato las manos y poco a poco llevó la conversación hasta hablar de lo peligrosa que era la actual incapacidad de nuestros sacerdotes.

Los únicos a los que a veces escuchaba eran los narradores, archivos vivientes de nombres de ciudades y países extranjeros, cajas de vistas parlantes donde lo mismo pueden verse potentados a caballo que iglesias y mercados.

Finalmente me cansé de volcarme buscando uvas en el desierto y flores en los ventisqueros.

Vivía entonces perfectamente solo, y el carácter afable de mi juventud desapareció de mi alma casi por completo. Lo incurable del siglo, por las cosas que cuento y por otras que me callo, se me había hecho evidente, y el hermoso consuelo de encontrar mi mundo en un alma, de abrazar a mi especie en una criatura amiga, me faltaba también.

¡Querido!, ¿qué sería la vida sin esperanza? Una chispa que salta del carbón y se extingue, o como cuando se escucha en la estación desapacible una ráfaga de viento que silba un instante y luego se calma, ¿eso seríamos nosotros?

La misma golondrina busca un país más hospitalario en el invierno, la fiera merodea en el calor del día y sus ojos buscan una fuente. ¿Quién dice al niño que la madre no le rechazará su pecho? Y ya ves, sin saberlo la busca.

Nada viviría si no tuviera esperanzas. Mi corazón guardaba entonces sus tesoros, pero sólo para conservarlos para tiempos mejores, para ese alguien único, sagrado, fiel, que con seguridad, en algún período de mi existencia, acabaría encontrando mi alma sedienta.

¡Qué feliz me unía a ese ser a menudo cuando, en horas de anhelo, jugueteaba en torno de mi frente aliviada, como la luz de la luna! ¡Ya entonces te conocía, ya entonces me contemplabas desde las nubes como un genio, tú, la que surgiste una vez de las revueltas olas del mundo en la calma de tu belleza! Entonces dejaría de luchar y de inflamarse este corazón.

Igual que un lirio que se balancea en el aire callado, así se mecía mi ser en su elemento, en el fascinador soñar con ella.

A partir de entonces ya no me apetecía seguir en Esmirna. Además, mi corazón se había ido cansando poco a poco. A ratos, todavía podía apoderarse de mí el deseo de recorrer el mundo o de enrolarme en una buena guerra, o el de buscar a mi Adamas para abrasar en su fuego mi melancolía, pero en eso quedaba todo, y mi vida, prematuramente marchita, no quería volver a recobrar nunca más su frescor.

Faltaba poco para que terminara el verano; yo presentía ya los tenebrosos días de lluvia, el silbar de los vientos y el rugir de los torrentes, y la naturaleza, que como una fuente espumeante había penetrado en todas las plantas y árboles, ante mi espíritu sombrío se replegaba, se cerraba y desaparecía en sí misma, igual que yo.

Pero yo quería llevar conmigo todo lo que pudiera de esta vida que huía, todo aquello que me había sido amable en el exterior quería introducirlo en mí, pues estaba seguro de que el año siguiente no me encontraría bajo aquellos árboles y aquellos montes, y por eso recorría yo entonces, a pie o a caballo, con más asiduidad que de costumbre, toda la región.

Pero lo que me impulsaba a salir era, sobre todo, el secreto deseo de ver a una persona a quien, desde hacía algún tiempo, encontraba todos los días bajo los árboles cada vez que pasaba por la puerta de la ciudad.

Como un joven titán avanzaba el soberbio extranjero entre el género de los enanos que se deleitaban con huraña alegría contemplando su belleza, midiendo su talla y su fuerza y disfrutando con mirada furtiva de aquella tostada e incandescente cabeza de romano, como de un fruto prohibido; y cada vez era un hermoso momento aquél en que los ojos de este hombre, para cuya mirada el libre Éter parecía demasiado angosto, buscaban e indagaban, sin la menor altanería, hasta que se encontraban con mis ojos, y, sonrojándonos, nos mirábamos y pasábamos el uno junto al otro.

Una vez que me había internado yo profundamente en los bosques de Mimas, volvía ya de atardecida. Había descabalgado y llevaba de la brida a mi caballo por un estrecho y empinado sendero cubierto de ramas y raíces y, al encaminarme así entre los arbustos hacia el abismo que se abría a mis pies, cayeron de pronto sobre mí dos bandoleros caraborniotas y me costó trabajo, en el primer momento, contener sus sables desenvainados; pero como ya estaban cansados por otra empresa anterior, conseguí salir con bien del apuro. Volví a montar tranquilo en el caballo y seguí mi descenso.

Al pie del monte, en medio de los bosques y de las rocas hacinadas, llegué a un pequeño prado. De pronto se llenó de luz. La luna acababa de aparecer sobre los oscuros árboles. A alguna distancia vi unos caballos echados en el suelo y a unos hombres tumbados junto a ellos sobre la hierba.

«¿Quiénes sois?», les grité.

«¡Es Hiperión!», exclamó una voz llena de gozosa sorpresa. «Tú me conoces»,

continuó diciendo aquella voz; «todos los días te encuentro bajo los árboles a la puerta de la ciudad».

Mi caballo voló como una flecha hacia él. La luz de la luna iluminaba su rostro. Le reconocí y salté a tierra.

«¡Buenas noches!», me dijo aquel fuerte amigo, que me contempló con mirada a un tiempo tierna y salvaje, y estrechó con sus manos vigorosas las mías de forma que en mi interior percibí el sentido de lo que quería comunicarme.

¡En aquel momento acabó la insignificancia de mi vida!

Alabanda, que así se llamaba el extranjero, me contó que él y su criado habían sido atacados por unos bandoleros, que los dos con que yo tropecé habían sido puestos en fuga por él, que había perdido el camino para salir del bosque y por eso se le había hecho necesario quedarse en aquel sitio, donde yo los encontré. «He perdido un amigo en este asunto», añadió, mostrándome su caballo muerto.

Di el mío a su criado y continuamos el camino a pie.

«Nos está bien empleado», dije mientras salíamos del bosque cogidos del brazo; «¿por qué lo hemos dudado tanto tiempo y hemos pasado siempre de largo? Ha sido necesario que un accidente nos uniera».

«Sin embargo, debo decirte», contestó Alabanda, «que tú eres el más culpable, el más frío. Hoy cabalgaba yo tras tus pasos».

«¡Amigo mío!», exclamé, «¡presta atención! En amor no conseguirás nunca aventajarme».

Cada vez nos sentíamos más unidos y más alegres estando juntos.

Cerca ya de la ciudad llegamos a un bien construido kan, que descansaba junto al rumor de las fuentes, entre frutales y olorosas praderas.

Decidimos pasar la noche allí. Todavía estuvimos sentados largo rato junto a las ventanas abiertas. Una elevada calma espiritual nos envolvía. Tierra y mar callaban, radiantes, como las estrellas suspendidas sobre nosotros. Apenas llegaba desde el mar a nuestra habitación un vientecillo que jugaba tiernamente con la llama de nuestra lámpara, o penetraban hasta nosotros los tonos más potentes de una lejana música, mientras una nube tormentosa se balanceaba en el lecho del Éter, y de vez en cuando resonaba a lo lejos a través de la calma, como un gigante dormido cuando más fuerte respira en sus terribles sueños.

Nuestras almas tenían que atraerse con tanta más fuerza porque hasta entonces habían estado cerradas contra nuestra voluntad. Nos encontrábamos como dos torrentes que ruedan desde lo alto del monte y echan fuera de sí la carga de tierra y piedras y madera podrida y el inerte caos que los frena para abrirse paso el uno hacia el otro y llegar a confluir en aquel punto donde, atrapándose uno al otro con la misma fuerza, unidos en una sola corriente majestuosa, comienza su peregrinaje hacia el inmenso mar.

Él, expulsado por el destino y la barbarie de los hombres de su propia casa, viviendo entre extranjeros, lleno de amargura y fiereza desde su temprana juventud y,

sin embargo, en lo profundo de su corazón lleno de amor, lleno de deseo de atravesar su ruda corteza para acceder a un elemento más amigo; yo, tan alejado en mi interior ya de todo, tan extraño y solitario con toda mi alma entre los hombres, tan ridículamente acompañado en las más queridas melodías de mi corazón por el sonar de los cascabeles del mundo; yo, antipático para todos los ciegos y paralíticos y, sin embargo, demasiado ciego y paralítico para mí mismo, tan sobrecargado en mi mismo corazón de todo lo que, aunque fuera de lejos, me asemejara a los listos y a los razonadores, a los bárbaros y a los ingeniosos, y tan lleno de esperanza, tan lleno sólo de la espera de una vida más hermosa…

¿No debíamos, dos jóvenes así, caer el uno en brazos del otro con prisa alegre y tormentosa?

¡Oh tú, mi amigo y compañero de lucha, mi Alabanda! ¿Dónde estás? Casi llego a creer que has ascendido hasta el país desconocido de la calma, que has vuelto a ser lo que antes fuiste, cuando los dos éramos niños.

A veces, cuando una tormenta pasa sobre mi cabeza y reparte sus divinas fuerzas entre los bosques y los sembrados, o cuando las olas del mar juegan entre sí, o un coro de águilas se eleva en tomo a la cima de la montaña por la que camino, mi corazón palpita como si mi Alabanda no estuviera lejos; pero donde más seguro, actual e inconfundible vive, es en mí, enteramente tal como era antes, un acusador ardiente, el más severo y terrible, cuando hablaba de los pecados del siglo. ¡Cómo despertaba entonces mi espíritu desde sus profundidades! ¡Cómo se me venían a los labios palabras como truenos de justicia implacable! Como mensajeros de la Némesis recorrían nuestros pensamientos la tierra y la limpiaban hasta que no quedaba sobre ella rastró alguno de maldición.

También convocábamos al pasado ante nuestro tribunal; la orgullosa Roma no nos asustaba con su poderío; Atenas no nos sobornaba con su florecimiento juvenil.

Como tormentas cuando se alborozan y avanzan sin reposo sobre bosques y montañas, así se disparaban nuestras almas en proyectos colosales; no es que hubiéramos creado, de una forma inhumana, nuestro mundo, como con una palabra mágica, y esperado infantil e inexperimentadamente no encontramos con ninguna resistencia; Alabanda era demasiado razonable y valiente para ello. Pero a menudo el entusiasmo menos sujeto a trabas es también belicoso y prudente.

Hay un día que sigue estando siempre presente en mí.

Habíamos ido juntos al campo, estábamos sentados confidencialmente a la sombra del siempre verde laurel y leíamos juntos aquel pasaje de Platón en que habla de manera tan maravillosamente sublime del envejecimiento y del rejuvenecer; de vez en cuando nuestros ojos descansaban en el paisaje mudo y sin hojas, donde el cielo, más hermoso que nunca, jugaba con las nubes y con el brillo del sol en torno a los árboles dormidos del otoño.

Luego hablamos un rato sobre la Grecia actual, ambos con el corazón sangrante, pues ese suelo profanado era también la patria de Alabanda.

Alabanda estaba realmente más agitado que de costumbre.

«Cuando contemplo a un niño», exclamó, «pienso lo ignominioso y corruptor del yugo que ha de llevar y que vivirá en la indigencia, como nosotros, que buscará a hombres de verdad, como nosotros, que preguntará, como nosotros, por lo bello y lo verdadero, que acabará por pasar sin dar fruto porque estará solo, como nosotros, que… ¡oh, sacad a vuestros hijos de la cuna y tiradlos al río, al menos para sustraerlos a vuestra vergüenza!».

«Seguro, Alabanda», le dije, «seguro que las cosas acabarán cambiando».

«¿Y cómo?», respondió; «los héroes han perdido su fama y los sabios sus discípulos. Los grandes hechos, cuando no son asumidos por un pueblo noble, no son más que un golpe violento en una frente sorda, y las más altas palabras, cuando no resuenan en corazones igualmente elevados, son como una hoja muerta cuyo rumor se hunde en el barro. ¿Qué quieres hacer?».

«Quiero», dije, «empuñar la pala y arrojar la inmundicia a un foso. Un pueblo en el que el espíritu y la grandeza no engendran ya ni espíritu ni grandeza, no tiene ya nada en común con otros que todavía son hombres, no tiene ya ningún derecho y es una vacía bufonada, una superstición, pretender honrar todavía a tales cadáveres faltos de voluntad, como si hubiera en ellos un corazón romano. ¡Fuera con ellos! No puede quedarse donde está el árbol seco y podrido, porque roba luz y aire a la vida joven que madura para un mundo nuevo».

Alabanda voló hacia mí, me abrazó y Sus besos me llegaron hasta el alma. «¡Hermano de armas!», dijo, «¡mi querido hermano de armas! ¡Ojalá tuviera en este momento un centenar de brazos!».

«Por fin oigo por una vez mi misma melodía», continuó con una voz que conmovía mi corazón como un grito de guerra; «¡no hace falta nada más! Has dicho palabras magníficas. Pues, ¿qué?, ¿debe depender el dios del gusano? El dios que hay en nosotros, al que se le abre la infinitud como un camino, ¿debe estar quieto y esperar hasta que el gusano le ceda el paso? ¡No, no! ¡No se os pregunta si queréis! ¡Vosotros, esclavos y bárbaros, no queréis nunca! Tampoco se pretende mejoraros, ¡no tendría sentido!; sólo pretendemos ocuparnos de que no impidáis la marcha triunfal de la humanidad. ¡Oh, que me enciendan una antorcha, que quiero quemar las malas hierbas del monte! ¡Que me prepare alguien la azada, que voy a arrancar de la tierra las cepas inútiles!».

«Si es posible, las apartaremos suavemente a un lado», dije yo entonces.

Alabanda se calló un momento.

«Mi alegría está en el futuro», prosiguió al fin, tomando fogosamente mis manos. «¡Gracias a Dios no tendré un final común! Ser feliz significa en el habla de los criados tener sueño. ¡Ser feliz! Cuando me habláis de ser feliz es como si tuviera papilla y agua tibia en la boca. Tan estúpidas y bárbaras son todas esas cosas a las que sacrificáis vuestros laureles, vuestra inmortalidad.

»Oh luz sagrada que sin descanso actúas en tu inmenso reino, que marchas allá

arriba sobre nuestras cabezas y cuya alma se me comunica a mí también en los rayos que bebo, ¡que tu dicha sea la mía!

»De tus lechos se alimentan los hijos del sol; viven de la victoria; con el propio espíritu se alimentan mutuamente y su fuerza es su alegría».

El espíritu de este hombre se apoderaba de uno a menudo de tal forma que daban ganas de avergonzarse, pues uno se sentía arrastrado por él como una pluma.

«¡Oh cielos y tierra», exclamé, «esto es alegría! Estos son otros tiempos, éste no es el tono de mi siglo pueril, éste no es el suelo donde el corazón del hombre jadea bajo la fusta de su arriero. ¡Sí! ¡Sí!, con tu alma magnífica de hombre, tú y yo salvaremos a la patria».

«Eso quiero», replicó, «o morir».

A partir de aquel día nos hicimos cada vez más entrañables y queridos el uno para el otro. Una seriedad profunda, indescriptible, se apoderó de nosotros. Pero no por ello éramos menos felices cuando estábamos juntos. Cada cual vivía sólo en los tonos fundamentales y eternos de su ser, y avanzábamos sobriamente, de una gran armonía a otra. Nuestra vida común estaba llena de un rigor y una audacia magníficos.

«¿Por qué te has vuelto tan taciturno?», me preguntó una vez Al abanda mientras sonreía. «En las regiones más cálidas», le respondí, «cerca del sol, tampoco cantan los pájaros».

Pero todo tiene sus altibajos en este mundo y el hombre, con toda su fuerza de gigante, no es capaz de impedirlo. Una vez vi a un niño que tendía su mano para atrapar la luz de la luna; pero la luz prosiguió tranquilamente su camino. Así estamos nosotros, y aspiramos a detener el pasajero destino.

¡Oh, quién fuera capaz únicamente de contemplarlo tan tranquila y sensatamente como la marcha de los astros!

Cuanto más feliz eres, menos cuesta condenarte al abismo, y los días felices como los que vivimos Alabanda y yo son como una cima de peñas escarpadas donde basta que te roce tu compañero de viaje para que te precipites sobre las rocas cortantes en el abismo profundo.

Habíamos hecho un soberbio viaje a Quíos y habíamos experimentado mil alegrías. Como brisas sobre la superficie del mar reinaban sobre nosotros los amistosos encantos de la naturaleza. Con alegre sorpresa nos mirábamos uno a otro sin decir palabra, pero los ojos decían: «¡Nunca te he visto así!». Tan magnificados estábamos por las fuerzas de la tierra y del cielo.

Durante la travesía seguimos discutiendo con sereno ardor sobre algunos asuntos; como de costumbre, también en aquella ocasión se alegró mi corazón viendo a aquel espíritu en su ruta loca y audaz, por la que se aventuraba tan desprovisto de reglas, tan lleno de una libre alegría, y no obstante, por lo general, tan seguro.

En cuanto hubimos desembarcado, nos apresuramos a quedamos solos.

«No puedes convencer a nadie», le dije entonces con íntima devoción; «tú persuades, seduces a los hombres antes de abrir la boca; cuando hablas no es posible

la duda, y el que no duda no puede ser convencido».

«Orgulloso adulador», contestó, «¡estás mintiendo! ¡Pero está bien que me lo adviertas! Ya me has hecho volverme irracional con demasiada frecuencia. Ni por todos los imperios quisiera librarme de ti, pero a menudo me inquieta el hecho de que te me vuelvas tan indispensable, de estar tan atado a ti; y mira», continuó, «¡ya que soy enteramente tuyo, es preciso que sepas también todo de mí! ¡Hasta ahora, en medio del esplendor y la gloria, no hemos pensado en volvernos hacia el pasado!».

Entonces me habló de su destino; escuchándole, era como si viera a un joven Hércules en lucha con Megeria.

«¿Me perdonarás ahora», concluyó el relato de sus desdichas, «estarás más tranquilo a partir de ahora cuando, como a menudo me sucede, me vuelva rudo, agresivo e insoportable?».

«¡Oh, calla, calla!», exclamé, interiormente conmovido; «¡mientras estés ahí, mientras te conserves para mí…!».

«¡Sí, para ti!», dijo; «y me alegra de todo corazón comprobar que soy, por tanto, un alimento aceptable para ti. Y si a veces tengo sabor a manzana silvestre, exprímeme hasta convertirme en bebida».

«¡Déjame, déjame!», exclamé; pero me resistía en vano; aquel hombre hacía de mí un niño y yo no se lo ocultaba; vio mis lágrimas y ¡ay de él si no hubiera debido verlas!

«Nos abandonamos al goce», intervino de nuevo Alabanda «y matamos el tiempo con esta embriaguez».

«Estamos pasando juntos nuestra luna de miel», dije bromeando, «así que es normal que todo suene aún como si estuviéramos en Arcadia. ¡Pero volvamos a nuestra conversación anterior!».

«Me parece que tú concedes demasiado poder al Estado. Éste no tiene derecho a exigir lo que no puede obtener por la fuerza. Y no se puede obtener por la fuerza lo que el amor y el espíritu dan. ¡Que no se le ocurra tocar eso o tomaremos sus leyes y las clavaremos en la picota! ¡Por el cielo!, no sabe cuánto peca el que quiere hacer del Estado una escuela de costumbres. Siempre que el hombre ha querido hacer del Estado su cielo, lo ha convertido en su infierno.

»El Estado no es más que la ruda corteza que envuelve el meollo de la vida. Es el muro que rodea el jardín de los frutos y flores humanos.

»Pero ¿de qué sirve el muro que rodea el jardín cuando el suelo está seco? En ese caso, la única ayuda es la lluvia del cielo.

»¡Oh lluvia del cielo! ¡Oh entusiasmo! Tú volverás a traemos la primavera de los pueblos. A ti no puede hacerte nacer el Estado. Pero si él no te lo impide, vendrás; vendrás con tus voluptuosidades todopoderosas, nos envolverás en nubes de oro y nos alzarás sobre la condición mortal y nos asombraremos y preguntaremos si todavía somos nosotros aquellos desvalidos que preguntábamos a los astros si en ellos florecería aún para nosotros una primavera… ¿Me preguntas cuándo llegará? Cuando

la preferida del tiempo, la más joven, la más hermosa hija del tiempo, la nueva Iglesia, surja de entre esas formas manchadas y viejas, cuando el despertar del sentimiento de lo divino devuelva al hombre su divinidad y a su pecho la hermosa juventud, cuando… no puedo anunciarlo, pues apenas lo presiento, pero es seguro que llegará, seguro. La muerte es una mensajera de la vida, y el hecho de que durmamos ahora en nuestros hospitales es señal de que pronto nos despertaremos sanos. ¡Entonces, entonces seremos; entonces habremos encontrado el elemento de los espíritus!».

Alabanda calló, y durante un instante me contempló asombrado. Yo estaba exaltado por ilimitadas esperanzas; fuerzas divinas me arrastraban como a una nube…

«¡Ven!», le dije, y cogí a Alabanda de la ropa. «¡Ven! ¿Quién podría soportar más tiempo en el calabozo que nos envuelve con sus tinieblas?».

«¿A dónde, visionario?», contestó secamente Alabanda, y por su rostro pareció deslizarse una sombra de burla.

Yo me encontré como caído de una nube. «¡Vete!», dije, «¡eres un ser mezquino!».

En aquel mismo momento entraron unos extranjeros en la habitación, extraños tipos, casi todos flacos y pálidos, al menos tal me lo parecieron a la luz de la luna, tranquilos, pero con algo en su aspecto que penetraba hasta el alma como una espada, y era como si se estuviera delante de la omnisapiencia; se hubiera tenido la duda de si su aspecto exterior no correspondería a naturalezas miserables, a no ser por las huellas que en ellos había dejado la sensibilidad aniquilada.

Uno especialmente me impresionó. La calma de sus rasgos era la calma de un campo de batalla. La ira y el amor se habían desencadenado sobre aquel hombre y la razón brillaba sobre las ruinas del sentimiento como el ojo de un gavilán posado sobre palacios destruidos. Sus labios denotaban profundo desprecio. Se notaba que aquel hombre no podía ocuparse de nada de poca importancia.

Otro podía deber su calma más bien a una dureza natural de su corazón. No se encontraba en él apenas rastro alguno de violencia debida a su propia fuerza o al destino.

Un tercero parecía haber arrancado a la vida su frialdad más por la fuerza de la convicción y estar todavía a menudo en lucha consigo mismo, pues había una contradicción secreta en su ser, y me pareció como si tuviera que autovigilarse. Fue el que menos habló.

Alabanda saltó como un muelle de acero al entrar ellos.

«Te buscábamos», exclamó uno del grupo.

«Me habríais encontrado», dijo riendo Alabanda, «aunque me escondiera en el centro de la tierra. Son amigos míos», añadió volviéndose hacia mí.

Me pareció que observaban mi mirada con bastante atención.

«Éste es también uno de esos que quisieran mejorar el mundo», dijo Alabanda al

cabo de un rato, señalándome.

«¿Hablas en serio?», me preguntó uno de los tres.

«Mejorar el mundo no es ningún chiste», dije yo.

«¡Has dicho mucho en pocas palabras!», gritó uno de ellos. «¡Tú eres de los nuestros!», añadió otro.

«¿También vosotros pensáis como yo?», pregunté.

«¡Pregunta qué hacemos!», fue la respuesta.

«¿Y si lo preguntara?».

«Te diríamos que estamos aquí para limpiar la tierra, que quitamos las piedras de los campos y deshacemos los duros terrones con la azada, que labramos surcos con el arado para atacar a la mala hierba de raíz, para cortarla de raíz, para arrancarla con raíces y todo para que se seque con el fuego del sol».

«No es que pretendamos cosechar», añadió otro; «la paga nos llegaría demasiado tarde; tampoco para nosotros madurará la cosecha».

»Estamos en el declinar de nuestros días. A menudo nos equivocamos, tuvimos muchas esperanzas y actuamos poco. Preferimos arriesgar que reflexionar. Queríamos llegar pronto al fin y confiamos en la suerte. Hablábamos mucho de alegría y dolor y amábamos y odiábamos ambas cosas. Jugábamos con el destino y él hizo lo mismo con nosotros. Nos elevó y nos hundió desde el trono hasta el cayado del mendigo. Nos sacudió como se hace con un incensario humeante, y humeamos hasta que el carbón se transformó en ceniza. Dejarnos de hablar de felicidad y de mala suerte. Hemos pasado ya la mitad de la vida en la que ésta verdea y calienta. Pero lo que sobrevive a la juventud no es lo peor. La fría espada se forja con metal caliente. También se dice que el mosto que se cosecha en los volcanes apagados y muertos no es de los peores».

«No decimos esto por nuestro bien», exclamó otro entonces con mayor viveza, «sino por el tuyo. Nosotros no mendigamos corazones humanos. Pues no necesitamos ni el corazón ni la voluntad del hombre. Porque en ningún caso están en contra nuestra, ya que todo está a nuestro favor, los sabios y los locos, los simples y los instruidos y todos los vicios y todas las virtudes de la barbarie y de la cultura están, aunque no a sueldo nuestro, sí a nuestro servicio, y colaboran ciegamente en la consecución de nuestros fines. Únicamente quisiéramos que alguien gozara con todo ello, por eso buscamos entre los miles de auxiliares ciegos a los mejores, para transformarlos en auxiliares videntes. Pero si nadie quiere habitar lo que nosotros construimos, no es culpa nuestra ni nos molesta. Hemos hecho lo que teníamos que hacer. Si nadie quiere cosechar donde nosotros labramos, ¿quién nos lo reprochará? ¿Quién maldice al árbol cuando su fruto cae al cieno? A menudo me he dicho a mí mismo: “éstas haciendo sacrificios a la podredumbre”, pero, a pesar de todo, acababa mi trabajo cotidiano».

«¡Son unos impostores!» gritaban todas las paredes a mi sensibilidad. Me sentía como alguien a puntó de ahogarse en medio del humo, que derriba puertas y ventanas

para lograr salir afuera; tal era mi sed de aire y de libertad.

También ellos se dieron pronto cuenta del desagrado de mi ánimo y se retiraron. El día despuntaba ya cuando salí del kan donde habíamos estado juntos. Yo sentía el soplo del aire mañanero como bálsamo en una llaga ardiente.

El tono burlón de Alabanda me había irritado ya demasiado para que sus misteriosos amigos no me hicieran dudar por completo de él.

«Es malo», exclamé; «sí, es malo. Finge una confianza ilimitada y vive con tales gentes… y te lo oculta».

Sentía lo mismo que una novia cuando se entera de que su amado hace vida común con una ramera.

¡Ah, no era uno de esos dolores que se pueden cobijar, que se llevan en el corazón como a un hijo y que en la penumbra cantan con tonos de jilguero!

Como una serpiente furiosa que trepa inexorable por rodillas y caderas, enlaza todos los miembros del cuerpo y luego hunde sus dientes venenosos en el pecho y luego en la nuca, así era mi dolor, así me ahogaba con su terrible abrazo. Pedía ayuda a lo más elevado de mi corazón, invoqué grandes pensamientos para seguir todavía tranquilo, lo conseguí durante algunos instantes, pero en seguida mi cólera era mayor; en seguida maté, como se apaga un incendio, toda chispa de amor en mí.

«¡Así tiene que ser», pensaba; «esas son sus gentes, tiene que estar confabulado con ellos contra ti! ¿Y qué quiere de ti? ¿Qué puede buscar en ti, en un exaltado? ¡Ojalá hubiera seguido su camino! ¡Pero a esta gente le gusta entretenerse con su opuesto! ¡Tener en su establo un animal extraño les satisface…!».

¡Y, sin embargo, había sido inexplicablemente feliz con él, me había hundido con tanta frecuencia en sus abrazos para despertar de ellos con el pecho invulnerable, me había endurecido y purificado en su fuego, como el acero!

Cuando una vez, en la cálida medianoche, le señalé los dióscuros, Alabanda puso su mano sobre mi corazón y dijo: «Sólo son estrellas, Hiperión; sólo letras con las que está escrito en el cielo el nombre de los héroes fraternales; ¡pero ellos están en nosotros, vivos y verdaderos, con su valor y su amor de dioses, y tú, tú eres el hijo de los dioses y compartes tu inmortalidad con tu Cástor mortal!».

Otra vez, recorriendo con él los bosques del Ida, bajamos al valle para preguntar en él a los callados túmulos mortuorios por sus muertos, y le dije a Alabanda que quizá, entre los túmulos, alguno podría pertenecer al espíritu de Aquiles y de su amado, y Alabanda me confió cómo a menudo volvía a ser como un niño y pensaba que un día caeríamos en un mismo campo de batalla y descansaríamos juntos bajo un mismo árbol… ¿Quién hubiera imaginado entonces esto?

Me dediqué a reflexionar con toda la fuerza de espíritu de que era capaz, y le defendía, y de nuevo le acusaba con mayor amargura; me resistía a mis pensamientos, quería serenarme, pero con ello sólo conseguía hundirme de nuevo por completo en las tinieblas.

¡Oh, sí! Mis ojos habían sido heridos por tantos puñetazos; apenas comenzaban a

curar, ¿cómo podía esperarse de ellos una mirada más sana?

Al día siguiente Alabanda me visitó. Mi corazón hervía cuando él entró, pero me contuve, aunque su orgullo y su calma me irritaban y acaloraban.

«El aire está espléndido», dijo al fin, «y la noche va a ser muy hermosa; ¡vayamos juntos a la acrópolis!».

Yo acepté. Durante un buen rato no dijimos ni una sola palabra. «¿Qué quieres?», pregunté al fin.

«¿Y tú me lo preguntas?», contestó aquel hombre feroz, con una melancolía que me llegó al alma. Yo estaba conmovido, turbado.

«¿Qué debo pensar de ti?», pregunté de nuevo.

«Piensa que soy lo que soy», contestó con tranquilidad.

«Tienes que disculparte», dije con voz alterada, mirándole con orgullo; «¡discúlpate!, ¡purifícate!».

Aquello fue demasiado para él.

«¿Cómo es posible», exclamó irritado, «que éste quiera tratarme según su capricho? Es verdad, dejé demasiado pronto la escuela, sacudí y rompí todas las cadenas, pero aún faltaba una, aún había que romper una, todavía no me había fustigado nunca un cazador de grillos… ¡Protesta si quieres! ¡Ya he callado demasiado tiempo!».

«¡Oh Alabanda, Alabanda!», exclamé.

«¡Calla», contestó, «y no utilices mi nombre como un puñal contra mí!».

Entonces me ganó por completo el malhumor. No descansamos hasta que fue casi imposible una retirada. Destrozamos brutalmente el jardín de nuestro amor. A menudo nos parábamos y callábamos, y nos hubiéramos lanzado tan a gusto uno al cuello del otro llenos de alegría…, pero el funesto orgullo ahogaba todo grito de amor que subiera del corazón.

«¡Adiós!», grité al fin, y salí corriendo. Pero, involuntariamente, me volví, e, involuntariamente, Alabanda me había seguido.

«¿No es verdad, Alabanda», le dije, «que es un extraño mendigo el que tira al arroyo su última moneda?».

«Si es así, que se muera de hambre», contestó, y se fue.

Vacilante, seguí mi camino, llegué hasta el mar y contemplé las olas… ¡Ay!, mi corazón quería hundirse allá abajo y mis brazos volar hacia el aire libre; pero pronto, como caído del cielo, descendió sobre mí un espíritu más dulce y puso orden con su tranquila vara en mi ánimo indomable y suficiente; entonces reflexioné con más calma en mi destino, en mi fe en el mundo, en mis tristes experiencias, y consideré al hombre tal como lo había descubierto y reconocido desde mi temprana juventud, en múltiples aprendizajes, y en todas partes encontré disonancias sordas o estridentes; sólo en la simple limitación de la infancia encontré todavía las melodías puras… «Es mejor, me dije, convertirse en abeja y construir su casa con inocencia que reinar con los dueños del mundo y aullar con ellos como con lobos, mejor que domesticar

pueblos y ensuciarse las manos en esta materia impura»; quería volver a Tina para vivir en mis huertos y campos.

¡Sonríes! Para mí era un asunto muy serio. ¿Por qué, si la vida del mundo consiste en la alternancia del desarrollo y del repliegue, en huida y vuelta a sí mismo, por qué no también el corazón del hombre?

Sin duda el nuevo aprendizaje me resultaba duro, sin duda me aparté a disgusto del orgulloso error de mi juventud —¿quién se corta con gusto las alas a sí mismo? —, ¡pero no había más remedio, tenía que ser así!

Lo logré. Por fin conseguí embarcarme. Un viento fresco de montaña me sacó del puerto de Esmirna. Con una calma maravillosa, como un niño que nada sabe del instante próximo, yacía en mi barco y contemplaba los árboles y mezquitas de aquella ciudad, mis verdes paseos junto a la orilla, mi sendero hacia la acrópolis, veía todo eso y lo dejaba alejarse cada vez más; pero cuando llegué a alta mar y todo se fue hundiendo y desapareciendo como un ataúd en la fosa, entonces fue como si mi corazón se hubiera partido… «¡Oh cielos!», exclamé, y toda la vida que había en mí despertó e intentó retener el presente que huía, pero ya estaba lejos, lejos.

Ante mí se extendía, como una bruma, el país celeste que había recorrido en todas direcciones, como un corzo libre entre los pastos, por valles y montes, y había llevado el eco de mi corazón a sus manantiales y a sus arroyos, a las lejanías y a las profundidades de la tierra.

Hasta allí, hasta el Tmolo había llegado, inocente y solitario; allí abajo, donde antaño estuvo Éfeso y su juventud feliz, Teos y Mileto, hasta allí arriba, hasta la sagrada y triste Troya, había llegado con Alabanda y, como un dios, había reinado sobre él y, como un niño, cariñoso y creyente, había obedecido a su mirada, con alegría en el alma, con jubiloso e interno gozo de su ser, siempre feliz, lo mismo cuando sujetaba la brida de su caballo que cuando, elevado por encima de mí mismo, en espléndidas decisiones, en audaces pensamientos, en el fuego de la conversación, unía mi alma con la suya.

Y ahora se había acabado; yo ya no era nada; irremediablemente me habían despojado de todo, me había convertido en el más pobre de los hombres, y ni siquiera sabía cómo.

«¡Oh error eterno!» pensaba para mí «¿cuándo escapará el hombre de tus cadenas?».

Hablamos de nuestro corazón, de nuestros planes, como si fueran nuestros, cuando es una potencia extraña la que nos abate y nos echa a la tumba a su gusto, y de la que no sabemos ni de dónde viene ni adonde va.

Queremos crecer y extender hacia arriba nuestros troncos y ramas, pero son el suelo y la tormenta los que nos conducen en otra dirección, y cuando el rayo cae en tu copa y te hiende de arriba abajo hasta la raíz, ¡pobre árbol!, ¿qué puedes hacer?

Así pensaba yo. ¿No te gusta quizás, Belarmino? Pues aún tendrás que oír otras cosas.

¡Esto, por ejemplo, amigo mío!: lo triste es que nuestro espíritu toma tan de buen grado la forma del corazón extraviado, conserva tan a gusto la tristeza fugaz, que el pensamiento mismo, que debía ser quien sanara los dolores, se pone él también enfermo, que el jardinero se rasga a menudo la mano en los rosales que debía plantar. Esto hace que muchos hombres, como Orfeo, hayan sido tenidos por locos por otros que, si no, hubieran sido gobernados por ellos. Esto ha hecho a menudo que las más nobles naturalezas sirvieran de escarnio a las gentes que andan por las calles; éste es el escollo para los favoritos del cielo, que su amor es potente y delicado, como su espíritu, que las olas de su corazón se agitan con más fuerza y más de prisa que el tridente con que el dios de los mares las gobierna, y por eso, ¡amigo mío!, nadie debe sentirse por encima de los demás.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Serás capaz de escucharme, de comprenderme, si te hablo de mi larga y enferma tristeza?

¡Tómame tal cual me doy y piensa que es mejor morir porque se ha vivido, que vivir porque no se ha vivido nunca! No envidies a los que carecen de sufrimientos, ídolos de madera a quienes nada falta precisamente porque sus almas son tan pobres, a los que no preguntan si llueve o luce el sol, porque nada tienen que precise de cultivos.

¡Sí!, ¡sí!, es muy fácil ser feliz, estar tranquilo, con un corazón seco y un espíritu limitado. Concedido: ¿quién se enfadará porque la diana de madera no se queje cuando la flecha da en ella y porque el puchero vacío suene a hueco cuando alguien lo estrella contra la pared?

Al menos deberíais resignaros, queridas gentes; deberíais asombraros en silencio si no sois capaces de comprender que hay algunos que no son tan felices como vosotros, que no son tampoco tan autosuficientes; sí, deberíais absteneros de convertir en ley vuestra sabiduría, pues obedeceros sería el fin del mundo.

A partir de entonces viví en Tina muy tranquilo, con gran sencillez. Dejaba pasar en realidad las apariencias del mundo sobre mi cabeza como las nieblas otoñales; a veces me reía también, con los ojos húmedos, de mi corazón, cuando éste pretendía echarse a volar para alcanzarlas, como el pájaro hacia las uvas pintadas, y así permanecí tranquilo y apacible.

Dejaba con gusto que cada cual expresara sus opiniones y sus errores. Yo me había convertido, pero no quería convencer a nadie más, sólo me resultaba triste ver que la gente creía que yo no rechazaba sus bufonadas porque las tenía en tan alto aprecio como ellos mismos. No quería someterme a todas sus necedades, pero trataba sólo de evitarlas cuando podía. «¡Al fin y al cabo son su alegría», pensaba, «y viven de ellas!».

Incluso llegaba a menudo a participar, a colaborar, y aunque permanecía entre ellos indiferente, desprovisto de todo entusiasmo, nadie lo notaba, nadie echaba nada en falta, y si les hubiera dicho que me disculparan se habrían quedado parados, se habrían admirado de mis palabras y hubieran preguntado: ¿pero qué nos has hecho? … ¡Qué delicados!

Con frecuencia, cuando estaba por la mañana en la ventana y veía acercarse el laborioso día, llegaba a olvidarme por un momento de mí, miraba a mi alrededor cómo si tuviera que emprender algo con lo que se alegrara mi ser, como antes, pero pronto me enfriaba, volvía en mí como alguien que deja escapar una palabra de su lengua materna en un país donde no la comprenden… «¿Adónde vas, corazón?», me decía a mí mismo juiciosamente, y me obedecía.

«¿Qué es lo que hace que el hombre desee con tanta fuerza?», me preguntaba a menudo; «¿qué hace en su pecho la infinitud? ¿La infinitud? ¿Y dónde está? ¿Quién la ha encontrado? El hombre quiere más de lo que puede. Esto al menos es verdad. Tú mismo lo has comprobado muy a menudo. También es necesario que así sea. Ello proporciona el dulce y exaltante sentimiento de una fuerza que no se expande como desearía, que es precisamente lo que hace nacer los hermosos sueños de inmortalidad y todos los amables y colosales fantasmas que fascinan mil veces al hombre, ello crea en el hombre su Elíseo y sus dioses, precisamente porque la línea de su vida no es recta, porque no vuela como una flecha y porque una fuerza extraña se cruza en el camino del fugitivo.

»Las olas del corazón no estallarían en tan bellas espumas ni se convertirían en espíritu si no chocaran con el destino, esa vieja roca muda.

»Pero también ese impulso acaba muriendo en nuestro pecho y con él nuestros dioses y su cielo.

»El fuego asciende en alegres figuras desde la oscura cuna donde duerme, y su llama se eleva y cae, y se quiebra y vuelve a retorcerse alegremente, hasta que su sustancia se consume; entonces humea y lucha y se apaga; lo que queda son cenizas.

»Así sucede con nosotros. Ésta es la quintaesencia de todo lo que los sabios nos cuentan en sus terribles y atrayentes misterios.

»¿Y tú, qué te preguntas tú? Que a veces algo se despierte en ti y que tu corazón, como la boca del moribundo, en un solo momento se abra y se cierre tan violentamente, es precisamente un mal presagio.

»¡Quédate tranquilo y deja que las cosas sigan su curso! ¡No hagas filigranas! ¡No intentes puerilmente hacerte una pulgada más alto…! Eso es como si quisieras crear otro sol y nuevos discípulos para él, confeccionar una tierra y una luna».

Así soñaba yo. Pacientemente, me iba despidiendo poco a poco de todo. ¡Compañeros de mi época! ¡Cuando expiréis interiormente, no se os ocurra consultar ni a vuestros médicos ni al sacerdote!

Habéis perdido la fe en todo lo grande; por eso, por eso debéis desaparecer si esa fe no vuelve como un cometa de lejanos cielos.

HIPERIÓN A BELARMINO

Hay un olvido de toda existencia, un callar de nuestro ser, que es como si lo hubiéramos encontrado todo.

Hay un callar, un olvido de toda existencia en que es como si hubiéramos perdido todo, una noche de nuestra alma en que no nos alumbra el centelleo de ningún astro, ni siquiera un tizón de leña seca.

Me fui tranquilizando. Ya nada me despertaba a medianoche. Ya no me consumía en mi propia llama.

Tranquilo y solitario, miraba ante mí, sin volver la vista ni al pasado ni al futuro. Las cosas, lejanas o próximas, ya no penetraban en mi espíritu; a los hombres, cuando no me obligaban a mirarlos, no los veía.

Antes, este siglo se había presentado a mi espíritu como el tonel de las Danaides, y mi alma se vertía con su pródigo amor para llenar los huecos; ahora ya no veía agujeros, ahora ya no me oprimía el fastidio de vivir.

Ya no decía nunca más a la flor: ¡tú eres mi hermana!, ni a las fuentes: ¡somos de la misma raza!, sino que daba a cada cosa fielmente su nombre, como un eco.

Como un río de orillas áridas, en cuyas aguas no se refleja ni una sola hoja de sauce, corría ante mí el mundo desprovisto de toda belleza.

HIPERIÓN A BELARMINO

Nada puede crecer y nada puede hundirse tan profundamente como el hombre. A menudo compara su sufrimiento con la noche del abismo y su felicidad con el Éter, ¡pero qué poco dice al expresarse así!

Aunque no hay nada más bello que cuando, tras una larga muerte, despunta en él un nuevo amanecer, y el dolor, como un hermano, sale al encuentro de la alegría que a lo lejos alborea.

¡Ah, fue con un presentimiento celeste como saludé entonces de nuevo la llegada de la primavera! Como el rasguear de la lira de la amada a lo lejos, en el aire callado, cuando todo duerme, así resonaban sus dulces melodías en mi pecho como si llegarán desde el Elíseo, presentía su futuro cuando las ramas muertas se agitaban y un soplo ligero rozaba mis mejillas.

¡Propicio cielo de Jonia!, nunca estuve más ligado a ti, pero tampoco fue nunca mi corazón tan semejante a ti como entonces, con sus juegos dulces y serenos…

¿Quién no siente el anhelo de las alegrías del amor cuando la primavera vuelve a los ojos del cielo y al seno de la tierra?

Yo me levantaba como un convaleciente, lenta y prudentemente, pero el pecho se me estremecía feliz con esperanzas tan secretas que se me olvidaba preguntar qué podía significar aquello.

Sueños más hermosos cercaban ahora mi sueño y, cuando despertaba, se me habían quedado en el corazón como la huella de un beso en la mejilla de la amada ¡Oh!, la luz del amanecer y yo salíamos al encuentro uño del otro como amigos reconciliados que aún se mantuvieran algo alejados, pero que llevaran ya en el alma el cercano e infinito momento del abrazo.

En realidad, mis ojos no volvieron a abrirse libremente nunca más como antes, armados y cargados de su propia fuerza; se habían vuelto más suplicantes, imploraban la vida, pero, sin embargo, en mi interior sentía como si de nuevo pudiera convertirme en aquel que había sido, e incluso en alguien mejor.

Volvía a mirar a la gente como si fuera yo también a actuar y a alegrarme entre ellos. Me ligaba a todo, realmente de corazón.

¡Oh cielos!, ¡qué alegría maligna era para ellos ver que el orgulloso original se había vuelto, esta vez, como uno de ellos!, ¡qué gracioso les resultaba que el hombre arrastrara al ciervo del bosque hasta su corral…!

¡Ay!, yo buscaba a mi Adamas, a mi Alabanda, pero no encontraba a ninguno.

Finalmente escribí a Esmirna, y era como si resumiera en el momento de escribir toda la ternura y toda la fuerza del ser humano; así escribí hasta tres veces, pero no hubo respuesta; supliqué, amenacé, invoqué las horas del amor y de la audacia, pero no hubo respuesta del nunca olvidado, del amado hasta la muerte… «¡Alabanda!» clamaba, «Alabanda, me has condenado sin remedio. ¡Tú me mantenías todavía en pie, eras la última esperanza de mi juventud! ¡Ahora mi rechazo es sagrado y cierto!».

Lloramos a los muertos como si ellos sintieran la muerte, pero los muertos están en paz. El dolor que no tiene igual, el sentimiento ininterrumpido de la aniquilación total se produce cuando nuestra vida pierde su significado de esta forma, cuando el corazón se dice: tienes que morir y nada quedará de ti; no has plantado flor ninguna, ni construido ninguna cabaña que te permitan decir: dejo un rastro de mí en la tierra. ¡Ay!, ¡y el alma puede seguir siempre colmada de deseo, a pesar de toda esta desesperación!

Todavía buscaba algo, pero ya no me atrevía a mirar a la gente cara a cara. Había horas en que la risa de un niño me asustaba.

A pesar de todo, me sentía muy tranquilo y cargado de paciencia, y sentía también a menudo una maravillosa fe en la fuerza curativa de algunas cosas; en una paloma que compré, en un viaje en barca, en un valle que todavía me ocultaban los montes; todavía podía esperar consuelo.

¡Ya basta!, ¡ya basta! Si hubiera crecido junto a Temístocles, si hubiera vivido en tiempo de los Escipiones, seguramente mi alma no se hubiera conocido nunca a sí misma bajo este aspecto.

HIPERIÓN A BELARMINO

A veces, sin embargo, se dejaba sentir todavía en mí una fuerza espiritual, aunque sólo con afanes de destrucción.

¿Qué es el hombre?, podía ser el comienzo de mi razonamiento; ¿cómo sucede que haya algo así en el mundo que, como un caos, fermenta y se pudre igual que un árbol seco y nunca se desarrolla hasta la madurez? ¿Cómo permite la naturaleza que exista este agraz entre sus dulces uvas?

Se dirige a las plantas diciéndoles: ¡yo también fui un día como vosotras!, y a los astros puros: ¡quiero ser como vosotros, en otro mundo! Mientras tanto se desgarra en pedazos y ejerce de vez en cuando sus artes consigo mismo como si pudiera volver a juntar lo vivo una vez que ya se ha disuelto, como si se tratara de una obra de albañilería; pero tampoco le desconcierta que nada mejore gradas a su actuación; lo que hace, pasa siempre por ser una prueba de su habilidad.

¡Ah, pobres de vosotros los que sentís todo esto, los que tampoco gustáis de hablar del destino humano, los que os sentís también cada vez más atrapados por la nada que reina sobre nosotros, fundamentalmente convencidos de que nacemos para nada, de que amamos una nada, creemos en nada, nos esforzamos por nada, para hundirnos poco a poco en la nada…!, ¿qué puedo hacer si os flaquean las rodillas cuando pensáis seriamente en ello? Porque yo también me he hundido muchas veces en estos pensamientos y he gritado: ¿por qué llevas el hacha a mis raíces, espíritu cruel?, y todavía estoy aquí.

Antiguamente, mis sombríos hermanos, era distinto. Sobre nosotros estaba la belleza, ante nosotros la belleza y la alegría; estos corazones desbordaban a la vista de los lejanos fantasmas de dicha, y audaces y regocijados, se elevaron también nuestros espíritus y traspasaron la barrera; y cuando miraron a su alrededor, ¡ay!, sólo había un vacío infinito.

¡Oh!, a veces caigo de rodillas y mis manos se retuercen e imploran no sé a quién que cambie mis pensamientos. Pero no puedo acallar los gritos de la verdad. ¿No me he convencido por mí mismo ya dos Veces? Cuando contemplo la vida, ¿qué es lo último de todo? Nada. Cuando me elevo en el espíritu, ¿qué es lo más elevado de todo? Nada.

¡Pero cálmate, corazón! ¡Estás desperdiciando tus últimas fuerzas! ¿Tus últimas fuerzas? ¿Y tú, tú quieres asaltar el cielo? Pues ¿dónde están tus cien brazos, Titán, dónde tu Pelión y tu Osa, tus escalas para asaltar el castillo del padre de los dioses, para que subas y derribes al dios mismo y la mesa de los dioses y todas las cumbres inmortales del Olimpo, y prediques a los mortales: «¡Quedaos abajo, hijos del instante, no os esforcéis por subir a estas alturas, porque aquí arriba no hay nada!».

Puedes dejar de considerar lo que otros prefieren. A ti te vale tu nueva doctrina. Si sobre ti y ante ti no encuentras más que el vacío y el desierto, es porque en tu interior no hay más que vacío y desierto.

Si vosotros, los demás, sois más ricos que yo, bien podríais también ayudar un poco.

Si vuestro jardín está tan lleno de flores, ¿por qué no me alegra su perfume a mí también?… Si estáis tan llenos de divinidad, tenéis de sobra para darme a beber. En las fiestas, nadie carece de nada, ni siquiera el más pobre. Pero sólo hay alguien que celebre su fiesta entre vosotros, y es la muerte.

La necesidad, la angustia y la noche son vuestras dueñas. Ellas os separan u os obligan a juntaros, a palos. Al hambre le llamáis amor, y allí donde no veis nada, allí moran vuestros dioses. ¿Dioses? ¿Amor?

Sí, los poetas tienen razón, no hay nada, por pequeño e insignificante, con lo que no sea posible el entusiasmo.

Así pensaba yo entonces. Todavía no comprendo cómo nacieron en mí tales pensamientos.

LIBRO SEGUNDO

HIPERIÓN A BELARMINO

VIVO ahora en la isla de Áyax, en la querida Salamina. Amo esta parte de Grecia por encima de todas las cosas. Lleva los colores de mi corazón. Se mire a donde se mire, siempre se encuentra enterrada una alegría.

No obstante, uno está siempre rodeado también por mucho de amable y de grande.

En la ladera de la montaña me he construido una cabaña con ramas de lentisco y he plantado alrededor musgo y árboles, tomillo y toda clase de arbustos.

Allí paso mis horas más queridas, allí me siento tardes enteras y miro hacia el Ática hasta que el corazón, finalmente, me late demasiado fuerte; entonces tomo mis pertrechos, bajo a la bahía y me dedico a pescar.

O también leo allá arriba algún texto sobre la antigua y magnífica batalla naval que desencadenó antaño en Salamina su tumulto, salvaje pero sabiamente mandado, y me alegro del espíritu que pudo dominar y domar, como un jinete a su caballo, el furioso caos de amigos y enemigos, y me avergüenzo interiormente de mi propia historia guerrera.

O miro al mar y reflexiono acerca de mi vida, sus altibajos, su felicidad y su tristeza, y mi pasado suena a menudo en mí como un rasgueo en el que el músico recorre todos los tonos y mezcla entre sí, con un orden oculto, disonancia y armonía.

Hoy es todo tres veces más hermoso aquí arriba. Dos amables días de lluvia han refrescado el aire y la tierra, mortalmente cansada.

El suelo se ha vuelto más verde; más abierto el campo. Los dorados trigos, mezclados con las alegres centáureas, se extienden hasta el infinito, y de las profundidades del bosque se alzan, serenas y claras, mil cumbres esperanzadas. Tierna y enorme, atraviesa el espacio cada línea de las lejanías; como gradas suben los montes hacia el sol, escalonados unos tras otros. Todo el cielo está puro. La luz blanca sólo ha sido exhalada en el Éter y, cómo una nubecilla plateada, atraviesa la tímida luna el claro día.

HIPERIÓN A BELARMINO

Hace tiempo que no me sentía como ahora.

Como el águila de Júpiter el canto de las musas, escucho en mí la maravillosa e infinita armonía. Sin inquietudes en los sentidos ni en el alma, fuerte y alegre, con una sonriente seriedad, juego en mi espíritu con el destino y sus tres hermanas, las sagradas parcas. Lleno de una juventud divina, se alegra todo mi ser de sí mismo, de todo. Como el cielo estrellado, estoy a un mismo tiempo quieto y en movimiento.

He esperado mucho tiempo que llegara esta época de fiesta para volverte a escribir una vez más. Ahora soy lo bastante fuerte; así que déjame contarte.

En medio de mis días más sombríos me invitó un conocido de Calauria a que subiera a visitarle. Debía ir hasta sus montañas, me escribió; allí se vivía con mayor libertad que en cualquier otro sitio y también allí florecían, en medio de los pinares y el arrastre de las aguas, bosques de limoneros y palmeras, y bonitos arbustos y mirtos, y la sagrada vid. Había construido en lo alto de la montaña un jardín y una casa; gruesos árboles le daban sombra y frescos vientos la rodeaban en los abrasadores días del verano; como cuando un pájaro se encarama a la copa del cedro, se veían desde allí en la profundidad los pueblos y las verdes colinas, y también los apacibles rebaños que, como niños, se agrupaban en torno a la soberbia montaña y se nutrían de sus espumeantes arroyos.

Cuando me embarqué, hacía un cálido y azul día abrileño. El mar estaba extrañamente hermoso y puro, y el aire, ligero, como en regiones más altas. Dejaba uno la tierra tras de sí, yendo en aquella balanceante barca, como una comida costosa cuando se alcanza el vino sagrado.

En vano se resistía mi espíritu tenebroso al influjo del mar y del aire. Acabé entregándome, no pregunté nada sobre mí ni sobre los otros, no busqué nada, no pensé en nada, me dejé acunar por el bote medio en sueños y me imaginé que iba en la barca de Caronte. ¡Ah, qué dulce es beber así de la copa del olvido!

A mi alegre barquero le hubiera gustado hablar conmigo, pero yo me expresaba con monosílabos.

Me señalaba con el dedo y me mostraba a derecha e izquierda las islas azules, pero yo no miraba mucho tiempo, y de inmediato volvía a mis queridos sueños propios.

Finalmente, cuando me mostró las tranquilas cumbres a lo lejos y dijo que pronto estaríamos en Calauria, puse más atención y todo mi ser se abrió al maravilloso poder que jugaba conmigo de manera a la vez dulce, tranquila, e inexplicable. Con los ojos muy abiertos, asombrado y contento, miraba al frente, a los secretos de la lejanía, el corazón me latía con prisa, y la mano se me escapó y apretó, bruscamente amistosa, el brazo del barquero… «¿Así que eso es Calauria?» exclamé. Ello hizo que me mirara, y yo mismo no sabía qué hacer conmigo.

Saludé a mi amigo con gran cariño. Todo mi ser estaba lleno de dulce inquietud.

Aquella misma tarde quise recorrer una parte de la isla. Los bosques y valles secretos me atraían indescriptiblemente, y el día agradable hacía que salieran al

exterior todos los seres.

Era evidente que todo lo que vive aspira a más que a comida diaria, que también los pájaros y los demás animales tienen sus fiestas.

¡Era fascinante ver todo aquello! Como cuando la madre zalamera pregunta quién de los que le rodean es su preferido y todos los hijos se precipitan en su seno y hasta el más pequeño alza los brazos desde la cuna, así volaba y daba saltos y tendía al aire divino todo lo viviente, y escarabajos y golondrinas, y palomas y cigüeñas se agitaban entremezcladas en una jubilosa confusión igual en los abismos que en las alturas, y aquellos a quienes la tierra retenía convertían en vuelo su paso, el caballo saltaba bramando los fosos y el corzo las cercas, y del fondo del mar subían los peces y saltaban sobre la superficie. A todos les penetraba el aire maternal hasta el corazón y los elevaba y atraía hacia sí.

Y las gentes salían a las puertas y sentían maravilladas la brisa inmaterial que suavemente agitaba los finos cabellos en sus frentes, cómo refrescaba el brillo de la luz, y entreabrían contentos sus ropas para recibirla en el pecho, respiraban más dulcemente, agitaban con mayor ternura el mar claro, suave y acariciador en que vivían y se afanaban.

¡Oh hermano del espíritu que reina y vive en nosotros potente como el fuego, aire sagrado!, ¡qué hermoso es que me escoltes a donde quiera que vaya, tú, omnipotente, inmortal!

Con los niños era con quienes mejor jugaba el elevado elemento.

Uno tarareaba tranquilamente para sí, otro dejaba escapar de sus labios una descuidada cancioncilla, un tercero un canto alegre a voz en cuello; los unos se tumbaban, los otros daban saltos; otros, vagabundeaban absortos.

Y todo ello era la expresión de una misma sensación de bienestar, todo una sola respuesta a las tiernas caricias de aquel aire lleno de encanto.

En mí había un anhelo indescriptible y una gran paz. Una fuerza ajena me dominaba. «Espíritu amigo», me decía a mí mismo, «¿hacia dónde me llamas? ¿Al Elíseo o a otra parte?».

Penetré en un bosque bordeando un arroyo susurrante que a veces se desplomaba entre rocas, otras se deslizaba manso sobre los guijarros, y poco a poco se estrechaba y se convertía en un camino abovedado donde jugaba solitaria la luz del mediodía en la silenciosa oscuridad…

Aquí… ¡me gustaría ser capaz de hablar, Belarmino!, ¡me gustaría mucho escribirte con calma!

¿Hablar? ¡Oh, soy un profano en la alegría!, ¡quiero hablar!

Pero en el país de los bienaventurados, quien habita es el silencio, y más arriba de las estrellas olvida el corazón su indigencia y su lenguaje.

¡La divinidad que entonces se me apareció la he protegido reverente, la he llevado en mí como un talismán! ¡Y si a partir de ahora el destino me atrapa y me lanza de un abismo a otro y ahoga en mí toda fuerza y todo pensamiento, que esto sólo sobreviva

en mí mismo y luzca en mí y reine con una claridad eterna e indestructible…!

Tú estabas tendida, dulce vida mía, levantaste los ojos, te pusiste en pie y te quedaste allí, en tu esbelta plenitud, divinamente tranquila, lleno todavía aquel cielo de rostro del sereno éxtasis del que yo te sacaba.

Aquél que ha mirado en la calma de esos ojos, aquél a quien se han abierto esos dulces labios, ¿de qué otra cosa podrá hablar?

¡Paz de la belleza! ¡Paz divina! Quien calmó una vez en ti su vida furiosa y su espíritu lleno de dudas, ¿cómo podrá encontrar remedio en otra parte?

No puedo hablar de ella, pero hay horas en que lo mejor y más bello se nos aparece como en una nube y el cielo de la perfección se abre ante el amor anhelante; ¡entonces, Belarmino, piensa en este ser, dobla la rodilla conmigo y piensa en mi felicidad! Pero no olvides que yo tuve lo que tú sólo adivinas, que yo vi con estos ojos lo que a ti sólo se te aparece como entre nubes.

¡Pensar que hay gentes que a veces creen que son felices! ¡Oh, pensad que no podéis ni imaginar lo que es la alegría! ¡A vosotros no se os ha aparecido aún ni la sombra de su sombra! ¡Pasad de largo y no habléis del Éter azul vosotros, ciegos!

¡Y pensar que se puede volver uno como un niño, que vuelve el tiempo dorado de la inocencia, el tiempo de la paz y de la libertad, que existe a pesar de todo una alegría, un lugar de reposo en la tierra!

¿No envejece el hombre, no se marchita, no es como una hoja caída que no vuelve a encontrar su árbol y que es arrastrada por los vientos hasta que la arena la entierra?

¡Y, sin embargo, su primavera vuelve!

¡No lloréis cuando lo más perfecto se marchita! ¡Pronto se rejuvenecerá! ¡No os entristezcáis cuando calla la melodía de vuestro corazón! ¡Pronto vuelve a encontrar una mano que la hace brotar de nuevo!

Y yo, ¿cómo era?, ¿no era como una lira rota? Aún sonaba un poco, pero eran sones mortuorios. ¡Había cantado mi sombrío canto del cisne! Con gusto me hubiera trenzado una corona fúnebre, pero sólo tenía flores de invierno.

Y ahora, ¿dónde estaba el silencio mortal, la noche y el vacío de mi vida, la mezquindad de ser mortal?

Sin duda, la vida es pobre y solitaria. Vivimos aquí abajo como el diamante en la sombra. Preguntamos en vano cómo hemos venido aquí para volver a encontrar el camino que nos lleva hacia arriba.

Somos como el fuego que duerme en la rama seca o en el pedernal, y luchamos e intentamos encontrar en todo momento el fin de nuestra estrecha prisión. Pero acaban llegando los momentos de la liberación que compensan siglos de lucha, momentos en que lo divino sale de su celda, en que la llama se desprende de la madera y se eleva victoriosa sobre las cenizas, en que nos parece que el espíritu libre, olvidadas las penas y la servidumbre, vuelve en triunfo a las galerías del sol.

HIPERIÓN A BELARMINO

¡Hubo un tiempo en que fui feliz, Belarmino! ¿No lo sigo siendo? ¿No lo sería aunque el sagrado instante en que la vi por primera vez hubiera sido el último?

He visto una vez lo único, lo que mi alma buscaba, y la perfección que situamos lejos, más allá de las estrellas, que relegamos al final del tiempo, yo la he sentido presente. ¡Estaba aquí, lo más elevado estaba aquí, en el círculo de la naturaleza humana y de las cosas!

Ya no pregunto dónde está; estaba en el mundo, puede volver a él, sólo que ahora está más ocultó en él. Ya no pregunto qué es; lo he visto, lo he conocido.

¡Oh vosotros, los que buscáis lo más elevado y lo mejor en la profundidad del saber, en el tumulto del comercio, en la oscuridad del pasado, en el laberinto del futuro, en las tumbas o más arriba dé las estrellas! ¿Sabéis su nombre?, ¿el nombre de lo que es uno y todo?

Su nombre es belleza.

¿Sabíais lo que queríais? Todavía no lo sé yo, pero lo intuyo, el nuevo reino de la nueva divinidad, y corro hacia él y cojo a los demás y los llevo conmigo como el río lleva a los otros ríos al océano.

¡Y eres tú, tú quien me ha indicado el camino! Contigo empecé. No merecen palabras los días en que aún no te conocía…

¡Oh Diotima, Diotima, ser celestial!

HIPERIÓN A BELARMINO

¡Olvidemos que existe el tiempo y no contemos los días de la vida!

¿Qué son los siglos frente al momento en que dos seres se adivinan y se acercan de esta manera?

Aún estoy viendo la tarde en que Notara me llevó por primera vez a su casa. Ella vivía sólo a unos cientos de pasos de nosotros, al pie de la montaña.

Su madre era una mujer juiciosamente cariñosa, su hermano un joven llano y alegre, y ambos reconocían de todo corazón en cuanto hacían o dejaban de hacer que Diotima era la reina de la casa.

¡Ay!, todo estaba santificado, embellecido por su presencia. Todo lo que yo veía, lo que tocaba, su alfombra, su cojín, su mesita, todo estaba en secreta unión con ella. ¡Y cuando me llamó por primera vez por mi nombre, cuando ella misma llegó tan cerca de mí que su aliento inocente rozó mi ser a la escucha…!

Hablamos poco el uno con el otro. Uno se avergüenza de su idioma y quisiera convertirse en música y unirse en una sola canción celestial.

Además, ¿de qué podíamos hablar? Sólo nos mirábamos. Teníamos miedo de hablar de nosotros.

Finalmente hablamos de la vida de la tierra.

Nunca se le había cantado un himno tan sencillo y tan ardiente.

Nos hizo bien derramar el exceso de nuestros corazones en el seno de esta buena madre. Así nos sentimos aliviados como los árboles cuando el viento del verano sacude sus ramas quietas y riega sus dulces frutos por la hierba.

Llamamos a la tierra una de las flores del cielo, y al cielo le llamábamos el jardín infinito de la vida. Igual que las rosas se alegran con el polvillo dorado, decíamos, así alegra la esplendorosa luz del sol la tierra con sus rayos; es un ser soberanamente vivo, decíamos, casi divino, cuando le brota del corazón furioso fuego o agua suave y clara; siempre feliz, igual cuando se alimenta de gotas de rocío como cuando lo hace de nubes de tormenta que reserva para su goce con la complicidad del cielo, la siempre fiel y amante mitad del dios solar, quizá inicialmente más íntimamente unida a él por un decreto del destino para que lo buscara, se acercara, se alejara y, entre alegrías y tristezas, madurara la suprema belleza.

Esto fue lo que hablamos. Te doy el contenido, el espíritu de la conversación. Pero esto, ¿qué es sin la vida?

Oscurecía y tuvimos que irnos. «¡Buenas noches, ojos angélicos!», pensé en mi corazón; «¡y que te me aparezcas pronto de nuevo, hermoso espíritu divino, con tu calma y tu plenitud!».

HIPERIÓN A BELARMINO

Un par de días después subieron a nuestra casa. Nos paseamos juntos por el jardín. Diotima y yo nos adelantamos sin darnos cuenta, absortos, y con frecuencia me subían a los ojos lágrimas de felicidad al pensar en aquel ser sagrado que tan humildemente caminaba a mi lado.

Nos paramos al borde de la cima y contemplamos el oriente infinito.

Los ojos de Diotima se agrandaron y suavemente, como se abre un capullo, se abrió su rostro querido a los aires del cielo, se transformó en idioma y en alma y, como si iniciara un vuelo hacia las nubes, toda su figura se alzó dulcemente, con una leve majestad, y apenas tocaba la tierra con los pies.

¡Oh, me hubiera gustado cogerla entre mis brazos como el águila a Ganimedes y volar con ella sobre el mar y sus islas!

Luego dio algunos pasos y contempló la abrupta pared rocosa. Sé complacía en medir la horrorosa profundidad y en perderse allá abajo, en la noche de los bosques que apiñaban a sus pies sus claras cumbres por encima de los trozos de rocas y de los espumeantes torrentes.

El pretil en el que se apoyaba era algo bajo. Así que me fue lícito sostener ligeramente a la encantadora mientras se inclinaba hacia delante. ¡Ah, un estremecimiento de cálida voluptuosidad recorrió todo mi ser, un delirio arrebatador

colmó mis sentidos y las manos me ardían como ascuas al tocarla!

¡Y el agrado del corazón al estar íntimamente junto a ella, y la preocupación ingenua y tierna de que pudiera caerse, y la alegría de contemplar el entusiasmo de aquella muchacha deliciosa!

¿Qué vale todo lo que los hombres hacen y piensan durante milenios frente a un solo momento de amor? ¡Y es también lo más logrado, lo más hermosamente divino de la naturaleza! A él conducen todas las gradas desde el umbral de la vida. De él venimos, a él vamos.

HIPERIÓN A BELARMINO

Sólo su canto debería poder olvidar, sólo aquellos acentos del alma deberían no volver nunca más a mis continuos sueños.

No se conoce al cisne, altivo como un buque al navegar, cuando dormita a la orilla.

Sólo cuando cantaba se reconocía a la amada silenciosa, que tan poco gustaba de expresarse con palabras.

Entonces, sólo entonces, aparecía la divina taciturna en toda su majestad y encanto; entonces exhalaba de sus finos labios bermejos un como mandamiento de los dioses, entre oración y caricia. ¡Cómo se agitaba el corazón con aquella divina voz, cómo aparecía todo lo grande y lo humilde, toda la alegría y la tristeza de la vida, embellecida por la nobleza de aquellos acentos!

Como la golondrina que atrapa las abejas en pleno vuelo, así se apoderaba ella siempre de todos nosotros.

No era ni placer ni admiración, era la paz del cielo la que sobre nosotros se derramaba.

Mil veces se lo he dicho y me lo he dicho a mí mismo: lo más hermoso es también lo más sagrado. Y así era todo en ella. Como su canto, así era su vida.

HIPERIÓN A BELARMINO

Entre las flores, su corazón se sentía en casa, como si fuera una de ellas.

Las llamaba a todas por sus nombres, su amor le hacía darles otros nuevos, más bellos, y sabía con exactitud la época más alegre de la vida de cada una.

Como una hermana cuando los que la aman acuden a ella desde cada rincón y a cada cual le gustaría ser saludado el primero, así iba aquella tranquila criatura, atareados sus ojos y sus manos, ensimismada en su felicidad, cuando caminábamos por los prados o por el bosque.

Y todo ello no tenía nada de ajeno o de adquirido, sino que era innato en ella.

Pues es eternamente cierto y se ve en todas partes que cuanto más inocente y hermosa es un alma, mayor es su confianza con los restantes seres vivos y felices a los que llaman inanimados.

HIPERIÓN A BELARMINO

Mil veces me he reído en la alegría de mi corazón de esas gentes que suponen que a un espíritu elevado debe serle imposible saber cómo se prepara una verdura. Diotima era muy capaz, llegado el momento, de hablar de los asuntos del hogar, y ciertamente no hay nada más noble que una noble joven que cuida de la llama bienhechora y, tal como la naturaleza, prepara los alimentos que nos alegran el corazón.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Qué es todo el saber artificial del mundo, qué es toda la orgullosa emancipación del pensamiento humano comparada con los acentos espontáneos de aquel espíritu que no sabía lo que sabía ni lo que era?

¿Quién no prefiere la uva madura y fresca, recién cogida de la cepa, a las pasas secas que el comerciante comprime en una caja y envía a todo el mundo? ¿Qué es la sabiduría de un libro frente a la sabiduría de un ángel?

Diotima parecía decir siempre muy poco, pero decía mucho.

Yo le acompañaba una vez, ya de anochecida, a su casa; nubes deshilachadas se deslizaban por el prado como sueños, y los astros radiantes, vistos a través de las ramas, parecían genios al acecho.

Era raro oírle hablar de la hermosura que le rodeaba, aunque su ferviente corazón no dejaba de percibir ni el roce de una hoja ni el murmullo de un manantial.

Pero aquella tarde me dijo: «¡Qué hermoso!».

«¡Sin duda es por amor a nosotros!», dije, más o menos como dicen las cosas los niños, medio en broma, medio en serio.

«Puedo comprender lo que dices», me contestó; «me gusta imaginar el mundo como una vivienda familiar en que cada cosa, sin siquiera pensar en ello, se adapta a lo demás, y donde cada uno vive para placer y alegría de los otros precisamente porque así le nace del corazón».

«¡Feliz y elevada creencia!», exclamé.

Ella calló un rato.

«Así que nosotros somos también los niños de la casa», agregué al fin; «lo somos y lo seremos».

«Lo seremos eternamente», respondió.

«¿Realmente?», pregunté.

«Para ello confío en la naturaleza», repuso, «igual que confío en ella cada día».

¡Oh, me hubiera gustado ser yo Diotima cuando dijo estas palabras! ¡Pero tú no sabes lo que dijo, mi querido Belarmino, porque ni has visto ni has oído cómo lo dijo!

«Tienes razón», exclamé; «la belleza eterna, la naturaleza, no puede sufrir ninguna pérdida en sí misma, igual que no puede sufrir ningún añadido. Mañana, su atavío es otro que el que hoy tenía; pero de lo mejor de nosotros, de nosotros, no puede prescindir, y menos que de nadie, de ti. Creemos que somos eternos porque nuestra alma siente la belleza de la naturaleza. Si alguna vez faltaras tú de ella sería fragmentaria y ya no divina y perfecta. No merecería que le entregaras tu corazón si tuviera que sonrojarse de tus esperanzas».

HIPERIÓN A BELARMINO

No he conocido a nadie tan carente de necesidades, tan divinamente sobrio.

Como las olas del océano la costa de las Islas Afortunadas, así rodeaba mi desasosegado corazón la paz de aquella divina muchacha.

Yo no tenía nada que darle más que un ánimo lleno de feroces contradicciones, lleno de recuerdos sangrantes; no tenía nada que darle más que mi amor sin fronteras con sus mil preocupaciones, sus mil tumultuosas esperanzas; ella, en cambio, estaba ante mí en su belleza inmutable, sin esfuerzo, ahí, en su sonriente perfección, y toda aspiración, todos los sueños de la condición mortal, sí, todo lo que anuncia el genio en las horas matinales de las altas regiones, todo ello estaba realizado en esta única alma serena.

Se suele decir que por encima de las estrellas cesa la lucha y se nos promete que en el futuro, depositado nuestro poso, se transformará en noble vino de alegría la vida fermentada; pero ya nadie busca en esta tierra la paz de corazón de los bienaventurados. Yo sé hacerlo de otra manera. He tomado un camino más corto. De pie ante ella escuché y vi la paz del cielo, y en medio del quejumbroso caos se me apareció Urania.

¡Con qué frecuencia he acallado mis lamentaciones ante esta imagen!, ¡qué a menudo se han apaciguado mi exaltada vida y mi impetuoso espíritu cuando, sumergido en dulces reflexiones, miré en su corazón como se mira a la fuente cuando se estremece en calma con los contactos del cielo que golpea sobre ella con gotas de plata!

Aquel alma era mi Leteo, mi sagrado Leteo, donde bebía el olvido de la existencia, cuando estaba ante ella, como un inmortal, y me regañaba alegremente a mí mismo, y como tras una pesadilla tenía que reírme de todas las cadenas que me habían oprimido.

¡Oh, con ella me habría convertido en un hombre feliz, excelente!

¡Con ella! Pero no fue así, y ahora vagabundeo por lo que hay en mí y ante mí y más lejos, y no sé qué debo hacer de mí y de las demás cosas.

Mi alma es como un pez arrojado a la arena de la orilla, fuera de su elemento, que se debate y se agita hasta que se deseca con el calor del día.

¡Ay!, ¡si al menos hubiera todavía en el mundo algo que yo pudiera hacer!

¡Si hubiera un trabajo, una guerra para mí, me reanimaría!

Se dice que una loba amamantó a niños que habían sido arrancados del pecho de la madre y arrojados al yermo.

Mi corazón no ha tenido tanta suerte.

HIPERIÓN A BELARMINO

Sólo de vez en cuando puedo hablar un par de palabras de ella. Necesito olvidar todo lo que ella es, si debo hablar de ella. Tengo que fingirme como que vivió en tiempos antiguos, como si supiera algo de ella por una narración, si no quiero ser apresado por su retrato viviente y consumirme en el éxtasis y en el dolor, si no quiero morir la muerte de la alegría por ella y la muerte del dolor por ella.

HIPERIÓN A BELARMINO

Es en vano; no me lo puedo ocultar a mí mismo. Allí donde huya con mis pensamientos, en lo alto del cielo o en el abismo, al principio y al final de los tiempos, incluso cuando me echo en los brazos de aquel que era mi último refugio, del que otras veces eliminaba en mí cualquier preocupación, del que habitualmente consumía en mí toda la alegría y todo el dolor de la vida con la llama en que se manifestaba, del sublime y misterioso espíritu del mundo, incluso cuando me hundo en el océano sin fondo, también allí, también allí me alcanza el dulce horror, el dulce, turbador y mortal horror de que la tumba de Diotima está junto a mí.

¿Lo oyes, lo oyes? ¡La tumba de Diotima! Mi corazón se había serenado tanto y, sin embargo, mi amor estaba enterrado con la muerta a la que amaba.

Tú sabes, Belarmino, que hacía mucho tiempo que no té escribía acerca de ella, y cuando escribía, lo hacía sosegadamente, según creo.

¿Qué ha pasado, pues?

Ahora voy a la costa y miro hacia Calauria, allá lejos, donde ella reposa. Eso es lo que sucede.

¡Oh, pensar que nadie me presta su barca, sí, que nadie se apiada de mí y me ofrece sus remos y me ayuda a llegar hasta ella!

¡Sí, pensar que el bondadoso mar no queda en calma para que yo no me construya un bote y navegue hasta ella!

¡Quisiera abalanzarme al mar furioso e implorar a sus olas que me arrojen a la costa donde yace Diotima…!

¡Querido hermano! Doy consuelo a mi corazón con toda clase de fantasías, me procuro cierto narcótico; y sería mejor, sin duda, liberarse para siempre que ayudarse con paliativos; ¿pero a quién no le sucede lo mismo? Así que me contento con eso.

¿Que me contento? ¡No estaría mal! Si así fuera, habría recibido ayuda en aquello en que ni siquiera un dios puede ayudar.

Yo ya he hecho lo que podía. Que el destino me devuelva mi alma.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿No era ella para mí? Decidme, hermanas del destino, ¿no era ella para mí? ¡A las fuentes puras pongo por testigos, y a los árboles inocentes que nos escucharon, y a la luz del día, y al Éter! ¿No era ella para mí? ¿No estaba unida a mí en cada nota de la vida?

¿Dónde está el ser que fuera tan capaz de conocerla como el mío? ¿En qué espejo se juntaban como en mí los rayos de aquella luz? ¿No tembló de alegría ante su propio esplendor cuando por vez primera lo descubrió en mi alegría? ¡Ah!, ¿dónde está el corazón que, como el mío, le diera su plenitud y la recibiera de ella, que hubiera estado allí sólo para proteger el suyo, como hacen las pestañas con el ojo?

No éramos sino una sola flor, y nuestras almas vivían una en otra como la flor cuando ama y oculta sus tiernas alegrías en su cerrado cáliz.

Y a pesar de esto, ¿no me fue arrancada y arrojada al polvo como una corona usurpada?

HIPERIÓN A BELARMINO

Antes de que lo supiéramos ninguno de los dos, ya nos pertenecíamos.

Cuando estaba ante ella, felizmente sosegado, con el corazón pleno de agasajos, y callaba, y toda mi vida se entregaba en los rayos de los ojos que sólo a ella la veían, sólo a ella la abrazaban, y ella entonces volvía a contemplarme con una tierna duda y no sabía dónde estaba yo con mis pensamientos, cuando a menudo, hundido en su alegría y su belleza, la espiaba al realizar alguna de sus encantadoras ocupaciones, y al más ínfimo movimiento, como la abeja en torno a las ramas vacilantes, mi alma vagaba y volaba, y cuando ella entonces se volvía hacia mí con pensamientos serenos y, sorprendida por mi alegría, me obligaba a disimularla, y ella volvía a buscar y a encontrar la calma en su querido trabajo…

Cuando, con maravillosa clarividencia, descubría cada acorde y cada discordia en las profundidades de mi ser en el momento mismo en que aparecían, antes incluso de

que yo mismo las percibiera, cuando ella apreciaba la menor sombra de una nubecilla en mi frente, la menor sombra de melancolía, de orgullo en mis labios, la chispa más insignificante en mis ojos, cuando vigilaba el flujo y el reflujo de mi corazón y presentía, llena de inquietud, las horas sombrías, mientras mi espíritu, excesivamente derrochador, manirroto, se consumía en abundantes peroratas, cuando aquel ser querido, fiel como un espejo, me denunciaba la más ligera alteración en mi mejilla y a menudo me amonestaba con amistosa solicitud por la versatilidad de mi forma de ser y me regañaba como se hace con un niño al que se quiere…

¡Ah aquella vez en que tú, toda inocencia, contaste con los dedos los escalones que había desde mi refugio hasta tu casa, cuando me enseñaste los caminos por donde paseabas, los sitios donde solías sentarte, y me contaste cómo habías pasado allí el tiempo, y acabaste diciéndome que ya entonces sentías como si yo también hubiera estado desde siempre allí…!

¿No nos pertenecíamos ya desde hacía mucho tiempo?

HIPERIÓN A BELARMINO

Construyo a mi corazón una tumba para que pueda descansar en ella; me encierro en mí mismo como una larva, porque afuera sólo hay invierno; me protejo de la tormenta con los recuerdos más felices.

Una vez estábamos con Notara —así se llamaba el amigo con quien yo vivía— y algunos otros que, al igual que nosotros, pertenecían a los originales de Calauria, sentados en el jardín de Diotima, bajo los almendros en flor, y hablábamos entre otras cosas de la amistad.

Yo no había participado apenas en la conversación; desde hacía algún tiempo procuraba hablar poco de cosas que tocaban de cerca al corazón; mi Diotima me había vuelto así de lacónico…

«En vida de Harmodio y de Aristogitón», dijo en un momento alguien, «aún existía la amistad en el mundo». Esto me alegró demasiado como para poder seguir callado.

«¡Deberíamos tejerte una corona por lo que acabas de decir!» exclamé dirigiéndome a él; «¿Tienes realmente una idea de cómo fue, algo que pueda compararse a la amistad de Aristogitón y Harmodio? Perdóname, pero ¡por el Éter!, habría que ser Aristogitón para poder llegar a sentir cómo amaba Aristogitón, y no debería temer al rayo el hombre que quisiera ser amado con el amor de Harmodio, pues, o estoy engañado en todo, o aquel terrible adolescente amaba con la misma intransigencia que Minos. Pocos han superado tal prueba, y no es más fácil ser amigo de un semidiós que sentarse en la mesa de los dioses, como Tántalo. Pero no hay tampoco nada más hermoso en esta tierra que la interdependencia de dos personas tan valiosas como aquéllas.

»Ésta es también mi esperanza, lo que anhelo en las horas solitarias: que esos mismos tonos poderosos y aun otros más altos deben volver alguna vez a la sinfonía del mundo en su discurrir. El amor engendró milenios colmados de hombres llenos de vida; la amistad volverá a engendrarlos. Los pueblos acaban de salir de la armonía infantil; la armonía de los espíritus será el principio de una nueva historia del mundo. Los hombres comenzaron con la felicidad de las plantas y crecieron y siguieron creciendo hasta que maduraron; a partir de entonces crecieron de forma incesante, por dentro y por fuera, hasta que ahora el género humano, infinitamente descompuesto, yace como un caos tal que el vértigo se apodera de todos los que todavía sienten y ven; pero la belleza huye de la vida de los hombres hacia lo alto, hacia el espíritu; se transforma en ideal lo que era naturaleza, y aunque el árbol está seco y podrido desde la base misma, todavía ha retoñado de él una copa nueva y verdeguea al brillo del sol como lo hacía el tronco en los días de su juventud; lo que fue la naturaleza, es hoy el ideal. En él, en este ideal, en esta divinidad rejuvenecida, se reconocen los pocos y son uno, pues hay uno en ellos, y de éstos, de éstos da comienzo la segunda edad del mundo… Creo que ya he dicho bastante para explicar lo que pienso».

Me gustaría que hubieras visto entonces a Diotima levantarse de un salto tendiéndome las manos y exclamando: «Lo he comprendido, amigo, lo he comprendido en toda su profundidad.

»El amor engendró al mundo; la amistad lo hará renacer.

»Entonces, ¡oh vosotros, los futuros dióscuros!, deteneos un momento cuando paséis ante el lugar en que duerma Hiperión, deteneos soñando sobre las cenizas del olvidado y decid: sería como uno de nosotros si ahora estuviera aquí».

¡Yo le oí decir esto, Belarmino! Y después de aquella experiencia, ¿no he sido capaz de buscar voluntariamente la muerte?

¡Sí!, ¡sí!, he sido recompensado de antemano, he vivido. Un dios es capaz de soportar mayor alegría, pero yo no.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Me preguntas que cómo me fue en aquel tiempo? Como a alguien que ha perdido todo para ganarlo todo.

Realmente, a menudo volvía de la arboleda de Diotima como alguien borracho por el triunfo, a menudo debía alejarme de ella a toda prisa para no traicionar ni uno sólo de mis pensamientos; hasta tal punto me enloquecía de alegría y de orgullo con la maravillosa creencia de que era amado por Diotima.

Entonces buscaba los montes más altos y sus vientos, y como un águila cuyo sangriento plumaje ya está curado, mi espíritu se remontaba hacia lo libre y se desplegaba, como si fuera suyo, sobre el mundo visible; ¡maravilloso! A menudo me parecía como si las cosas de la tierra se purificaran y se fundieran en mi fuego como

el oro, y algo divino nacía de ellas y de mí, tanta era mi alegría; ¡y cómo aupaba a los niños y los apretaba contra mi agitado corazón, cómo saludaba a las plantas y a los árboles! Me hubiera gustado poseer un encantamiento para reunir en torno a mis manos generosas a los tímidos ciervos y a todas las aves salvajes del bosque, como un pueblecito familiar, ¡tan dulce era la locura de mi amor!

Pero al poco tiempo todo era en mí como una luz apagada, y me quedaba mudo y triste como una sombra, buscando la vida desaparecida. No quería quejarme, ni tampoco quería consolarme. Eché de mí la esperanza como un tullido rechaza sus muletas; no me atrevía a llorar; no me atrevía, sobre todo, a existir. Pero finalmente, mi orgullo estallaba en lágrimas, y el dolor, que me hubiera gustado negar, me era grato, y lo acogía, como a un niño, en mi pecho.

«¡No, no!», gritaba mi Corazón. «¡No, no, Diotima!, no me duele. Conserva tú tu paz y déjame seguir mi camino. No permitas que tu tranquilidad sea perturbada, ¡hermoso lucero!, aunque por debajo de ti todo fermente y sé oscurezca.

»¡No dejes que tus rosas empalidezcan, divina y bienaventurada juventud! No dejes que tu belleza envejezca con las preocupaciones terrenales. ¡Esta es mi alegría, vida mía, que llevas en ti el cielo sereno! Es preciso que no conozcas nunca la miseria, ¡no!, ¡no!, no debes sentir en ti la pobreza del amor».

Y luego, cuando volvía a bajar a su casa… ¡hubiera querido poder preguntar al aire y descifrar en el paso de las nubes lo que iba a sentir una hora después! ¡Y cómo me alegraba cuando algún rostro amistoso se cruzaba conmigo en el camino y, sólo para no ser demasiado seco, me decía: «¡Buenos días!».

Cuando una pequeña vendedora que venía del bosque me ofrecía sus fresas con un ademán con el que parecía querer regalarlas, o cuando un campesino, al pasar yo por delante de su casa, trepado en su cerezo recogía el fruto y desde las ramas me gritaba si no me apetecía probar un puñado… ¡todas estas cosas eran buenas señales para mi supersticioso corazón!

¡Qué bien me hacía ver abierta hacia el camino por el que yo bajaba una de las ventanas de Diotima! Quizá hacía sólo un momento que se había asomado a ella.

Y al fin estaba ante ella, sin aliento y vacilante, y apretaba mis brazos cruzados contra mi corazón para no sentir su agitación y, como el nadador en medio de las aguas turbulentas, mi espíritu luchaba y se esforzaba para no hundirse en el amor infinito.

«¿De qué podemos hablar hoy?» balbuceé a penas; «a veces cuesta trabajo, no se consigue encontrar el tema, fijar en él el pensamiento».

«¿Aún anda volando por los aires?» me respondió Diotima. «Tienes que sujetarle plomo a las alas, o si no lo ataré yo a un hilo, como hacen los niños con las cometas, para que no se nos escape…».

Aquella adorable muchacha intentaba ayudarnos, a ella misma y a mí, por medio de esta broma, pero con ello no conseguía apenas nada.

«¡Sí, sí!», exclamaba yo, «como quieras, como mejor te parezca… ¿quieres que te

lea? Tu laúd debe seguir aún afinado desde ayer… y tampoco tengo nada concreto que leer…».

«Más de una vez» dijo ella «me has prometido contarme cómo viviste antes de conocernos, ¿no podrías hacerlo ahora?».

«Es verdad», contesté; mi corazón es muy propicio a tales exteriorizaciones, y entonces le conté, igual que a ti, la historia de Adamas y de mis días solitarios en Esmirna, la de Alabanda y cómo fui separado de él, y la incomprensible enfermedad que se apoderó de mi ser antes de llegar a Calauria… «Ahora lo sabes todo», le dije tranquilo al finalizar, «a partir de ahora será más difícil que choques conmigo; a partir de ahora dirás» añadí sonriente: «no os burléis de este Vulcano si cojea un poco, pues ha sido arrojado por los dioses dos veces desde el cielo a la tierra».

«¡Calla!», dijo con voz ahogada, ocultando sus lágrimas en el pañuelo; «¡oh, calla y no hagas bromas a costa de tu destino ni de tu corazón porque los comprendo mejor que tú!

»¡Querido…, querido Hiperión! Es muy difícil ayudarte.

»¿Y sabes», prosiguió, elevando la voz, «sabes qué es lo que te consume, lo único que te falta, lo que buscas como Alfeo buscaba a su Aretusa, lo que te entristece en todas tus tristezas? Es algo que no ha desaparecido hace sólo algunos años; no se puede decir exactamente cuándo existió ni cuándo desapareció, ¡pero existió, existe, está en ti! Lo que buscas es un tiempo mejor, un mundo más hermoso. Era ese mundo únicamente lo que abrazabas cuando abrazabas a tus amigos; tú, junto con ellos, eras ese mundo.

»Lo viste llegar a ti con Adamas, pero desapareció también junto con él. En Alabanda se te apareció su luz por segunda vez, pero más ardiente y cálida, y por eso también tu alma creyó encontrarse en medio de la noche cuando él te faltó.

»¿Ves ahora también por qué la más pequeña duda sobre Alabanda debía convertirse en ti en desesperación?, ¿por qué lo rechazaste sólo porque no era ningún dios?

»No querías a hombres, créeme; lo que querías era un mundo. ¡La pérdida de todos los siglos de oro tal como llegaron hasta ti, condensados en un solo momento feliz, el espíritu de todos los espíritus de un tiempo mejor, la fuerza de todas las fuerzas de los héroes, todo eso te lo debía compensar un solo ser humano…! ¿Ves ahora qué pobre eres y, al mismo tiempo, qué rico?, ¿por qué debes estar tan orgulloso y a la vez tan abatido?, ¿por qué se alternan en ti de forma tan atroz pena y alegría?

»Porque posees todo y nada, porque el espectro de los días de oro que deben venir te pertenece, pero todavía no está ahí, porque eres un ciudadano en las regiones del derecho y la belleza, pero eres un dios entre dioses en los hermosos sueños que te invaden durante el día, y cuando despiertas te encuentras en el suelo de la Grecia actual.

»¿Dos veces, decías? No, serás precipitado setenta veces en un solo día del cielo a

la tierra. ¿Debo decírtelo? Temo por ti, te resulta difícil soportar el destino de estos tiempos. Lo intentarás todavía muchas veces.

»¡Oh Dios, y tu último refugio será una tumba!».

«¡No, Diotima», grité, «no, por el cielo, no! Mientras una sola melodía resuene en mí no temeré el fúnebre silencio de los lugares salvajes bajo las estrellas; mientras sigan brillando el sol y Diotima no habrá noche para mí.

»¡Que doblen las campanas por todas las virtudes! Yo te escucho a ti, a ti, amor, el canto de tu corazón, y encuentro en ti la vida inmortal mientras todo se consume y marchita».

«¡Oh Hiperión!», exclamó, «¿qué estás diciendo?».

«Digo lo que tengo que decir. No puedo, no puedo ocultar por más tiempo toda mi felicidad, mi temor, mis preocupaciones… ¡Diotima!… Sí, tú lo sabes, tú tienes que saberlo, hace tiempo que ves que me hundo cuando no me tiendes la mano».

Estaba sorprendida, turbada.

«¿Y es en mí?», exclamó, «¿en mí donde Hiperión quiere apoyarse? Ahora deseo, ahora por primera vez deseo ser algo más que sólo una simple mortal. Pero seré para ti cuanto pueda ser».

«¡Oh, entonces lo serás todo para mí!», grité.

«¿Todo? ¡Hipócrita! ¿Y la humanidad, que en el fondo es lo único que amas?».

«¿La humanidad?», dije. «Quisiera que la humanidad hiciera de Diotima su divisa y pintara tu imagen en sus estandartes, y dijera: ¡hoy debe triunfar lo divino! ¡Ángel celestial! ¡Qué día iba a ser ése!».

«¡Vete», me dijo, «vete y muestra al cielo tu transfiguración! ¡No debe suceder tan cerca de mí!

»¿Verdad que te irás, querido Hiperión?».

Obedecí. ¿Quién no hubiera obedecido? Me fui. Nunca me había alejado de ella de esta forma. ¡Oh Belarmino, qué alegría, qué tranquilidad en mi vida, qué calma divina, qué alegría celestial, maravillosa, insondable!

Las palabras aquí ya no tienen sentido, y quien pretenda obtener una imagen de tal felicidad es que no la ha conocido nunca. Lo único que podría llegar a expresar tal alegría era el canto de Diotima cuando flotaba en el justo medio entre la altura y la profundidad.

¡Oh praderas de las orillas del Leteo! ¡Oh vosotros, senderos crepusculares de los bosques del Elíseo! ¡Lirios de los arroyos del valle! ¡Diademas de rosas de la colina! Creo en vosotros, en esta hora amistosa, y digo a mi corazón: allá la volverás a encontrar, y con ella toda la alegría que perdiste.

HIPERIÓN A BELARMINO

Quiero seguir una vez más hablándote de mi felicidad. Quiero templar mi pecho

en las alegrías del pasado hasta que se haga duro como el acero, quiero ejercitarme en ellas hasta hacerme invencible.

¡Ah, verdad es que a menudo se derrumban sobre mi alma como mandobles de espada, pero juego con la espada hasta que me acostumbro a ella, mantengo la mano en el fuego hasta que lo soporto como si fuera agua!

No quiero acobardarme; ¡sí, quiero ser fuerte! No quiero ocultarme nada, quiero invocar a la más feliz de las felicidades desde la tumba.

Es increíble que el hombre tenga miedo de lo más hermoso, pero así es.

¿No he huido yo mismo cientos de veces de esos momentos, de las mortales delicias de mis recuerdos, y he apartado mi mirada, como un niño, ante los relámpagos? Y, sin embargo, no crece en el frondoso huerto del mundo nada más delicioso que mis alegrías; sin embargo, no se da ni en el cielo ni en la tierra fruto más noble que mis alegrías.

Pero sólo a ti, Belarmino, sólo a un alma pura y libre como la tuya se lo cuento. No quisiera ser tan pródigo como el sol con sus rayos; no quiero echar mis perlas a la masa estúpida.

Desde aquella última conversación sobre asuntos del alma, cada día que pasaba me conocía menos a mí mismo. Sentía que había un divino secreto entre Diotima y yo.

Me asombraba, soñaba. Mi alma se sentía como si a medianoche se me hubiera aparecido un espíritu y me hubiera elegido para deambular con él.

Es una extraña mezcla de felicidad y de melancolía la que sentimos cuando se hace tan evidente que a partir de entonces viviremos siempre una existencia fuera de lo común.

Desde aquel momento no conseguí nunca más ver a Diotima sola. Siempre tenía que estorbamos y separarnos un tercero, y el mundo entre ella y yo era como un vacío interminable. Así pasaron seis días de mortal inquietud, sin que supiera nada de Diotima. Era como si los demás, los que estaban a nuestro alrededor, paralizaran mis sentidos, como si mataran toda mi vida exterior para que mi alma cautiva no pudiera encontrar ningún camino para llegar hasta ella.

Si mis ojos la buscaban, todo era noche frente a mí; si quería dirigirme a ella con alguna palabra, ésta se me atragantaba.

¡Ah!, a veces el sagrado deseo sin nombre quería desgarrarme el pecho, y el amor, poderoso, rugía en mí como un Titán prisionero. Mi espíritu no se había resistido nunca hasta entonces tan profundamente, con tan íntima intransigencia, contra las cadenas que el destino le forjara, contra la implacable y férrea ley que le hacía estar separado, no convertirse en una sola alma con su amorosa mitad.

La noche iluminada por los astros se convirtió entonces en mi elemento. Cuando todo estaba tranquilo como en las profundidades de la tierra donde secretamente crece el oro, entonces surgía la más hermosa vida de mi amor.

Entonces ejercía el corazón su derecho a poetizar. Entonces me contaba cómo el

espíritu de Hiperión había jugado con su dulce Diotima a las puertas del Elíseo antes de descender a la tierra, en una infancia divina entre el armonioso arrullo de la fuente y al amparo de ramajes similares a los de la tierra cuando centellean hermoseados en las aguas doradas.

E igual que el pasado, se abría también en mí la puerta del porvenir.

Entonces volábamos Diotima y yo; viajábamos, como golondrinas, de una primavera del mundo a otra, por el vasto espacio del sol y más arriba, hacia las otras islas del cielo, a las doradas costas de Sirio, al valle de los espíritus de Arturo…

¡Oh, nada más deseable que beber así, en un solo cáliz, junto con la amada, las delicias del mundo!

Embriagado por el dulce arrullo que a mí mismo me cantaba, me dormía en medio de magníficas fantasmagorías.

Pero cuando se encendía de nuevo la vida de la tierra con los rayos del amanecer, alzaba los ojos y buscaba los sueños de la noche. Habían desaparecido, como las hermosas estrellas, y sólo quedaban, como una huella suya en mi alma, las delicias de la melancolía.

Estaba triste, pero creo que los bienaventurados deben de sentir también esa tristeza. Era la mensajera de la alegría, era el gris que precede a la luz del día, del que brotan las innumerables rosas del amanecer…

Luego, los calores del verano hacían que todo se replegara a la oscuridad de las sombras. También en tomo a la casa de Diotima todo estaba tranquilo y vacío y las celosas cortinas me cerraban el paso en todas las ventanas.

Vivía pensando en ella. «¿Dónde estás?», pensaba; «¿dónde puede encontrarte mi solitario espíritu, dulce muchacha? ¿Miras al vacío y sueñas? ¿Has echado a un lado la labor y apoyas el brazo en la rodilla y la cabeza en la mano y te entregas a agradables pensamientos?

»¡Que nada turbe la paz de mi amada cuando refresca su corazón con dulces fantasías, que nada toque este racimo ni haga caer el fresco rocío de sus granos!».

Así soñaba. Pero mientras mis pensamientos la espiaban entre las paredes de su casa, mis pies la buscaban en otra parte, y antes de que me diera cuenta estaba caminando por las avenidas del bosque sagrado, tras el jardín de Diotima, donde la vi por primera vez. ¿Pero qué me pasaba? Muchas veces había vuelto a pasear entre aquellos árboles, me había familiarizado con ellos, me había tranquilizado entre ellos; pero entonces se apoderó de mí una fuerza tal como si penetrara en las sombras de Diana para morir ante la aparición de la diosa.

Continué mi camino. A cada paso todo se convertía en mí en más maravilloso. Hubiera querido volar, tan fuerte era el impulso de mi corazón, pero era como si tuviese plomo en los pies. Mi alma, en su carrera, había dejado atrás los miembros terrenales. Yo ya no oía, y ante mis ojos resplandecían y vacilaban todas las formas. Mi espíritu estaba ya con Diotima; la copa del árbol jugueteaba con la luz del alba, mientras las ramas bajas sentían todavía el frío de la amanecida.

«¡Ah! ¡Mi Hiperión!», me gritó entonces una voz; me precipité en aquella dirección. «¡Mi Diotima! ¡Oh mi Diotima!», no pude decir ni una palabra más; quedé sin aliento y perdí la consciencia.

¡Desvanécete, desvanécete, vida mortal, miserable negocio en que el espíritu solitario contempla y cuenta una y otra vez los céntimos que ha reunido! ¡Todos estamos llamados a disfrutar de la alegría divina!

Aquí hay una laguna en mi existencia. Morí, y al despertar me encontré apoyado en el corazón de aquella celestial muchacha.

¡Oh vida del amor! ¡Cómo habías llegado hasta ella con tu gracioso florecer! Como acunada en un ligero sueño por el canto de genios benéficos, reposaba su encantadora cabecita sobre mi hombro, sonreía con dulce paz y, finalmente, alzó sus etéreos ojos hacia mí con gozoso e ingenuo asombro, como si aquélla fuera la primera vez que dirigieran su vista al mundo.

Largo tiempo permanecimos así, olvidados de nosotros mismos, en tierna contemplación, y ninguno sabía qué nos pasaba, hasta que la alegría se desbordó en mí y entre lágrimas y gemidos de dicha recuperé también mi perdido lenguaje, y mi silenciosa exaltación despertó de nuevo por completo a la existencia.

Finalmente, miramos también a nuestro alrededor.

«¡Oh mis viejos árboles amigos!», exclamó Diotima como si no los hubiera visto desde hacía tiempo, y el recuerdo de los pasados días solitarios jugueteaba en tomo a sus alegrías como las sombras en torno a la nieve inmaculada cuando enrojece y brilla en el alegre crepúsculo.

«¡Ángel del cielo!», grité, «¿quién puede abarcarte?, ¿quién puede decir que te ha comprendido por entero?».

«¿Te asombras», me respondió, «de que te quiera tanto? ¡Querido! ¡Humilde orgulloso! ¿Acaso soy una de esas que no pueden creer en ti? ¿No te he sondeado? ¿No he reconocido el genio en medio de sus nubes? Da igual que te ocultes y no te veas a ti mismo; yo haré que surja tu ser más profundo, yo…

»Pero ya está aquí, ya se ha levantado, como un astro; ha desgarrado su envoltura y surge como una primavera; ha brotado como una fuente cristalina de la gruta oscura; éste ya no es Hiperión el tenebroso, ya no existe su salvaje tristeza…, ¡oh soberano mío!».

Todo aquello era para mí como un sueño. ¿Podía creer en aquel milagro del amor? ¿Podía? La alegría me hubiera matado.

«¡Oh divina!», exclamé, «¿me estás hablando a mí?, ¿puedes renunciar así a ti misma, tú, toda plenitud, y encontrar alegría en mí? Oh, ahora veo, ahora sé lo que con frecuencia he intuido, que el hombre es una envoltura en la que a menudo se encierra un dios; una copa en la que el cielo vierte su néctar para dar de beber lo mejor a sus hijos…».

«¡Sí, sí!», me respondió con una entusiasta sonrisa, «tu tocayo, el espléndido Hiperión del cielo, está en ti».

«Déjame», repliqué, «déjame ser tuyo, déjame olvidarme de mí, deja que toda vida y todo espíritu en mí vuelen sólo hacia ti; ¡sólo hacia ti, en una grandiosa contemplación sin fin! ¡Oh Diotima!, así me mantenía también antes ante la vaga imagen divina que mi amor se inventaba, ante el ídolo de mis sueños solitarios; yo lo alimentaba fielmente, le daba vida con mi propia vida, lo refrescaba y lo calentaba con las esperanzas de mi corazón, pero nada me daba que no le hubiera dado yo, y cuando estaba en la pobreza me dejaba pobre. ¡En cambio ahora…! Ahora te tengo en mis brazos y siento la respiración de tu pecho y siento tus ojos en mis ojos, la belleza del presente inunda mis sentidos y yo la conservo, poseo así el esplendor y ya no vacilo… ¡Sí! ¡Realmente no soy el que antes fui, Diotima! Me he convertido en igual a ti y lo divino juega ahora con lo divino como los niños juegan entre sí…».

«Pero tienes que volvérteme un poco más tranquilo», dijo.

«¡Sí, también tienes razón, mi amor!», repliqué alegremente; «si no, no se me aparecerán las Gracias; si no, no seré capaz de ver, en el amor de la belleza, sus más leves y dulces movimientos. Oh, sí, quiero aprender a no pasar por alto nada de lo que hay en ti. ¡Dame sólo tiempo suficiente!».

«¡Adulador!», contestó. «Por hoy hemos llegado al final, ¡querido adulador! Las doradas nubes del crepúsculo me lo están advirtiendo. ¡Oh, no te entristezcas! ¡Conserva en ti y en mí la alegría pura! ¡Déjala resonar en ti hasta mañana y que el pesar no la mate…! Las flores del corazón requieren tiernos cuidados. Sus raíces están en todas partes, pero sólo se desarrollan en un ambiente cálido. ¡Adiós, Hiperión!».

Y se apartó de mí. Todo mi ser se inflamó en mí cuando vi que iba a desaparecer en su radiante belleza.

«¡Oh tú…!», exclamé precipitándome tras ella, y derramé mi alma sobre su mano en infinitos besos.

«¡Dios mío!», dijo ella, «¿qué sucederá en el futuro?».

Estas palabras me afectaron. «¡Perdona, mi cielo!», dije; «me voy. ¡Buenas noches, Diotima! ¡Piensa todavía un poco en mí!».

«Lo haré», replicó; «¡buenas noches!».

Y ahora ni una palabra más, Belarmino. Sería demasiado para mi resignado corazón. Me siento trastornado. Pero voy a salir, voy a tumbarme entre las plantas y los árboles y voy a rogar que la naturaleza me dé esa misma calma.

HIPERIÓN A BELARMINO

A partir de entonces, nuestras dos almas vivieron una unión cada vez más libre y hermosa, y todo en nosotros y en torno nuestro se conjugaba en una paz de oro. Parecía como si el viejo mundo hubiera muerto y empezara con nosotros uno nuevo, tan sutil, tan fuerte, tan amoroso, tan ligero se había vuelto todo, y nosotros, y con

nosotros todos los seres, volábamos, espiritualmente unidos, como un coro de mil tonalidades inseparables, a través del Éter infinito.

Nuestras conversaciones transcurrían como una corriente de aguas azules en la que brillan aquí y allá las arenas doradas, y nuestra calma era como la calma de las cimas, de esas alturas espléndidamente solitarias, muy por encima del espacio de las tormentas, donde sólo el aire divino murmura todavía en la frente del audaz viajero.

Y luego la maravillosa, la santa tristeza, cuando sonaba la hora de la separación en medio de nuestro arrobamiento, y yo exclamaba: «¡Ahora volvemos a ser mortales, Diotima!», y ella me decía: «¡La muerte es apariencia, es como esos colores que centellean en nuestros ojos cuando hemos mirado mucho tiempo al sol!».

¡Ah, y los deliciosos juegos del amor! Las palabras acariciadoras, las solicitudes, las susceptibilidades, el rigor y la indulgencia…

¡Y la clarividencia con que nos mirábamos el uno al otro, y la fe infinita con que nos magnificábamos mutuamente!

¡Sí!, el hombre, cuando ama, es un sol que todo lo ve y todo lo transfigura; cuando no ama, es una morada sombría en la que se consume un humeante candil.

Debería callarme, debería olvidar y callar.

Pero esa llama me atrae con su encanto hasta que me precipito en ella y perezco como los insectos.

De pronto, en medio de estos dichosos y generosos intercambios, sentí que Diotima se iba quedando cada vez más y más silenciosa.

Pregunté e imploré, pero esto sólo pareció alejarla más; finalmente me suplicó que no le hiciera más preguntas, que me fuera, y si volvía que le hablara de otra cosa. Esto me sumergió a mí también en un doloroso silencio, en el que no sabía encontrarme a mí mismo.

Era como si un repentino e incomprensible destino hubiera condenado a muerte a nuestro amor, y toda vida desapareció de mí y de todas las cosas.

Aunque me avergoncé de este pensamiento; sabía con certeza que no era el azar lo que imperaba en el corazón de Diotima. Pero ella permaneció ajena a mí, y mi alma, inconsolable, insaciable, quería un amor siempre presente, manifiesto; los tesoros ocultos eran para mí tesoros perdidos. La felicidad me había hecho desconocer la esperanza; entonces era todavía como esos niños impacientes que lloran porque quieren la manzana del árbol, como si no existiera de verdad hasta que la tocan sus labios. No tenía un momento de tranquilidad, volvía a suplicar con vehemencia y con humildad, con ternura y con ira; el amor me armaba con su elocuencia todopoderosa y discreta, y entonces…, entonces, ¡oh Diotima!, entonces lo obtuve, obtuve aquella maravillosa confesión, y la tengo y la conservaré hasta que la ola del amor me conduzca, junto con todo lo que hay en mí, a la antigua patria, al seno de la naturaleza.

¡La inocente!, todavía no conocía la poderosa plenitud de su corazón y tiernamente sorprendida por la riqueza que encontraba en él, lo enterró en la

profundidad de su pecho. Y cuando admitió con santa simplicidad, cuando reconoció entre lágrimas que amaba demasiado y que se había despedido de todo lo que habitualmente acunaba en su corazón, ¡oh cómo exclamó!: «¡Me he vuelto infiel a mayo, y al verano y al otoño, y no me fijo si es de día o de noche, como antes; ya no pertenezco al cielo ni a la tierra, pertenezco sólo a uno solo; pero la floración de mayo, la llama del verano y la madurez del otoño, la claridad del día y la gravedad de la noche, y el cielo y la tierra están reunidos para mí en ese solo! Tal es mi amor…», y entonces, cuando me miró con el corazón entusiasmado, cuando, con una sagrada y audaz alegría, me tomó en sus hermosos brazos y me besó en la frente y en la boca, ¡ah!, cuando su divina cabeza, muerta de placer, cayó sobre mi cuello desnudo y sus dulces labios tranquilizaron mi agitado pecho y su amado aliento me llegó hasta el alma… ¡oh Belarmino!, entonces me abandonaron los sentidos y el espíritu huyó de mí.

Pero ya veo, sí, ya veo cómo tiene que terminar esto. El timón ha caído a las olas y el barco, como un niño cogido por los pies, será estrellado contra las rocas.

HIPERIÓN A BELARMINO

Hay horas grandes en la vida. Levantamos los ojos hacia ellas como hacia las colosales figuras del futuro y de la antigüedad, entablamos con ellas una espléndida lucha y, si sobrevivimos, se convierten en hermanas nuestras y ya no nos abandonan.

Un día estábamos sentados juntos en lo alto del monte, sobre una piedra de la antigua capital de esta isla, y hablábamos de cómo había encontrado allí su fin Demóstenes, cómo aquel león se había alzado allí mismo hasta la libertad escapando con una sagrada y voluntaria muerte de las cadenas y los puñales macedonios. «Aquel espíritu admirable se fue del mundo bromeando», dijo uno de nosotros; «¿Por qué no?», dije; «ya no tenía nada que buscar aquí; Atenas se había convertido en la ramera de Alejandro y el mundo era como un ciervo acosado hasta la muerte por el montero mayor».

«¡Oh Atenas!», exclamó Diotima; «¡qué tristeza me ha invadido a veces cuando miraba hacia ella y se elevaba hasta mí en el azul del amanecer el fantasma del Olimpión!».

«¿A qué distancia está de aquí?», pregunté.

«A un día de viaje, más o menos», contestó Diotima.

«¡A un día de viaje» exclamé, «y todavía no he estado allí! Tenemos que ir juntos cuanto antes».

«¡De acuerdo!», respondió Diotima; «mañana tendremos el mar en calma y todo está ahora todavía en su verdor y madurez.

»Son precisos el sol eterno y la vida de la tierra inmortal para realizar tal peregrinaje».

«¡Entonces, mañana!», dije, y nuestros amigos asintieron.

Zarpamos de la rada temprano, con el canto del gallo. En la fresca claridad resplandecíamos nosotros y el mundo. En nuestros corazones había una juventud dorada y tranquila. La vida en nosotros era como la vida de una isla recién nacida en el océano, en la cual comienza su primera primavera.

Ya hacía tiempo que mi alma había alcanzado un mayor equilibrio bajo el influjo de Diotima; aquel día la sentí triplemente pura, y mis fuerzas dispersas y destruidas se habían concentrado en un solo justo medio.

Hablábamos unos con otros de la excelencia del antiguo pueblo ateniense, de dónde provenía, en qué consistía.

Alguien dijo: «fue debido al clima»; otro: «al arte y la filosofía»; un tercero: «a la religión y a sus formas estatales».

«El arte y la religión atenienses, y su filosofía y sus formas estatales» dije yo «fueron flores y frutos del árbol, no suelo y raíces. Tomáis los efectos por la causa.

»Y a quien me diga que fue el clima el que dio forma a todo aquello, que piense que también nosotros vivimos en ese mismo clima.

»El pueblo de los atenienses creció desde cualquier punto de vista más libre de toda influencia violenta que ningún otro pueblo de la tierra. Ningún conquistador lo debilitó, ninguna victoria lo embriagó, ninguna religión extranjera lo trastornó, ninguna sabiduría presurosa lo hizo madurar en una cosecha a destiempo. Abandonada a sí misma, como el diamante cuando nace, es su infancia. No se sabe casi nada de ellos hasta los tiempos de Pisístrato y de Hiparco. Tomaron poca parte en la guerra de Troya, que, como un invernadero, templó y exaltó demasiado pronto a la mayor parte de los pueblos griegos… De un destino extraordinario no nacen hombres. Los hijos de tal padre son grandes, colosales, pero seres hermosos o, lo que es lo mismo, hombres, no lo son nunca, o sólo tardíamente, cuando los contrastes luchan entre sí con demasiada fuerza como para no acabar por hacer las paces.

»Lacedemonia excede a los atenienses en su abundante fuerza, y por ello precisamente se habría destruido y desaparecido también antes si no hubiera llegado Licurgo y sujetado a la fogosa naturaleza con su disciplina. A partir de entonces, en el espartano todo se obtiene gracias a la educación, toda perfección es alcanzada y adquirida al precio de un esfuerzo autoconsciente, y, si en cierto sentido puede hablarse de la sencillez de los espartanos, no la había, en absoluto, entre ellos, en su aspecto de sencillez ingenua, natural, auténtica. Los lacedemonios rompieron demasiado pronto el orden del instinto, degeneraron demasiado pronto, y por eso tuvo que empezar con ellos también demasiado pronto la disciplina; pues cualquier disciplina y cualquier arte empieza demasiado pronto cuando la naturaleza del hombre no ha madurado bastante. En el niño debe vivir una naturaleza completa antes de que vaya a la escuela, para que la imagen de la niñez le muestre el camino de vuelta desde la escuela a la naturaleza total.

»Los espartanos quedaron para siempre como un fragmento; pues el que no fue

nunca totalmente un niño, difícil será que se convierta totalmente en un hombre.

»Sin duda, cielo y tierra hicieron lo suyo por los atenienses, como por todos los griegos: no les dieron ni excesiva pobreza ni tampoco abundancia. Los rayos del cielo no cayeron sobre ellos como una lluvia de fuego. La tierra no los mimó, no los emborrachó con caricias y dones excesivos, como a menudo hizo en otras partes esa madre imprudente.

»A ello se añadió la inmensa hazaña de Teseo, la restricción voluntaria de su poder real.

»¡Oh!, tal semilla, sembrada en los corazones del pueblo, tiene que producir un océano de espigas doradas, y durante mucho tiempo se puede apreciar aún su acción y su fecundidad en los atenienses.

»Lo diré otra vez: el que los atenienses crecieran tan libres de influjos autoritarios de toda clase, con un régimen tan moderado, es lo que los hizo tan excelentes, ¡y sólo esto podía hacerlo!

»¡No molestéis al hombre ya desde la cuna! ¡No lo saquéis del cerrado capullo de su ser, de la cabaña de su infancia! No hagáis demasiado poco por él, de forma que no se halle privado de vosotros y así os diferencie de él, ni hagáis demasiado, de forma que no sienta vuestro poder o el suyo, y así os diferencie de él; en pocas palabras, dejad que el hombre tarde bastante en saber que hay hombres, que hay algo más fuera de él, pues sólo así se convierte en hombre. Y el hombre es un dios en cuanto es hombre. Y cuando es un dios, es hermoso».

«¡Qué extraño!», exclamó uno de los amigos.

«Nunca hasta ahora habías hablado tan profundamente a mi alma», dijo Diotima.

«A ti te lo debo», respondí.

«Así era un hombre el ateniense», continué, «así tiene que volver a ser. Salió hermoso de las manos de la naturaleza, hermoso en cuerpo y alma, como se suele decir.

»El primer hijo de la belleza humana, de la belleza divina, es el arte. En él se rejuvenece y se perpetúa a sí mismo el hombre divino. Quiere sentirse a sí mismo, por eso coloca su belleza frente a sí. Así se dio el hombre a sí mismo sus dioses. Pues al principio el hombre y sus dioses eran una sola cosa, y en ella, desconocida de sí misma, estaba la belleza eterna… Hablo de un misterio, pero existen…

»El primer hijo de la belleza divina es el arte. Así ocurrió entre los atenienses.

»La segunda hija de la belleza es la religión. Religión es amor de la belleza. El sabio la ama por sí misma, infinita, omnicomprensiva; el pueblo ama a sus hijos, los dioses, que le aparecen con numerosos rostros. También fue así en Atenas. Y sin tal amor a la belleza, sin tal religión, todo Estado es un flaco esqueleto sin vida ni espíritu, y todo pensamiento y toda acción un árbol sin copa, una columna tronchada.

»Que realmente éste fue el caso entre los griegos, y especialmente entre los atenienses, que su arte y su religión son los auténticos hijos de la belleza eterna —de la naturaleza humana realizada— y sólo podían proceder de la naturaleza humana

realizada, se muestra claramente sólo con querer ver con mirada imparcial los objetos de su arte sagrado y la religión con la que amaban y honraban aquellos objetos.

»Lagunas y errores hay en todas partes, y por eso también los hubo allí. Pero una cosa es segura: que, no obstante, en los objetos de su arte se encuentra casi siempre al hombre maduro. No existe la mezquindad ni la monstruosidad de los egipcios y los godos, sino la naturaleza y la forma del hombre. Se desvían menos que otros hacia los extremos de lo sobrenatural y de lo natural. Sus dioses están más que otros en el hermoso punto medio de la humanidad.

»E igual que sus objetos, era también su amor. ¡No excesivamente servil, pero tampoco íntimo en exceso!

»De la belleza espiritual de los atenienses se derivaba también su necesario sentido de la libertad.

»El egipcio soporta sin dolor el despotismo de lo arbitrario; el hijo del norte soporta sin oposición el despotismo de la ley, la injusticia con forma legal; pues el egipcio tiene, desde que está en el vientre de su madre, un impulso hacia la veneración y la idolatría; en el norte se cree demasiado poco en la pura y libre vida de la naturaleza como para no depender supersticiosamente de lo legal.

»El ateniense no puede soportar lo arbitrario porque su naturaleza divina no admite ser importunada; no puede soportar la legalidad en todo porque tampoco siente que sea necesaria en todo. Dracón no es lo más apropiado para él. Quiere ser tratado con dulzura, y hace muy bien».

«¡Bueno!», me interrumpió alguien, «eso lo entiendo, pero cómo ese pueblo poético y religioso pudo ser a la vez también un pueblo filosófico, eso es lo que no veo».

«¡Pues sin poesía no hubiera sido nunca un pueblo filosófico!», dije.

«¿Qué tiene que ver la filosofía», me respondió, «qué tiene que ver la fría excelsitud de esa ciencia, con la poesía?».

«La poesía», dije seguro de lo que decía, «es el principio y el fin de esa ciencia. Como Minerva de la cabeza de Júpiter, mana esa ciencia de la poesía de un ser infinitamente divino. Y así confluye al fin también en ello lo que hay de incompatible en la misteriosa fuente de la poesía».

«¡Qué hombre más paradójico!», exclamó Diotima, «y, sin embargo, creo que le sigo. De todas formas, os habéis apartado del tema. Estábamos hablando de Atenas.

»El hombre que no haya sentido en sí al menos una vez en su vida la belleza en toda su plenitud», continué, «con las fuerzas de su ser jugueteando entre sí como los colores en el arco iris, el que nunca ha experimentado cómo sólo en horas de entusiasmo concuerda todo interiormente, tal hombre no llegará nunca a ser ni un filósofo escéptico; su espíritu no está hecho ni siquiera para la destrucción, así que menos aún para construir. Porque, créeme, el escéptico, por serlo, encuentra en todo lo que se piensa contradicción y carencia sólo porque conoce la armonía de la belleza sin tachas, que nunca podrá ser pensada. Si desdeña el seco pan que la razón humana

le ofrece con buena intención, es sólo porque en secreto se regala en la mesa de los dioses».

«¡Exaltado!», exclamó Diotima, «por eso tú también eras un escéptico. Pero ¡volvamos a los atenienses!».

«Ya voy llegando a ellos», dije. «Sólo un griego podía encontrar la gran frase de Heráclito, que ἕν διαφέρον ἑαντῷ (lo uno diferente en sí mismo), pues es la esencia de la belleza y antes de que se descubriera eso no había filosofía alguna.

»A partir de entonces podía definirse; todo estaba allí. La flor se había abierto; ya se podía analizar.

»La época de la belleza había sonado entre los hombres, estaba allí en cuerpo y alma, existía lo infinitamente acorde.

»Se lo podía descomponer, dividirlo con el pensamiento, se podía pensar de nuevo como junto lo dividido, se podía reconocer así cada vez mejor la esencia de lo más elevado y mejor, y lo así reconocido darlo como ley en los múltiples dominios del espíritu.

»¿Veis ahora por qué los atenienses tenían que ser también un pueblo filosófico?

»El egipcio, en cambio, no. Quien no vive en un mismo amor y contraamor con el cielo y la tierra, quien no vive unido en este sentido con los elementos en los que se mueve, tampoco está naturalmente tan unido consigo mismo, y la experiencia de la belleza eterna le es al menos más difícil que a un griego.

»Como un soberbio déspota, la zona oriental del cielo obliga a sus habitantes, con su poder y su esplendor, a agacharse hasta tocar el suelo, y, aun antes de que el hombre haya aprendido a andar, tiene que arrodillarse; antes de haber aprendido a hablar, tiene que rezar; antes de que su corazón alcance un equilibrio, tiene que inclinarse; y antes de que su espíritu sea lo bastante fuerte para dar flores y frutos, el destino y la naturaleza, con su ardiente calor, eliminan de él toda fuerza. El egipcio está sometido antes de ser un todo, y por eso no sabe nada del todo, nada de la belleza, y lo más elevado a lo que da nombre es una potencia velada, un enigma terrible; la muda y sombría Isis es para él lo primero y lo último, un vacío infinito del que no ha salido nunca nada razonable. De la nada, por sublimé que sea, nunca ha nacido nada.

»El norte, en cambio, empuja a sus hijos demasiado pronto hacia el interior de sí mismos, y si el espíritu del fogoso egipcio se apresura a correr hacia el mundo con un exceso de alegría por el viaje, en el norte el espíritu se decide por el regreso a sí mismo incluso antes de estar dispuesto para partir.

»En el norte hay que estar en posesión de la razón aun antes de que haya en uno un sentimiento maduro; se siente uno responsable de todo aun antes de que la inocencia haya llegado a su hermoso final; hay que ser razonable; hay que convertirse en un espíritu autoconsciente antes de ser hombre, en una persona inteligente antes de ser niño; no llega a florecer y madurar la unidad del hombre total, la belleza, antes de que él se forme y desarrolle. La pura inteligencia, la razón pura, son siempre las

reinas del norte.

»Pero de la pura inteligencia no brotó nunca nada inteligible, ni nada razonable de la razón pura.

»Sin belleza de espíritu, la inteligencia es como un siervo artesano que desbasta una valla de madera tosca de acuerdo con lo que se le ha indicado, y clava uno tras otro los postes para el jardín que su dueño quiere construir. El asunto todo de la inteligencia es cuestión de necesidad. Nos protege del sinsentido y de la injusticia asegurando el orden; pero estar seguro frente al sinsentido y frente a la injusticia no es el grado más alto de la perfección humana.

»Sin belleza del espíritu y del corazón, la razón es como un capataz que el amo de la casa ha enviado para vigilar a los criados; él sabe tan poco como los criados en qué acabará aquel trabajo inacabable, y sólo grita: "¡Eh, vosotros, a trabajar!", pero casi ve con fastidio que el trabajo avance, pues cuando acabe ya no tendrá que dar más órdenes y su papel se habrá acabado.

»De la pura inteligencia no ha surgido ninguna filosofía, pues filosofía es más que sólo el limitado conocimiento de lo existente.

»De la pura razón no ha surgido ninguna filosofía, pues filosofía es más que ciega exigencia de un progreso nunca demasiado resolutivo en el arte de unir y de diferenciar una determinada sustancia.

»Pero, en cambio, si la razón que aspira a elevarse es iluminada por el divino ἕν διαφέρον ἑαντῷ, ya no exige ciegamente y sabe por qué y para qué exige.

»El sol de la belleza ilumina a la inteligencia en lo que le es propio, como el día de mayo el taller del artista, e igual que éste, no corre afuera y abandona su trabajo urgente, sino que piensa con gusto en el día de la fiesta en que irá a pasear a la rejuvenecedora luz de la primavera».

Tal era mi estado de ánimo cuando tomamos tierra en la costa de Ática.

Teníamos el espíritu todavía demasiado lleno de la antigua Atenas para poder hablar mucho de una manera ordenada, y yo mismo me admiraba de la naturaleza de mis expresiones. «¿Cómo he podido perderme en las áridas cimas en que me visteis?», exclamé.

«Siempre sucede así», contestó Diotima, «cuando uno se siente muy bien. La fuerza rebosante busca un empleo. Los corderillos se embisten a cabezazos cuando se han hartado de la leche de su madre».

Al subir las pendientes del Licabetes, a pesar de la prisa por llegar, nos parábamos a veces, absortos en pensamientos y maravillosas esperanzas.

Es hermoso que le sea al hombre tan difícil convencerse de la muerte de lo que ama, y sin duda nadie ha ido a la tumba de su amigo sin la débil esperanza de encontrarse allí con el amigo vivo. A mí me impresionó el hermoso fantasma de la antigua Atenas como el rostro de una madre que regresara del mundo de los muertos.

«¡Oh Partenón», exclamé, «orgullo del mundo! A tus pies yace el reino de Neptuno como un león domado, y son como niños los otros templos agrupados a tu

alrededor, el ágora elocuente y el bosque de Academo…».

«¿Es posible que consigas trasladarte de tal forma a las épocas antiguas?», me dijo Diotima.

«No me recuerdes aquellas épocas», respondí; «había una vida divina y el hombre era entonces el centro de la naturaleza. La primavera, cuando florecía en tomo a Atenas, era como una flor modesta en el seno de una doncella; el sol se levantaba rojo de pudor sobre los esplendores de la tierra.

»Las rocas de mármol del Himeto y del Pentélico surgían de la cuna en que dormían como niños en el regazo de la madre, y cobraban forma y vida en las cariñosas manos de los atenienses.

»La naturaleza ofrecía miel y las más bellas violetas, y mirtos y olivos.

»La naturaleza era sacerdotisa, y el hombre su dios, y en ella toda vida, y cada forma y cada tono de ella, eran sólo un eco ferviente de su señor, a quien ella pertenecía.

»Sólo a él festejaba, sólo a él sacrificaba.

»Y él se lo merecía, ya le retuviera el amor en el taller sagrado donde abrazaba las rodillas de la imagen divina que él mismo había creado, o, instalado en las laderas de la verde cumbre del Sunio, en medio de los discípulos atentos, dejara huir el tiempo entre altos pensamientos, ya corriera en el estadio, o, desde el sillón del orador, como el dios de las tormentas, lanzara lluvia y luz solar y rayos y nubes de oro…».

«¡Oh, mira!», me dijo de pronto Diotima.

Miré, y hubiera querido desaparecer ante aquella grandiosa visión.

Como un inmenso naufragio cuando los huracanes ya han callado y huido los marinos, y el cadáver de la flota destrozada yace irreconocible en el banco de arena, así yacía Atenas a nuestros pies, y las columnas huérfanas se elevaban ante nosotros como los troncos desnudos de un bosque que por la tarde aún verdeaba pero que por la noche ardió por completo.

«Aquí», dijo Diotima, «aprende uno a callarse acerca de su propio destino, sea bueno o malo».

«Aquí aprende uno a callar acerca de todo», continué yo. «Si al menos los segadores que cosecharon estas mieses hubieran enriquecido sus graneros con tales espigas, nada se habría perdido, y yo me contentaría con estar aquí de espigador; pero ¿quién se aprovechó de ellas?».

«Toda Europa», contestó uno de los amigos.

«¡Oh, sí!», exclamé, «se llevaron las columnas y las estatuas y se las han vendido unos a otros y no han tenido en menos aprecio a estas nobles formas, a causa de su rareza, que a los papagayos y a los monos».

«¡No digas eso!», replicó el mismo, «y si realmente les falta también el espíritu de todo lo bello, será porque no se puede ni exportar ni comprar».

«¡Así es!», exclamé. «Y además, aquel espíritu ya había desaparecido antes de que llegaran al Ática los destructores. Sólo cuando las casas y los templos han

muerto, se atreven las bestias salvajes a penetrar por puertas y callejas».

«Para el que tiene aquel espíritu», dijo Diotima para consolarme, «Atenas se yergue todavía como un frutal en flor. Al artista no le resulta difícil completar un torso».

Al día siguiente salimos muy temprano, vimos las ruinas del Partenón, el emplazamiento del antiguo teatro de Baco, el templo de Teseo, las dieciséis columnas que todavía siguen en pie del divino Olimpión; pero lo que más me impresionó fue la vieja puerta por la que se pasaba antiguamente de la ciudad vieja a la nueva, donde seguramente en aquella época se saludaban en un solo día mil hermosos seres humanos. Ahora no se llega ni a la ciudad vieja ni a la nueva por esa puerta, y allí está, muda y desolada, como una fuente seca de cuyos caños brotaba antes con amistoso murmullo el agua clara y fresca.

«¡Ay!», dije mientras vagábamos de acá para allá, «resulta un soberbio juego del destino que derrumbe aquí los templos y dé sus piedras destrozadas para que sirvan a los niños de proyectiles, que haga de los dioses mutilados bancos ante las cabañas de los campesinos, y de las tumbas lugares de reposo para el toro que pace, y tal prodigalidad es más regia que el capricho de Cleopatra cuando bebió las perlas disueltas; sin embargo, ¡qué lástima de tanta grandeza y hermosura!».

«¡Buen Hiperión!», dijo Diotima, «es hora de que partas de aquí; estás pálido y tus ojos están cansados, e intentas en vano aliviarte con ocurrencias. ¡Ven, salgamos!, ¡al verde!, ¡entre los colores de la vida!, eso te hará bien».

Salimos a los jardines vecinos.

Los otros, por el camino, entraron en conversación con dos sabios ingleses que recogían su cosecha entre las antigüedades de Atenas, y no querían irse de aquel lugar. Con gusto los dejé allí.

Todo mi ser se reanimó cuando me volví a ver otra vez solo con Diotima; ella había sostenido una lucha épica con el sagrado caos de Atenas. Los silenciosos pensamientos de Diotima reinaban sobre los escombros como las templadas cuerdas de la musa celeste sobre los elementos discordantes. Como la luna que surge de las tiernas nubes, se elevaba su espíritu de aquel hermoso sufrimiento; aquella divina criatura, en su melancolía, era como la flor cuyo perfume se aviva con la noche.

Nos alejamos más y más, y al fin nuestro paseo no fue en vano.

¡Oh bosques de Angele, donde el olivo y el ciprés, entremezclando sus murmullos, se refrescan con amistosas sombras, donde el dorado fruto del limonero brilla entre el oscuro follaje, donde la parra llameante crece caprichosa sobre la cerca y la toronja madura yace en el camino sonriente como el niño perdido al que se encuentra!, ¡oh senderos perfumados y secretos!, ¡oh parajes apacibles donde la imagen del mirto sonríe desde la fuente! Nunca os olvidaré.

Diotima y yo anduvimos un rato de un lado a otro bajo los magníficos árboles, hasta que se nos ofreció un lugar espacioso y alegre.

Allí nos sentamos. Había entre los dos una calma maravillosa. Mi espíritu

revoloteaba en torno al divino rostro de la muchacha como la mariposa en torno de una flor, y todo mi ser se aligeraba, se concentraba en la alegría de la contemplación embriagadora.

«¿Qué, ya te has consolado, cabeza loca?», dijo Diotima.

«¡Sí, sí!, ya lo estoy», respondí. «Lo que daba por perdido lo tengo; aquello por lo que suspiraba como si hubiera desaparecido del mundo, está ante mí. ¡No, Diotima! Aún no se ha secado la fuente de la eterna belleza.

»Ya te lo he dicho una vez: ya no necesito ni a los dioses ni a los hombres. Sé que el cielo está muerto, despoblado, y la tierra, que antes desbordaba de hermosa vida humana, se ha vuelto casi como un hormiguero. Pero aún hay un lugar donde el antiguo cielo y la tierra antigua me sonríen. En ti olvido a todos los dioses del cielo y a todos los hombres divinos de la tierra.

»¡Qué me importa el naufragio del mundo; de lo único que sé es de mi isla bienaventurada!».

«Hay un tiempo para el amor», dijo Diotima con amistosa seriedad, «como hay un tiempo para vivir en la cuna feliz. Pero la vida misma nos arranca de allí.

»¡Hiperión!», y entonces me cogió fogosamente de la mano y su voz se elevó con solemnidad, «¡Hiperión!, creo que has nacido para grandes cosas. ¡No te desconozcas! La falta de ocasión es lo que te ha retenido. Nada iba lo bastante deprisa para ti, eso te abatió. Como los esgrimidores jóvenes, te tiraste a fondo demasiado pronto, aun antes de estar seguro de tu meta y antes de que tu puño estuviera adiestrado, y como, naturalmente, fuiste tocado más veces de las que tú tocaste, te entró miedo y dudaste de ti y de todo, pues eres tan sensible como violento. Pero nada se ha perdido por eso. Si tu carácter y tu actividad no hubieran madurado tan pronto, no sería tu espíritu lo que es; no serías el hombre pensante, el hombre que sufre, el hombre agitado que eres. Créeme, no habrías reconocido nunca de una forma tan pura el equilibrio de la hermosa humanidad si tú mismo no lo hubieras perdido de tal forma. Tu corazón ha encontrado por fin la paz. Así quiero creerlo. Y lo comprendo. Pero ¿piensas realmente que has llegado a la meta? ¿Quieres encerrarte en el cielo de tu amor y dejar secarse y enfriarse a tus pies al mundo, que te necesita? ¡Tienes que descender como el rayo de luz, como la lluvia refrescante, tienes que bajar a la tierra mortal, tienes que iluminar como Apolo, sacudir y vivificar como Júpiter; si no, no eres digno de tu cielo! Te lo ruego, vuelve otra vez a Atenas y fíjate también en los hombres que caminan entre sus ruinas: en los rudos albaneses y en los otros griegos, buenos e infantiles, que con una danza alegre y un cuento sagrado se consuelan de la ultrajante tiranía que pesa sobre ellos… ¿Puedes decir que te avergüenzas de ese tema? Yo opino, sin embargo, que sería formativo. ¿Puedes apartar tu corazón de los necesitados? ¡No son malos, no te han hecho ningún mal!».

«¿Qué puedo hacer por ellos?», pregunté.

«Dales lo que tienes en ti», respondió Diotima, «da»…

«¡Ni una palabra, ni una palabra más, alma grande!», exclamé, «si no, me subyugarás, si no, será como si me hubieras empujado a ello a la fuerza…

»No serán más felices, pero serán más nobles. ¡No!, también serán más felices. Es preciso que surjan, que se eleven, Cómo las montañas nuevas entre las olas del mar cuando las empuja su fuego subterráneo.

»Sin embargo, estoy solo y avanzo entre ellos sin gloria. Pero cuando alguien es un hombre, ¿no es más poderoso que centenares que son sólo fragmentos de hombres?

»¡Santa naturaleza!, eres la misma en mí y fuera de mí. No tiene que ser tan difícil unir lo que está fuera de mí con lo divino que hay en mí. ¿No le basta a la abeja con su pequeño reino? Pues ¿por qué no podría yo plantar y cultivar lo que es necesario?

»Pues ¿qué?, el mercader árabe sembró su *Corán* y le creció un pueblo de discípulos como un bosque infinito, ¿y no tendría que ser fértil también el campo a donde la vieja verdad vuelve con una nueva y viva juventud?

»¡Que cambie todo a fondo! ¡Que de las raíces de la humanidad surja el nuevo mundo! ¡Que una nueva deidad reine sobre los hombres, que un nuevo futuro se abra ante ellos!

»En el taller, en las casas, en las asambleas, en los templos, ¡que cambie todo en todas partes!

»Pero todavía tengo que viajar para aprender. Soy un artista, pero no estoy adiestrado. Formo mi espíritu, pero aún no sé conducir mi mano…».

»Irás a Italia —dijo Diotima—, a Alemania, a Francia… ¿Cuántos años necesitas?, ¿tres, cuatro? Pienso que tres son bastantes; no eres de los tardos y sólo buscas lo más grande y bello…».

«¿Y luego?».

«Serás educador de nuestro pueblo, serás un gran hombre, espero. Y entonces, cuando te abrace como ahora, soñaré que soy una parte del hombre admirable, me regocijaré como si me hubieras entregado la mitad de tu inmortalidad, como Pólux a Cástor. ¡Oh, voy a estar muy orgullosa, Hiperión!».

Yo callé un rato. Rebosaba de inexpresable alegría.

«¿Es posible, pues, la satisfacción entre la decisión y el acto?», acabé por decir, «¿hay un reposo antes de la victoria?».

«Hay el reposo del héroe», dijo Diotima, «hay decisiones que, como palabras divinas, son al mismo tiempo mandato y realización, y así es la tuya».

Cuando volvimos fue como tras nuestro primer abrazo. Todo se nos había vuelto extraño y nuevo.

Me encontraba entonces en medio de las ruinas de Atenas como el labrador en la sementera. «¡Descansa tranquilo», pensaba mientras volvíamos al barco, «descansa tranquilo, país dormido! Pronto verdeará en ti la vida joven y crecerá buscando las bendiciones del cielo. Pronto dejará para siempre de caer en vano la lluvia de las

nubes, pronto volverá el sol a encontrar a sus viejos discípulos.

»¿Preguntas por los hombres, naturalmente? ¿Te lamentas igual que la lira en la que sólo toca el hermano del azar, el viento, porque el artista que la tañía ha muerto? ¡Ya llegarán tus hombres, naturaleza! Un pueblo rejuvenecido te rejuvenecerá también a ti, y serás como su desposada, y el antiguo vínculo de los espíritus se renovará contigo.

»Sólo habrá una belleza; y humanidad y naturaleza se unirán en una única divinidad que lo abarcará todo».

VOLUMEN SEGUNDO

μη φυναι, τον απαντα νικᾳ λογον· το δ᾽επει φανη βηναι κειθεν, οθεν περ ηκει, πολυ δεύτερον ως ταχιστα·

Sófocles[*]

LIBRO PRIMERO

HIPERIÓN A BELARMINO

A nuestro regreso del Ática vivimos los últimos momentos hermosos del año.

El otoño fue para nosotros un hermano de la primavera, una época de fiesta para recordar las penas y pasadas alegrías del amor. Las hojas que se marchitaban tenían los colores del crepúsculo, sólo el pino y el laurel permanecían eternamente verdes. Se demoraban en los aires cálidos las aves migratorias, otras se dispersaban por viñas y huertos y cosechaban alegremente lo que los hombres habían desdeñado. Y la luz celeste corría más sonora desde el cielo abierto; a través de todas las ramas sonreía el sol sagrado, el buen sol, al que nunca nombro sin alegría y agradecimiento, el cual, a menudo, me ha curado con una mirada de mi honda pena y ha purificado mi alma del desaliento y de la preocupación.

Diotima y yo visitamos de nuevo todos nuestros senderos preferidos; en todas partes nos encontrábamos con horas felices desaparecidas.

Nos acordábamos del pasado mayo. Nunca habíamos visto la tierra tal como entonces, pensábamos; parecía que hubiese sido transformada: una nube plateada de retoños, una gozosa llama de vida, limpia de cualquier impureza.

«¡Ah, todo estaba tan lleno de placer y de esperanza», exclamó Diotima, «tan lleno de crecimiento inaudible y, al mismo tiempo, sin esfuerzo, con tanta paz del alma como un niño que juega consigo mismo y no piensa en nada más!».

«En eso», dije yo, «reconozco el alma de la naturaleza, en ese fuego tranquilo, en esa vacilación dentro de su potente prisa».

«Y esa vacilación es tan dulce para los felices», dijo Diotima, «¿sabes?, una vez estábamos por la noche juntos en el puente, tras una fuerte tormenta, y las aguas rojizas del torrente fluían bajo nosotros como una flecha, pero al lado verdeaba en calma el bosque y las claras hojas de las hayas apenas se movían. Entonces nos hizo mucho bien que el verde lleno de vida no huyera también de nosotros, como el arroyo, y la hermosa primavera nos mantuvo tan callados como un ave prisionera… que ahora, sin embargo, ha huido más allá de las montañas».

Reímos de estas palabras, a pesar de que estábamos más cerca de la tristeza.

Así debía escapar también nuestra propia felicidad, y lo sentíamos.

¡Oh, Belarmino!, ¿quién podrá decir que está seguro cuando incluso lo bello

madura tan en contra de su destino, cuando incluso lo divino tiene que humillarse y compartir la muerte necesaria con todo lo que es mortal?

HIPERIÓN A BELARMINO

Me quedé todavía un rato con la encantadora muchacha delante de su casa, hasta que la luz de la noche brilló en el tranquilo crepúsculo; luego volví a casa de Notara, pensativo, lleno de una desbordante vida heroica, como siempre que me alejaba de sus abrazos. Había llegado una carta de Alabanda.

«Todo se agita, Hiperión», me escribía; «Rusia ha declarado la guerra a la Sublime Puerta; una flota va camino del archipiélago[1]; los griegos pueden ser libres si se alzan también ellos y rechazan al sultán hasta el Éufrates. Los griegos harán lo que les corresponde, los griegos serán libres y yo me alegro cordialmente de que otra vez haya algo que hacer. Hasta que las cosas han llegado a este punto, apenas vivía.

»Si todavía eres el de antes, ¡ven! Me encontrarás en el pueblo anterior a Coron si vienes por el camino de Misistra. Vivo en la colina, en la granja blanca al lado del bosque.

»He roto con la gente que conociste en mi casa en Esmirna. Tenías razón, con tu fino olfato, que te hizo no entrar en el círculo.

»Ya estoy deseando volver a vernos a los dos en esa nueva vida. Hasta ahora el mundo era demasiado malo para ti como para darte a conocer a él. Como no querías realizar tareas serviles, no hacías nada, y el no hacer nada te ponía melancólico y soñador.

»No querías nadar en un pantano. ¡Ven ahora, ven, y vamos a bañamos en mar abierta!

»¡Eso nos hará bien, mi único amigo!».

Así me escribió. En el primer momento quedé impresionado. Me ardía el rostro de vergüenza, me hervía la sangre como una fuente de aguas termales, y no podía parar quieto en ningún sitio, de tanto como me dolía que Alabanda hubiera llegado más lejos que yo en su vuelo, sin superación posible. Pero a partir de aquel instante tomé también mucho más a pecho el trabajo futuro…

«Me he vuelto demasiado ocioso», me decía, «demasiado amante de la paz, demasiado etéreo, demasiado indolente… Alabanda mira al mundo como un noble piloto, Alabanda es activo y busca en la ola su presa; ¿y tus manos duermen en tus rodillas?, ¿y con palabras quisieras tener bastante?, ¿y con fórmulas mágicas quieres conjurar al mundo? Pero tus palabras son como copos de nieve, inútiles, y sólo enturbian el aire, y tus voces mágicas son para los creyentes, pero los incrédulos no te escuchan… ¡sí!, ¡ser manso a su debido tiempo es muy hermoso, pero ser manso a destiempo es feo, porque es cobarde!… ¡Oh, Harmodio, yo quiero ser como tu mirto, como tu mirto donde se escondía una espada! No quiero que mi ociosidad haya sido

en balde, y mi sueño ha de ser como aceite cuando se le acerca la llama. No quiero ser un espectador cuando haya que actuar, no quiero andar de aquí para allá preguntando por las novedades cuando Alabanda reciba sus laureles».

HIPERIÓN A BELARMINO

La palidez de Diotima, cuando leyó la carta de Alabanda, me llegó al alma. Con calma y seriedad, comenzó a disuadirme de que diera aquel paso, y hablamos mucho a su favor y en contra.

«¡Oh vosotros, los violentos», exclamó al fin, «que siempre estáis en los extremos, pensad en la Némesis!».

«A quien sufre con lo extremo», dije, «le conviene lo extremo».

«Aunque tengas razón», replicó, «tú no has nacido para ello».

«Eso es lo que parece», dije, «pero ya he esperado demasiado. ¡Oh!, quisiera llevar la carga de un Atlas para expiar las faltas de mi juventud. ¿Tengo una conciencia?, ¿hay en mí una constancia? ¡Oh, déjame, Diotima! Ahora, precisamente en esta empresa, tengo que conquistarlas».

«¡Eso es vana presunción!», exclamó Diotima, «el otro día eras más humilde, el otro día, cuándo dijiste que tenías que viajar para aprender».

«¡Querida sofista!», exclamé, «también entonces estábamos hablando de algo completamente distinto. Para conducir a mi pueblo al Olimpo de la divina belleza, donde manan de fuentes eternamente jóvenes lo verdadero y lo bueno, aún no estoy preparado. Pero a servirme de una espada sí he aprendido, y no necesito más por ahora. La nueva liga de los espíritus no puede vivir en el aire, la sagrada teocracia de lo hermoso tiene que morar en un Estado libre, éste precisa de un lugar en la tierra, y este lugar se lo conquistaremos nosotros».

«Conquistarás», replicó Diotima, «y olvidarás para qué has conquistado. Si todo va bien, conseguirás un Estado libre, y entonces te dirás: ¿para qué lo he construido? ¡Ay, toda esa hermosa vida que debería brotar en él, se consumirá, se destruirá en ti! ¡Lo salvaje de la lucha te destrozará, alma hermosa; envejecerás, espíritu feliz!, y cansado de la vida preguntarás al fin: ¿dónde estáis ahora, ideales de mi juventud?».

«Es cruel, Diotima», repliqué, «desgarrarme así el corazón, querer atarme de esa forma a mi propio miedo a la muerte, a mis extremas ansias de vida. ¡Pero no, no, no!, la esclavitud mata, pero la guerra justa vivifica todas las almas. ¡Si se echa el oro al fuego, se le da el color del sol! ¡Y lo que da al hombre su juventud total es romper los lazos! ¡Lo único que salvará a este siglo reptante, que envenena en germen toda naturaleza hermosa, será que se rebele y aplaste a la serpiente!… ¿Y envejeceré, Diotima, si libero a Grecia?, ¿envejecer, degenerar, convertirme en un hombre como los demás? ¡Oh!, entonces ¿estaba vacío y frío, y abandonado por los dioses el joven ateniense que, trayendo el mensaje de la victoria de Maratón, llegó a la cima del

Pentélico y vio a sus pies los valles del Ática?».

«¡Pero querido, querido», exclamó Diotima, «tranquilízate! No te diré ni una palabra más ¡Parte, debes partir, orgulloso! ¡Ay, cuando eres así no tengo ningún poder, ningún derecho sobre ti!».

Lloraba amargamente y yo me sentía ante ella como un criminal. «¡Perdóname, divina criatura!», grité arrodillado a sus pies, «¡oh, perdóname, porque es preciso! Yo no decido, no pienso. Hay una fuerza en mí y no sé si soy yo mismo quien me arrastra a dar este paso».

«Toda tu alma te lo ordena», respondió ella. «No obedecerla conduce a menudo a la ruina, pero obedecerla también. Lo mejor es que vayas, pues es lo más grande. Tú, actúa; yo lo soportaré».

HIPERIÓN A BELARMINO

A partir de aquel momento, Diotima cambió de manera asombrosa.

Yo había visto con alegría cómo, desde que existía nuestro amor, su vida, reservada, se había exteriorizado en miradas y tiernas palabras, y su calma genial se me había presentado a menudo con brillante fervor.

Pero ¡qué extraña se nos hace un alma noble cuando, tras el florecer primero, tras la mañana de su crecimiento, tiene que elevarse al apogeo del mediodía! Aquella radiante criatura era casi imposible de reconocer, ¡tan sublime y tan doliente se había vuelto!

¡Ah, cuántas veces me postré ante aquella afligida imagen divina y pensé que mi alma se disolvería en llanto por dolor de ella, y sin embargo, asombrosamente, me levantaba, e incluso con fuerzas todopoderosas! De su pecho oprimido había subido a sus ojos una llama. En su ser, demasiado angosto para tantos deseos y penas, los pensamientos se habían vuelto sublimes y audaces. Una nueva grandeza, un poder que dominaba todo cuanto podía sentir, reinaba en ella. Era un ser superior. Ya no pertenecía a la raza de los mortales.

¡Oh, Diotima mía, si hubiera podido imaginar entonces en qué acabaría todo aquello!

HIPERIÓN A BELARMINO

También el prudente Notara estaba encantado con mis nuevos proyectos; me prometió un fuerte contingente de partidarios; esperaba ocupar pronto el istmo de Corinto y, a partir de allí, tomar toda Grecia. Pero el destino quiso que sucediera de otra forma e inutilizó su trabajo antes de que alcanzara la meta.

Me aconsejó que no fuera a Tina, que bajara directamente al Peloponeso y

procurara pasar inadvertido. Opinaba que no debía escribir a mi padre hasta que estuviera de camino, pues al prudente anciano le sería más fácil perdonar un paso ya dado que autorizarlo antes de que hubiera sucedido. No era una forma de actuar que me gustara, pero cuando tenemos en perspectiva una gran meta sacrificamos con gusto los propios sentimientos.

«Dudo», continuó Notara, «que puedas contar con la ayuda de tu padre en este caso. Por eso te daré lo que aproximadamente te sea necesario para vivir y actuar en cualquier contingencia durante algún tiempo. Si alguna vez puedes, me lo devuelves; si no, lo mío habrá sido también tuyo. No te avergüences del dinero», añadió sonriente; «ni siquiera los corceles de Febo viven del aire, como nos cuentan los poetas».

HIPERIÓN A BELARMINO

Y llegó el día de la despedida.

Durante toda la mañana había estado yo arriba, en el jardín de Notara, al aire fresco del invierno, bajo los cipreses y cedros de perenne verdor. Estaba preparado. Las grandes energías de la juventud me mantenían erguido y el dolor que presentía me alzaba aún más alto, como una nube.

La madre de Diotima nos había pedido a Notara, a los demás amigos y a mí que pasáramos junto a ella nuestro último día. Aquellos buenos compañeros se habían alegrado por Diotima y por mí y no habían dejado de apreciar lo que de divino había en nuestro amor. Ahora debían bendecir también mi separación.

Bajé y encontré a mi fiel amada junto al hogar. Encargarse del cuidado de la casa en aquel día le parecía una ocupación sagrada, sacerdotal. Había arreglado y embellecido toda la casa, sin permitir que nadie le ayudara en aquella tarea. Había recogido cuantas flores quedaban aún en el jardín y, a pesar de la avanzada época del año, aún había logrado reunir rosas y uvas frescas.

Reconoció mis pasos cuando llegué y me salió dulcemente al encuentro; sus pálidas mejillas lucían por la llama del hogar, y sus ojos serios, enormes, brillaban de lágrimas. Ella se dio cuenta de cómo me impresionaba. «Entra querido», dijo; «mi madre está dentro y yo volveré en seguida».

Entré. Aquella noble mujer me tendió desde su asiento su hermosa mano y exclamó: «¡Ven, ven, hijo mío! Debería enfadarme contigo; me has quitado a mi hija, has borrado de mí, con tus palabras, toda razón, haces cuanto te viene en gana y ahora te vas; ¡oh potencias celestiales, si no tiene razón, perdonadle, y si la tiene, no vaciléis en proporcionarle vuestra ayuda!». Yo quise hablar, pero en aquel momento llegó Notara con los demás amigos y, tras ellos, Diotima.

Durante un rato estuvimos callados. Rendíamos homenaje a la tristeza del amor que había en todos nosotros; temíamos que discursos y soberbios pensamientos

pudieran privarnos de ella. Finalmente, tras unas pocas palabras pasajeras, me rogó Diotima que contara algo de la historia de Agis y Cleomenes; yo había citado a aquellas dos grandes almas a menudo con fogosa veneración, y dicho que eran semidioses con tanta certeza como Prometeo y que su lucha con el destino de Esparta había sido más heroica que cualquier otra de los más gloriosos mitos. El genio de aquellos hombres había sido el crepúsculo del día griego, como Teseo y Homero habían sido su aurora.

Yo relaté la historia y al final todos nos sentíamos más fuertes y elevados.

«Feliz aquél», exclamó uno de nuestros amigos, «cuya vida alterna entre alegrías del corazón y frescas luchas».

«¡Sí», exclamó otro, «la eterna juventud reside en tener siempre en juego fuerzas bastantes y en mantenernos íntegros en el placer y en el trabajo!».

«¡Oh, quisiera ir contigo!», me dijo Diotima.

«Es bueno también que te quedes, Diotima», le respondí. «La sacerdotisa no debe salir del templo. Tú guardas la llama sagrada, tú guardas en silencio la belleza para que yo la vuelva a encontrar en ti».

«Tienes razón, querido, así es mejor», dijo, y su voz temblaba, y ocultó sus ojos etéreos en el pañuelo para que no se vieran sus lágrimas y su confusión.

¡Ah, Belarmino, me partía el pecho pensar que era yo quien le hacía enrojecer de aquella forma! «¡Amigos!», grité, «conservadme a este ángel. Si no sé de ella, no sé de nada más. ¡Oh cielo, no puedo ni pensar de qué sería capaz si la perdiera!».

«¡Cálmate, Hiperión!», me interrumpió Notara.

«¿Calmarme?», exclamé. «¡Oh, amigos míos! Vosotros tenéis derecho a preocuparos por las flores del jardín y por cómo será la cosecha; vosotros tenéis derecho a rezar por vuestras vendimias, ¿y yo debería irme sin desear lo único que mi alma venera?».

«¡No, amigo!», replicó Notara conmovido; «¡no!, ¡no te me separarás de ella sin expresar tus votos! ¡No, por la divina inocencia de vuestro amor! Podéis contar con mi bendición».

«Eso me hace pensar», dije de inmediato, «que también ella, esta querida madre, debe bendecimos, debe servimos con vosotros de testigo… ¡Ven, Diotima! Tu madre debe santificar nuestra unión hasta que la hermosa comunidad que esperamos nos una en matrimonio».

Puse una rodilla en tierra; sonrojada, con los ojos muy abiertos, sonriendo de felicidad, se arrodilló ella también a mi lado.

«Desde hace mucho tiempo», exclamé, «nuestra vida ¡oh Naturaleza!, se confunde con la tuya, y nuestro propio mundo, por el amor, es juvenilmente celeste, como tú y todos tus dioses».

«Paseábamos por tus bosques», continuó Diotima, «y éramos como tú; nos sentábamos junto a tus fuentes y éramos como tú; subíamos a lo alto de los montes con tus hijas las estrellas, como tú».

«Cuando estábamos separados», seguí yo, «cuando nuestras inminentes delicias vibraban en nosotros como la resonancia de una lira, cuando nos encontrábamos, cuando desaparecía todo sueño y todos los tonos despertaban en nosotros a los plenos acordes de la vida, ¡divina Naturaleza!, entonces éramos siempre como tú, y también ahora, cuando nos separamos y muere la alegría, estamos, como tú, llenos de pena, y, sin embargo, también de bondad, y por ello es preciso que una boca pura nos atestigüe que nuestro amor es sagrado y eterno, como tú».

«Yo lo atestiguo», dijo su madre.

«Lo atestiguamos», gritaron los demás.

A partir de aquel momento, cualquier otra palabra nos resultaba superflua. Yo sentía mi corazón más elevado que nunca; me sentía maduro para la despedida. «¡Ahora quiero partir, amigos!», dije, y la vida desapareció de todos los rostros. Diotima, en pie, como una estatua de mármol, dejó morir sensiblemente su mano en la mía. Yo había matado todo en torno mío, estaba soló y fui presa del vértigo ante el silencio sin fronteras donde mi vida desbordante no encontraba ya ningún apoyo.

«¡Ay!», exclamé, «¡el corazón se me abrasa y vosotros estáis tan fríos, amigos! ¿Sólo los dioses de este hogar prestan oídos a mi voz?… ¡Diotima…! ¡Estás callada, no ves…! ¡Oh, feliz tú que no ves!».

«¡Ahora, vete», suspiró; «así tiene que ser! ¡Veté, querido corazón!».

«¡Oh dulce sonido de esos deliciosos labios!», exclamé, y quedé como suplicante ante aquella estatua llena de encanto. «Dulce sonido, ¡llega hasta mí otra vez! Querida luz de tus ojos, ¡detente en mí otra vez!».

«¡No hables así, amado!», dijo ella, «¡dime palabras más graves, háblame con mayor corazón!».

Quería contenerme, pero estaba como en un sueño.

«¡Ay dolor!», grité, «ésta es una despedida sin retorno».

«La vas a matar», exclamó Notara. «Mira lo serena que está ella y tú tan fuera dé ti».

La miré y las lágrimas brotaron de mis ojos ardientes.

«¡Adiós, pues, Diotima!», grité; «¡Cielo de mi amor, adiós! ¡Ayudadnos a ser fuertes, amigos queridos! ¡Querida madre, a ti te di alegría y dolor! ¡Adiós, adiós!».

Salí tambaleándome. Sólo Diotima me siguió.

Había anochecido y las estrellas trepaban por el cielo. Nos paramos, en silencio, al pie de la casa. Había en nosotros y sobre nosotros algo eterno. Tierna como el Éter me envolvió Diotima. «Loco mío, ¿qué es la separación?», me susurró misteriosamente con la sonrisa de un inmortal.

«Ahora yo también me siento de otra manera», dije, «y no sé cuál de las dos cosas es un sueño, si mi pena o mi alegría».

«Las dos», respondió ella, «y las dos son buenas».

«¡Oh perfecta!», exclamé, «hablo igual que tú. En el Cielo estrellado nos reconoceremos. Que él sea la señal entre tú y yo mientras callen los labios».

«¡Que así sea!», respondió lentamente, con un acento que nunca le había oído, y que fue el último. Su imagen se me desvaneció en la luz del crepúsculo y no sé si fue realmente a ella a quien vi al volverme por última vez, forma incierta que tembló todavía un momento ante mis ojos y luego desapareció en la noche.

HIPERIÓN A BELARMINO

¿Por qué te cuento todo esto y remuevo mi pena, y reavivo en mí la inquieta juventud? ¿No es suficiente haber caminado una vez por el espacio de la muerte? ¿Por qué no permanezco callado en la paz de mi espíritu?

Por esto, Belarmino: porque cada alentar de la vida sigue siendo valioso para nuestro corazón, porque todas las metamorfosis de la naturaleza pura pertenecen también a su belleza. Nuestra alma, si rechaza las experiencias mortales y sólo vive en la calma sagrada, ¿no es como un árbol sin hojas, como una cabeza sin rizos? ¡Querido Belarmino!, he pasado una temporada en calma; he vivido como un niño en las tranquilas colinas de Salamina, he olvidado el destino y las aspiraciones humanas.

Desde entonces muchas cosas han cambiado en mi mirada y ahora hay en mí suficiente paz como para permanecer tranquilo ante cualquier aspecto de la vida humana. ¡Amigo mío!, al final el espíritu nos reconcilia con todo lo existente. No lo creerás, al menos oyéndomelo a mí. Pero pienso que incluso en mis cartas podrías apreciar cómo mi alma se vuelve cada día más y más tranquila. Y en el futuro insistiré tanto sobre ello que acabarás por creerlo.

Te copio ahora cartas que Diotima y yo nos escribimos tras mi despedida de Calauria. Son lo más precioso que puedo confiarte. Son la imagen más cálida de aquellos días de mi vida. Poco te dirán del estruendo de la guerra. Pero sí mucho de mi propia vida, y esto es lo que quieres saber. ¡Ah!, y verás en ellas también con cuánto amor fui amado. Esto no te lo hubiera podido decir yo nunca; es sólo Diotima quien lo dice.

HIPERIÓN A DIOTIMA

He despertado de la muerte de la separación, ¡Diotima mía!, y mi espíritu se levanta de nuevo como tras un sueño.

Te escribo desde lo alto de una de las montañas de Epidauro. A lo lejos, en la profundidad, se adivina tu isla, Diotima, y al otro lado mi estadio, el campo de batalla donde debo vencer o morir. ¡Oh Peloponeso!, ¡oh vosotras, fuentes del Eurotas y del Alfeo! ¡Ahí se decidirá todo! Desde los bosques espartanos se lanzará con nuestro ejército el antiguo genio de la patria, como un águila de alas rumorosas.

Mi alma está llena de ganas de actuar y de amor, Diotima, y mi vista recorre los

valles griegos como si pudiera ordenar mágicamente: ¡alzaos de nuevo, ciudades de los dioses!

Debe de haber un dios en mí, pues apenas siento ahora nuestra separación. Como las sombras bienaventuradas a orillas del Leteo, vive ahora mi alma con la tuya en celeste libertad, y el destino ya no tiene poder alguno sobre nuestro amor.

HIPERIÓN A DIOTIMA

Estoy ahora en pleno Peloponeso. En la misma cabaña en que he pasado hoy la noche dormí antes, cuando, siendo aún casi un muchacho, atravesé estas regiones en compañía de Adamas. ¡Qué feliz era entonces, cuando, sentado en el banco de delante de la casa, escuchaba los ruidos de una caravana que llegaba de lejos y el murmullo de la fuente cercana que vertía sus aguas de plata en el pilón, bajo las acacias en flor!

Ahora vuelvo a ser feliz. Viajo por este país como por el bosque de Dodona, cuyos robles resonaban de profecías de gloria. Sólo veo hazañas, pasadas, futuras, aunque camine de sol a sol al aire libre. Créeme, quien recorre este país y sigue tolerando un yugo en el cuello y no se convierte en un Pelópidas, o tiene vacío el corazón o carece de entendimiento.

¿Tanto ha durado el sueño? ¿Tanto ha corrido el tiempo, turbio y mudo, en yerma ociosidad, como el río de los infiernos?

Y, sin embargo, todo está listo. El pueblo de los montes circunvecinos está lleno de fuerza vengadora; es como una callada nube de tormenta que sólo espera el vendaval que la arrastre. ¡Diotima!, ¡déjame llevar hasta ellos el aliento divino, déjame decirles palabras del corazón, Diotima, nada temas! No serán tan salvajes. Conozco la ruda naturaleza. Desprecia la razón, pero siempre se une al entusiasmo. Sólo quien actúa con toda el alma no se equivoca nunca. No necesita de argucias, pues ninguna fuerza se le opone.

HIPERIÓN A DIOTIMA

Mañana estaré con Alabanda. Me resulta un placer preguntar por el camino de Coron, y preguntó con más frecuencia de la necesaria. Quisiera tener las alas del sol y volar hasta él y, sin embargo, me retraso también con gusto y me pregunto: ¿cómo estará?

¡Soberbio adolescente!, ¿por que nací yo más tarde?, ¿por qué no surgí junto con él de la misma cuna? No puedo soportar la diferencia que hay entre nosotros. ¡Oh!, ¿por qué vivía yo en Tina como un pastorcillo ocioso y aún soñaba con los que se le parecían, cuando ya él probaba la naturaleza con un trabajo vivo y luchaba ya con el

mar, el aire y todos los elementos? ¿No había en mí también un ansia de grandes hechos?

Pero le alcanzaré, me daré prisa. ¡Por el cielo!, estoy más que maduro para la labor. Mi alma se enfurecerá consigo misma si no me libero pronto gracias a una tarea llena de vida.

¡Noble muchacha!, ¿cómo pude presentarme ante ti?, ¿cómo te fue posible amar a un ser tan inactivo?

HIPERIÓN A DIOTIMA

¡Por fin lo tengo, querida Diotima!

¡Ah, siento ligero el corazón y mis músculos son ágiles, y el porvenir me atrae como nos atrae un agua clara y profunda a saltar a ella y refrescar la sangre turbulenta en el baño fresco! Pero basta de charla. Alabanda y yo nos amamos más que nunca. Somos más libres el uno respecto del otro y, sin embargo, persiste toda la plenitud y la profundidad de la vida, como antes.

¡Oh qué razón tenían los antiguos tiranos en prohibir amistades como la nuestra! ¡Le hacen a uno fuerte como un semidiós y no tolera nada depravado en su entorno!

Era de noche cuando entré en su habitación. Él acababa de terminar su tarea, se había sentado junto a la ventana, en un rincón iluminado por la luna, y cultivaba sus pensamientos. Yo quedé de pie en la oscuridad; él no me reconoció y me echó una mirada distraída. El cielo sabrá por quién me tomó. «Hola, ¿qué tal?», saludó. «¡Regular!», dije. Pero el disimulo era imposible. Mi voz estaba cargada de secreta alegría. «¿Qué pasa?», exclamó; «¿eres tú…?». «¡Claro que sí, ciego!», grité y volé a sus brazos. «¡Ahora», dijo finalmente Alabanda, «ahora todo va a ser distinto, Hiperión!».

«Eso pienso yo», dije, y estreché con alegría su mano.

«¿Me conoces todavía?», continuó Alabanda al cabo de un instante, «¿todavía conservas tu antigua y devota fe en Alabanda? ¡Qué generoso eres! Nunca me ha ido tan bien, en todo este tiempo, como cuando me sentí iluminado por tu amor».

«¡Cómo!», exclamé, «¿es Alabanda el que me pregunta eso? Falta orgullo en tus palabras, Alabanda. Pero ése es un signo de esta época, que la antigua naturaleza heroica sale a mendigar honor y el viviente corazón humano, como un huérfano, se preocupa por una gota de amor».

«¡Querido amigo!», dijo; «sucede que he envejecido. Esta vida lánguida, que se lleva en todas partes, y la historia que tuve con los viejos a cuya escuela quise arrastrarte en Esmirna…».

«Es amargo», respondí; «también contigo se atrevió la diosa de la muerte, la que carece de nombre y es llamada destino».

Trajeron una luz y nos miramos de nuevo con tierna y afectuosa curiosidad. El

aspecto de aquel querido amigo había cambiado mucho desde los días esperanzados. Sus grandes ojos, siempre vivos, brillaban en su rostro ajado como el sol de mediodía en un cielo pálido.

«¡Amigo!», dijo Alabanda, afectuosamente enojado con mi contemplación, «deja esa mirada melancólica. Sé muy bien que he decaído. ¡Oh Hiperión!, sigo anhelando con fuerza algo grande y verdadero y espero encontrarlo contigo. Has crecido y me pasas la cabeza, eres más libre y más fuerte que antes, ¡y ya ves!, eso me alegra de todo corazón. Yo soy la tierra seca y tú llegas como una tormenta afortunada… ¡Oh, es magnífico que estés aquí!».

«¡Calla!», dije, «extravías mis sentidos y no deberíamos hablar de nosotros hasta que nos hundamos en la vida, en los hechos».

«¡Claro que sí!», exclamó alegremente Alabanda, «hasta que no oyen el cuerno de caza no se sienten a gusto los cazadores».

«¿Y empezaremos pronto?», pregunté.

«Sí, sí», dijo Alabanda, «y te aseguro, querido amigo, que se va a armar un buen fuego. ¡Ah, ojalá llegue hasta la punta de la torre, queme su bandera y se enrosque y se enfurezca en torno a ella hasta que estalle y se hunda! Únicamente, no te extrañes de quiénes son nuestros aliados. Sé muy bien que a los buenos de los rusos les gustaría empleamos como fusiles, en primera fila, ¡pero no te preocupes! Que nuestros fuertes espartanos hayan tenido ocasión de comprobar quiénes son y de qué son capaces, que hayamos conquistado el Peloponeso, y podremos reírnos en su cara del polo norte y organizar nuestra propia vida».

«Una vida propia», exclamé, «una vida nueva, digna. ¿Acaso hemos nacido de los pantanos, como los fuegos fatuos, o descendemos de los vencedores de Salamina? ¿Qué ha pasado? Y tú, libre naturaleza de los griegos, ¿cómo te has convertido en una sirvienta? ¿Cómo has podido decaer tanto, raza de mis padres, de la que las imágenes divinas de Júpiter y Apolo fueron antiguamente sólo la copia?… Pero escúchame, ¡cielo de Jonia!, escúchame, tierra de la patria que, desnuda como una mendiga, cubres con harapos tu antiguo esplendor, ¡no lo soportaré más tiempo!».

«¡Oh sol que nos educaste!», exclamó Alabanda, «ya verás cómo con la tarea crece nuestro ánimo y cómo bajo los golpes del destino tomará forma nuestro proyecto como toma forma el hierro bajo el martillo».

Ambos nos inflamábamos mutuamente.

«Y sobre todo que no quede ni una mancha», dije, «ni un chafarrinón con el que el siglo nos afee, como la plebe cuando pinta las paredes».

«¡Oh!», exclamó Alabanda, «ésa es una de las cosas buenas de la guerra…».

«Sí, Alabanda», continué, «como de todas las grandes empresas en que están al servicio del hombre la fuerza y el espíritu, y no muletas ni alas de cera. Vamos a quitamos esta librea de esclavos donde están impresos el destino y sus armas…».

«Desaparecerá todo lo vano y lo forzado», dijo Alabanda, «y entonces avanzaremos hacia la meta sin adornos ni trabas, desnudos como en las carreras de

Nemea».

«Hacia la meta», le interrumpí, «donde amanezca el nuevo Estado libre y surja de la tierra griega el Panteón de todo lo bello».

Alabanda calló durante un rato. Su rostro enrojeció con un tono nuevo, y su figura creció, cómo una planta tras el riego.

«¡Oh juventud, juventud!», exclamó, «¡entonces beberé en tu fuente, entonces viviré y amaré! Estoy rebosante de alegría, cielo de la noche», continuó como borracho, acercándose a la ventana; «tu bóveda me envuelve como un emparado y tus estrellas cuelgan de él como racimos».

HIPERIÓN A DIOTIMA

Es una felicidad para mí que mi vida transcurra dedicada por completo al trabajo; si no, iría de una locura a otra, tan colmada está mi alma, tan exaltada por este hombre maravilloso, admirable, que no ama a nadie más que a mí y que derrama sobre mí toda la humildad que hay en él. ¡Oh Diotima! Este hombre ha llorado ante mí, me ha suplicado, como un niño, que olvide lo que me hizo en Esmirna.

¿Pero quién soy yo, amados míos, para llamaros míos, para poder decir que sois mi propio bien, para estar como un conquistador entre vosotros, y abrazaros como a mi presa?

¡Oh Diotima!, ¡oh Alabanda!, ¡seres nobles, de serena grandeza!, ¿cómo debo cumplir mi tarea si no quiero huir ante mi propia felicidad, ante vosotros?

Precisamente ahora, mientas te escribía, he recibido tu carta, querida.

¡No te entristezcas, mi bien amada, no te aflijas! ¡Consérvate libre de pesar para las futuras fiestas de la patria! ¡Diotima, resérvate para la brillante fiesta de la naturaleza y para todos los cálidos aniversarios de los dioses!

¿No ves ya a Grecia?

¿No ves cómo, contentos de esta nueva vecindad, los astros eternos sonríen sobre nuestras ciudades y bosques, cómo el antiguo mar, cuando ve a nuestro pueblo pasear alegre por sus orillas, recuerda a los antiguos atenienses y vuelve a traernos felicidad, como entonces a sus preferidos, en sus olas alegres?

Y tú, toda alma, que ya ahora eres tan hermosa, ¡cómo florecerás en una gloria fascinante cuando te envuelva un clima más apropiado!

DIOTIMA A HIPERIÓN

Desde que tú te fuiste, querido Hiperión, había pasado la mayor parte del tiempo encerrada. Pero hoy he vuelto a salir.

En el aire propicio de febrero he cosechado vida y traigo para ti lo cosechado.

También me ha hecho bien la fresca tibieza del cielo, también he vuelto a sentir, identificada con ellas, el nuevo júbilo del mundo de las plantas, puro, siempre igual, donde todo se entristece y vuelve a alegrarse a su debido tiempo.

¡Hiperión, Hiperión mío! ¿Por qué no seguimos nosotros también los tranquilos caminos de la vida? ¡Invierno y primavera, verano y otoño son nombres sagrados, pero nosotros no los conocemos! ¿No es pecado estar triste en primavera? Y, sin embargo, ¿por qué lo hacemos?

¡Perdóname! Los hijos de la tierra viven sólo gracias al sol; yo vivo gracias a ti, y si tengo otras alegrías, ¿qué tiene de extraño que tenga otras tristezas? Pero ¿debo estar triste? ¿Debo?

¡Valeroso amigo! ¿Debería marchitarme yo mientras tú resplandeces, debería cansarse mi corazón cuando el ansia de victoria se despierta en todas tus fibras? Si hace tiempo hubiera oído que un joven griego se había levantado para arrancar al buen pueblo de su ignominia, para llevarlo de nuevo a la belleza materna de la que procedía, ¡con qué asombro hubiera despertado del sueño de la infancia y deseado la imagen de ser tan querido! Y ahora que está ahí, ahora que es mío ¿soy capaz de llorar? ¡Tonta de mí! ¿O es que no es así? ¿No existe ese héroe, y no es mío? ¡Oh sombras de las épocas felices, oh queridos recuerdos míos!

Me parece que fue apenas ayer aquella tarde encantadora en que se acercó a mí por vez primera aquel sagrado extranjero, cuando, como un genio afligido, resplandeció en las sombras del bosque en que pasaba su juventud soñando una inocente niña… Llegó con la brisa de mayo, con la encantadora brisa de mayo de Jonia, que lo hacía aún más deslumbrante para mí, que le revolvía el cabello, le entreabría los labios como flores, que trocó en risa su melancolía y ¡oh rayos celestes!, ¡cómo me iluminabais desde aquellos ojos, desde aquellas embriagadoras fuentes donde la vida imperecedera, a la sombra protectora de las pestañas, vaga y resplandece…!

¡Dioses propicios! ¡Qué hermoso era con su mirada puesta en mí! ¡Cómo estaba frente a mí, joven, alto, todo él agilidad y nervio, aunque sus brazos colgaran a lo largo del cuerpo como para pasar inadvertidos! ¡Y cómo miró él fascinado hacia lo alto, como si hubiera volado yo al cielo y ya no estuviera allí! ¡Ay, y cómo sonrió y enrojeció con toda la gracia de su corazón cuando vio que seguía ante él, y brillaron como el relámpago entre las veladas lágrimas sus ojos de Febo al preguntar: ¿eres tú, eres tú realmente?

¿Y por qué se acercó a mí con tal veneración, tan lleno de amorosa superstición? ¿Por qué inclinó su cabeza, por qué aquel hijo de los dioses estaba tan lleno de anhelo y de tristeza? Su genio era demasiado radiante para seguir estando solo, y el mundo demasiado pobre para abarcarlo. ¡Era una imagen deseable, tejida de grandeza y pena! ¡Pero ahora todo ha cambiado! ¡Se ha acabado la pena! ¡Tiene una tarea que realizar, ya no es aquel enfermo!

¡Toda yo era un suspiro cuando empecé a escribirte, amado mío! Ahora soy toda

alegría. Cuando se habla de ti, vuelve la felicidad. ¡Ya ves! Así debe seguir siendo. ¡Adiós!

HIPERIÓN A DIOTIMA

Como un buen final, hemos celebrado tu fiesta, ¡hermosa vida mía!, antes de que empiece el estruendo. Fue un día divino. La benigna primavera nos enviaba su brisa y su luz desde Oriente, hacía brotar en nosotros tu nombré como hace con las flores en los árboles, y todos los radiantes secretos del amor me envolvían con su aliento. Nunca había conocido aquel amigo un amor como el nuestro, y era encantador ver la atención que ponía aquel hombre altivo, y cómo brillaban sus ojos y su espíritu por captar tu imagen y tu ser.

«¡Oh sí», exclamó finalmente, «sin duda vale la pena luchar por nuestra Grecia si es tierra que aún da tales frutos!».

«Claro que sí, Alabanda», respondí; «cuando nuestro espíritu se rejuvenece con la imagen de tales naturalezas, vamos alegremente al combate, un fuego celeste nos arrastra hacia grandes hechos y no se persigue entonces meta alguna pequeña, ni se preocupa uno de esto o de aquello, ni se buscan las cosas por su aspecto exterior, sin prestar atención al espíritu y bebiendo no por el vino, sino por la copa; y no nos detendremos, Alabanda, hasta que la felicidad del genio deje de ser un secreto, hasta que todos los ojos se truequen en arcos de triunfo, hasta que el espíritu humano, tanto tiempo ausente, surja radiante de los desvaríos y sufrimientos y salude, victorioso, al Éter paterno… ¡Ah!, nuestro pueblo futuro no debe ser reconocido nunca sólo por su bandera; todo debe rejuvenecerse, todo debe cambiar desde abajo; ¡la alegría debe estar llena de seriedad y todo trabajo ha de ser más alegre! ¡Que nada, incluso lo más pequeño, lo más cotidiano, carezca de espíritu y de dioses! ¡Amor y odio, y cada acento nuestro debe asombrar al mundo banal, y ni un solo momento, ni una sola ocasión debe recordamos el obtuso pasado!».

HIPERIÓN A DIOTIMA

El volcán ha estallado. En Coron y Modon los turcos están sitiados y nosotros avanzamos con nuestros montañeses hacia el Peloponeso.

¡Ahora se ha acabado toda melancolía, Diotima, y mi espíritu es más firme y más ágil desde que estoy inmerso en una materia viva! Incluso me he marcado un horario.

Amanezco con el sol. Salgo entonces hasta donde yace, a la sombra del bosque, mi pueblo de guerreros, y saludo a los mil claros ojos que se abren ante mí con salvaje afecto. ¡Un ejército que despierta! No conozco nada parecido y, en comparación, toda la vida de ciudades y pueblos no es más que un enjambre de

abejas.

El hombre no puede disimular que hubo un tiempo en que fue feliz como los ciervos del bosque, y a pesar de los incontables años transcurridos, se apunta todavía en nosotros la nostalgia por los días de aquel mundo originario en que todos recorríamos la tierra como dioses, antes de que no sé qué domesticara a los hombres, cuando todavía les rodeaban por todas partes no muros y maderas muertas, sino el alma del mundo, el aire sagrado.

¡Diotima!, a menudo tengo una sensación extraordinaria cuando camino entre estas gentes apacibles y, como surgidos de la tierra, se levantan uno tras otro y se desperezan cara a la luz del amanecer, y entre los grupos de hombres se eleva la llama crepitante en tomo a la cual se sienta la madre con las criaturas friolentas, donde se calienta la comida reconfortante, mientras los caballos, venteando el día, jadean y relinchan, y el bosque resuena con vibrantes músicas guerreras y centellea en tomo el tumulto de las armas…, pero esto no son más que palabras, y el placer que uno experimenta ante este tipo de vida no puede contarse.

Se reúne entonces en torno a mí mi tropa, impetuosa, y es una maravilla ver cómo incluso los de más edad o los más díscolos me respetan a pesar de mi juventud. Conforme aumenta la confianza, alguno cuenta cómo le ha ido en la vida, y a menudo mi corazón crece ante los destinos de algunos de ellos. Entonces empiezo a hablar de mejores días y sus ojos se alzan brillantes al pensar en la alianza que debe unirnos, y vislumbran la arrogante imagen del futuro Estado libre.

¡Todos para uno y uno para todos! Hay un fuego alegre en estas palabras, que llega siempre a mis hombres como un mandamiento divino. ¡Oh, Diotima, ver cómo las naturalezas más entumecidas se templan con la esperanza y sus pulsos laten con más fuerza, y las frentes sombrías se desarrugan e iluminan hablando de proyectos, estar así rodeado de hombres llenos de fe y de ardor, esto es algo aún mayor que contemplar la tierra y el cielo y el mar en toda su gloria!

Luego les instruyo hasta el mediodía en el manejo de las armas y en las marchas. El buen humor hace de ellos buenos alumnos, igual que de mí un buen maestro. Tan pronto se alinean en formación compactan la manera macedonia, moviendo sólo el brazo, como vuelan como rayos, en grupos aislados, unos contra otros, en combates más arriesgados, donde la fuerza y la agilidad se modifican en cada situación y cada cual es capitán de sí mismo, y vuelven a agruparse en lugar seguro… y siempre, parados o en marcha en esta danza armada, se cierne ante sus ojos y ante los míos la imagen de los esclavos de la tiranía y la seriedad del campo de batalla.

Más tarde, cuando el sol brilla con más calor, celebramos consejo dentro del bosque, y es una alegría decidir así, con calma y lucidez, acerca del grandioso futuro. Nos apoderamos de la fuerza del azar, somos dueños del destino. Dejamos que surjan resistencias de acuerdo con nuestra voluntad, incitamos al enemigo hacia aquello para lo que estamos preparados. O lo observamos y aparentamos temor, dejándole acercarse a nosotros, hasta que su cabeza está a nuestro alcance; o, a base de rapidez,

les hacemos perder la serenidad; ésta es mi panacea. Y, sin embargo, los médicos experimentados aprecian poco tales remedios que todo lo curan.

Luego, por la tarde, ¡qué placer recorrer con Alabanda, sobre fogosos corceles, las colinas enrojecidas por el sol, en cuyas cumbres, donde nos detenemos, juega el aire con las crines de nuestros animales y su amistoso murmullo se entremezcla con nuestras conversaciones, mientras miramos en la lejanía las tierras de Esparta, que serán el premio de nuestra lucha! Y luego, cuando regresamos y nos sentamos juntos en la dulce frescura de la noche en la que se extiende el aroma de nuestras copas, y la luz de la luna ilumina nuestra frugal comida, y en medio de nuestro sonriente silencio, sube desde el suelo sagrado, como una nube que nos arrastra, la historia de los antiguos, ¡qué felicidad, en tales momentos, estrecharse las manos!

Entonces Alabanda vuelve a hablar de aquellos a quienes atormenta el tedio del siglo, de los extraños y torcidos caminos que se abre la vida cuando la vía recta está obstruida. Entonces me acuerdo también de Adamas con sus viajes, su nostalgia por llegar al centro de Asia… y yo quisiera gritarle: «¡Eso son sólo sucedáneos, viejo amigo! ¡Yen y construye tu mundo!, ¡con nosotros!, pues nuestro mundo es también el tuyo».

También el tuyo, Diotima, pues está calcado de ti. ¡Si pudiéramos crear lo que tú eres, con tu paradisíaca serenidad!

HIPERIÓN A DIOTIMA

Acabamos de conseguir tres victorias consecutivas en escaramuzas de poca importancia, pero en las que los combatientes se entrecruzaban como relámpagos y todo era una sola llama devoradora. Navarino es nuestro, y ahora estamos ante el fuerte de Misistra, que es lo que ha quedado de la antigua Esparta. En una ruina situada delante de la ciudad he plantado la bandera que arrebaté a una horda albanesa, y de pura alegría he tirado al Eurotas mi turbante turco y llevo desdé entonces el casco griego.

¡Y ahora quisiera verte, muchacha mía, quisiera verte y tomar tus manos y apretarlas contra mi corazón, para el que quizá pronto sea la alegría demasiado grande! Puede que en una semana ya esté liberado el antiguo, noble y sagrado Peloponeso.

¡Entonces, amada mía, enséñame a ser piadoso! ¡Enseña una plegaria a mi corazón desbordante! Debería callar, porque ¿qué he hecho yo? Y aunque hubiese hecho algo de lo que pudiera hablar, ¿cuánto queda todavía por hacer? Pero, ¿qué puedo hacer, si mis pensamientos son más rápidos que el tiempo? ¡Me gustaría tanto que fuera al contrario y el tiempo y los hechos sobrevolaran a los pensamientos, y la victoria alada corriera más que la esperanza misma!

Alabanda florece como una novia. Desde cada una de sus miradas me sonríe el

mundo por venir, y con ello consigo calmar bastante mi impaciencia.

¡Diotima!, no cambiaría esta naciente felicidad por la época más hermosa de la antigua Grecia, y prefiero la más pequeña de nuestras victorias a Maratón, las Termopilas y Platea. ¿No es verdad? ¿No es más preciosa para el corazón la vida que se recupera que la vida intacta que aún no conoce la enfermedad? Sólo amamos la juventud cuando se nos escapa, y cuando la recobramos después de haberla perdido colma de felicidad las profundidades de nuestra alma.

Mi tienda está plantada junto al Eurotas, y cuando me despierto después de medianoche, el viejo dios río susurra ante mí sus consejos y, sonriente, cojo las flores de la orilla, y lanzándolas a sus brillantes ondas, le digo: «Acepta esta señal, ¡oh solitario!, de que pronto volverá a florecer en torno a ti la antigua vida».

DIOTIMA A HIPERIÓN

Mi querido Hiperión: he recibido las cartas que me has escrito de camino. Me impresiona con fuerza todo lo qué me dices, y a pesar de mi amor, a menudo me estremece ver al dulce joven que lloraba a mis pies, transformado en un ser tan enérgico.

¿Y no desaprenderás el amor?

¡Pero sigue tu marcha! Yo te sigo. Incluso creo que si fueses capaz de odiarme, te imitaría también en esto, y me esforzaría por odiarte, y que así nuestras almas siguieran siendo iguales; y esto no es una vana exageración, Hiperión.

Yo misma soy también muy distinta de como era antes. Carezco de la facultad de mirar al mundo con mirada serena y de sentir placer por todo lo que está vivo. Sólo el campo de las estrellas atrae aún mi vista. En cambio, pienso con mayor gusto en los grandes espíritus del mundo antiguo y en el fin que tuvieron en esta tierra, y las nobles mujeres espartanas han ganado mi corazón. Ello no me hace olvidar a los nuevos luchadores, a los fuertes, cuya hora ha llegado; a menudo escucho acercarse a mí cada vez más, a través del Peloponeso, el estruendo de sus victorias, a menudo los veo precipitarse como una catarata por los bosques de Epidauro, y sus armas brillan en la lejanía a la luz del sol, que, como un heraldo, les acompaña. Y tú, Hiperión mío, vuelves a toda prisa a Calauria y saludas a los serenos bosques de nuestro amor, me saludas a mí, y vuelas de nuevo de vuelta a tu tarea…; ¿y crees que temo el resultado? ¡Querido! A veces pretende asaltarme tal idea, pero mis más altos pensamientos lo impiden, como impiden las llamas la venida de la helada.

¡Adiós! ¡Realiza lo que el espíritu te ordena! Y no dejes que la guerra dure demasiado por amor a la paz, Hiperión, por amor a la hermosa y nueva paz de oro en la que, como tú decías, un día quedarán inscritas en el libro del derecho las leyes de la naturaleza, y en la que la vida misma, la divina naturaleza que no puede ser escrita en ningún libro, existirá en el corazón de la comunidad. ¡Adiós!

HIPERIÓN A DIOTIMA

Deberías haberme calmado, Diotima mía; deberías haberme dicho que no necesitaba ir demasiado de prisa, que tenía que arrancar la victoria al destino poco a poco, como la deuda a los deudores recalcitrantes. ¡Muchacha mía, permanecer inactivo es peor que nada! Se me seca la sangre en las venas, tan ansioso estoy de seguir adelante, y aquí tengo que quedarme, ocioso, día tras día tengo que continuar este asedio. Nuestros hombres quieren atacar, pero eso caldearía hasta la embriaguez los ánimos ya soliviantados, y ¡ay de nuestras esperanzas el día en que los instintos salvajes fermenten y destruyan la disciplina y el amor!

No sé, puede que sólo falten unos días para que Misistra se rinda, pero me gustaría que ya la hubiéramos dejado atrás. En este campamento me noto como en medio de un viento cargado de tormenta. Estoy impaciente, y tampoco mis hombres me gustan. Hay en ellos un temible afán de lucha.

Pero es un error dar tanta importancia a mi humor. Y la antigua Lacedemonia es lo bastante valiosa como para soportar por ella alguna inquietud antes de tomarla.

HIPERIÓN A DIOTIMA

Todo ha acabado, Diotima. Nuestras gentes han saqueado y asesinado sin hacer distingos. También nuestros hermanos, los griegos de Misistra, inocentes, han muerto o huyen desesperados, y su expresión de miseria y muerte clama venganza a cielos y tierra contra los bárbaros a cuya cabeza estaba yo.

¡Ahora puedo ir por ahí y predicar mi buena causa! ¡Sí, ahora volarán hacia mí todos los corazones!

¡Aunque también yo me he comportado de forma muy inteligente! Ya conocía a mis hombres. De hecho, era un proyecto extraordinario pretender fundar mi Elíseo con una banda de ladrones.

¡No, por la sagrada Némesis! Me ha pasado lo que tenía que pasarme, y debo soportarlo y lo soportaré hasta que el dolor me arranque el último resto de consciencia.

¿Crees que deliro? He recibido de uno de mis leales una honrosa herida cuando traté de oponerme a la matanza. Si delirara, arrancaría la venda que la cubre y mi sangre fluiría a donde debe, a esta tierra fúnebre.

¡Tierra fúnebre y desnuda que yo quería vestir con bosques sagrados, que quería adornar con todas las flores de la vida griega!

¡Ah, qué hermoso hubiera sido, Diotima!

¿Crees que he perdido el valor? ¡Querida mía, son demasiadas desgracias juntas! Surgen por todas partes bandas sanguinarias; como una epidemia, se propaga el pillaje por la Morea, y el que no empuña la espada es acosado y degollado, ¡y estas

furias dicen que luchan por nuestra libertad! ¡Y el resto de este pueblo salvaje, que está al servicio del sultán, se comporta igual que ellos!

En este momento me dicen que nuestro deshonroso ejército ha sido dispersado. Estos cobardes toparon junto a Tripolisa con una banda albanesa inferior en número a la mitad de ellos. Pero como no había nada que saquear, todos estos miserables se dieron a la fuga. Sólo los rusos que osaron emprender con nosotros la campaña, cuarenta valientes, se mantuvieron firmes; todos encontraron la muerte.

Y ahora estoy de nuevo solo con Alabanda, como al principio. Desde que este fiel amigo me vio caer ensangrentado en Misistra, ha olvidado todo lo demás, sus esperanzas, su afán de victoria, su desesperación. Rebosante de cólera, se abatió sobre los saqueadores como un dios vengador, me sacó del tumulto con toda dulzura, y sus lágrimas mojaron mis ropas. Desde entonces ha permanecido a mi lado en la cabaña donde descanso, y ahora es cuando más me alegro de ello: si hubiera seguido con los otros, yacería ahora en el polvo, en Tripolisa.

No sé qué será de nosotros. El destino me lanza a lo desconocido y me lo merezco; de ti me destierra mi propia vergüenza, ¡y quién sabe por cuánto tiempo!

HIPERIÓN A DIOTIMA

Me cuesta gran trabajo dar con las palabras adecuadas.

Uno gusta de hablar, de charlar, como los pájaros, cuando el mundo te sopla en la cara, como el aire de mayo; pero entre el mediodía y la noche, todo puede cambiar, y al final, ¿qué se ha perdido?

Créeme y piensa que te lo digo desde lo más profundo de mi alma: el lenguaje es cosa superflua. Pues lo mejor queda siempre en sí mismo y descansa en su profundidad como la perla en el fondo del mar… Pero lo que realmente quería escribirte es que, ya que el cuadro tiene que acabar por tener un marco y el hombre una tarea, quiero enrolarme durante algún tiempo en la flota rusa; porque con los griegos ya no tengo nada que hacer.

¡Amada mía, qué oscuro se ha vuelto todo a mi alrededor!

HIPERIÓN A DIOTIMA

He dudado, he combatido en contra de ello. Pero finalmente, así tiene que ser.

Veo que es necesario, y porque lo veo, debe serlo. ¡No me interpretes mal, no me condenes! Diotima mía, debo aconsejarte que me abandones.

Ya no soy nada para ti, graciosa criatura. Este corazón está agotado y mis ojos ya no ven lo que está vivo. Mis labios están secos; el dulce aliento del amor ya no brota en mi pecho.

Un solo día me ha arrebatado toda mi juventud; a orillas del Eurotas se ha agotado en lágrimas mi vida, ¡ay!, a orillas del Eurotas, que en todas sus ondas deplora una vergüenza irremediable junto a las ruinas de Lacedemonia. Allí, allí me segó el destino… ¿Y debería recibir tu amor como una limosna?… Soy tan absolutamente nada, carezco tan por completo de renombre como el más pobre de los criados. Estoy desterrado, proscrito como un vulgar rebelde, y más de un griego de Morea hablará a sus nietos en el futuro de nuestras hazañas como de una historia de bandidos.

¡Y hay otra cosa que te he ocultado hasta ahora!

Mi padre ha renegado de mí solemnemente, me ha expulsado sin posibilidad de retorno de la casa de mi juventud, no quiere volver a verme nunca más, ni en esta ni en la otra vida, como él dice. Tal es la respuesta a la carta en que le anunciaba el comienzo de mi empresa.

Pero no dejes que la compasión te conduzca al extravío. Créeme, nos queda todavía una alegría. El dolor auténtico exalta. Quien pasa sobre su miseria, se alza más alto. Y está muy bien que necesitemos del sufrimiento para sentir la libertad del alma. ¡Libertad! Quien comprende esta palabra… Es una palabra profunda, Diotima. Estoy tan afectado interiormente, estoy tan exageradamente mortificado, no tengo esperanza ni meta, estoy totalmente deshonrado, y, sin embargo, hay una fuerza en mí, algo indomable, que atraviesa mis huesos con dulces estremecimientos cada vez que lo siento moverse en mí.

Además, sigo teniendo a Alabanda. Él tiene tan poco que ganar como yo mismo. A él puedo conservarlo sin ningún perjuicio. ¡Ay, un joven tan magnífico habría debido merecer mejor suerte! Se ha vuelto tan dulce, tan tranquilo que a menudo ello me desgarra el corazón. Pero uno sostiene al otro. No nos decimos nada; ¿qué habríamos de decirnos? No obstante, hay como una bendición en ciertos pequeños servicios que con todo cariño nos prestamos.

Ahí está durmiendo, y sonríe contento a pesar de nuestro destino. ¡Es muy bueno! Que no sepa lo que estoy haciendo. No lo permitiría. «Tienes que escribir a Diotima», me ha ordenado, «y debes decirle que se prepare para huir pronto contigo a un país más soportable». Pero él no sabe que un corazón que ha aprendido a desesperar, como el suyo y el mío, ya no puede ofrecer nada a la mujer amada. ¡No, no!, jamás encontrarías la paz junto a Hiperión, tendrías que acabar por serle fiel, y eso es algo que quiero ahorrarte.

Así que ¡adiós, dulce criatura, adiós! Quisiera decirte: «Ve hacia allí, ve a tal sitio; allí susurran las fuentes de la vida». Quisiera mostrarte un país libre, un país lleno de alma y de belleza, y decirte: «¡Refúgiate allí!». Pero, ¡oh cielos!, si pudiera decírtelo, yo también sería otro y tampoco necesitaría despedirme… ¿Despedirme? ¡Ah, no sé lo que hago! Yo me creía tan dueño de mí, tan decidido. Ahora me da el vértigo y mi corazón se debate cómo un enfermo impaciente. ¡Ay de mí!, echo a pique mi última alegría. Pero así debe ser, y la protesta de la naturaleza no cabe aquí. Te lo debo, y

aparte de esto yo he nacido para no tener ni patria ni asilo. ¡Oh tierra, oh estrellas!, ¿no habrá al final ningún lugar donde yo pueda vivir?

¡Sólo una vez más, en donde fuera, quisiera volver a apoyarme en tu pecho! ¡Ojos etéreos, encontrarme una vez en vosotros! ¡Estar pendiente de tus labios, amada, inenarrable, y beber en mí la sagrada dulzura embriagadora de tu vida…! ¡Pero no me escuches, te lo ruego, no hagas caso de esto! Si me escucharas, me tomaría por un seductor. Aunque tú me conoces y me comprendes. Sabes qué profunda estima me testimoniarás si no me compadeces, si no me escuchas.

Ya no puedo, ya no debo…, ¿cómo podría vivir el sacerdote cuando su dios ya no existe? ¡Oh genio de mi pueblo, oh alma de Grecia, abajo, abajo tengo que buscarte, en el reino de los muertos!

HIPERIÓN A DIOTIMA

He aguardado mucho tiempo, te lo confieso, he esperado ardientemente una palabra de despedida de tu corazón, pero tú callas. Y ésta es también una forma de hablar tu alma hermosa, Diotima.

¿No es cierto, sin embargo, que los más santos acordes no cesan de sonar por ello? ¿No es verdad, Diotima, que aunque se apague la dulce luz lunar del amor siguen brillando todavía los elevados astros de su cielo? ¡Oh, sí, esta es mi última alegría: que somos inseparables, aunque no se oiga entre tú y yo sonido alguno, aunque no vuelva ninguna sombra de nuestros amables días de juventud!

Miro, afuera, el crepúsculo marino, tiendo mis brazos hacia la región lejana en donde vives, y mi alma vuelve a reconfortarse con todas las alegrías del amor y la juventud.

¡Oh tierra, cuna mía! Todo el placer y todo el dolor están contenidos en esta despedida de ti.

Amadas islas jónicas, y tú, mi Calauria, y tú también, Tina, siempre estáis presentes ante mis ojos por lejos que estéis, y mi espíritu vuela con la brisa sobre las aguas agitadas; y vosotras, costas de Teos y de Éfeso que vislumbro allá lejos, donde anduve con Alabanda en los días esperanzados, volvéis a lucir para mí igual que entonces, y yo quisiera desembarcar en vuestro suelo y besarlo, y calentarlo contra mi pecho, y balbucir ante la tierra muda las más dulces palabras de despedida antes de alzar el vuelo hacia la libertad.

Lástima, lástima que no vaya todo mejor entre los hombres en estos tiempos; si no, con gusto me quedaría en este buen planeta. Pero yo puedo prescindir de esta esfera terrestre, y esto es más que cuanto ella pueda dar.

«¡Soportemos nuestra servidumbre a la luz del sol, hijo mío!» decía a Polixena su madre, y su amor a la vida no podía hablar con palabras más hermosas. Pero la luz del sol, que es precisamente quien me desaconseja la servidumbre, no me deja seguir

en esta tierra envilecida, y sus rayos sagrados me atraen como senderos que llevan a la patria.

Desde hace mucho tiempo he tenido presente, más que cosa alguna, la majestad del alma sin destino; he vivido a veces en mí mismo en una espléndida soledad; me he ido acostumbrando a sacudir de mí las cosas exteriores como copos de nieve; pues entonces, ¿cómo no me iba a atrever a buscar lo que se llama muerte? ¿No me he liberado mil veces en pensamiento?, ¿pues cómo había de dudar en hacerlo en la realidad? ¿Es que estamos sujetos como siervos al suelo que cultivamos? ¿Somos como esas aves domésticas que no se atreven a salir del patio porque allí es donde les dan de comer?

No, nosotros somos como los aguiluchos a los que su padre arroja del nido para que busquen su presa en las alturas del Éter.

Mañana peleará nuestra flota y la lucha ha de ser bastante dura. Yo considero esta batalla como un baño que me lavará del polvo que me cubre; y estoy seguro de encontrar lo que deseo; deseos como el mío se satisfacen con facilidad en tal lugar y ocasión. Y así habré conseguido por fin algo con esta guerra y comprobado que ningún esfuerzo humano es totalmente vano.

¡Alma piadosa!, me gustaría decirte: «piensa en mí cuando pases ante mi tumba», pero me han de echar a las olas del mar y no me parece mal que mis restos desciendan al lugar donde se juntan las fuentes y los ríos que amaba, al lugar de donde se elevan las nubes tormentosas en las que abrevan los montes y los valles que amaba. ¿Y nosotros? ¡Oh Diotima, Diotima!, ¿cuándo volveremos a vernos?

Es imposible, y mi vida más profunda rehúsa este pensamiento, que nos perdamos uno de otro. Recorreré los astros durante milenios, adoptaré todas las formas, todos los lenguajes de la vida, para volver a encontrarte una sola vez. Pero pienso que lo que es semejante no tarda en encontrarse.

¡Alma grande!, esta separación te permitirá encontrarte a ti misma. Así que ¡déjame partir! ¡Saluda a tu madre! ¡Saluda a Notara y a los demás amigos!

Saluda también a los árboles donde te encontré por primera vez y a los alegres arroyos que bordeábamos, y a los bellos jardines de Angele, y ojalá encuentres en ellos, amor mío, mi imagen. Adiós.

LIBRO SEGUNDO

HIPERIÓN A BELARMINO

COPIAR para ti las cartas que intercambié en otro tiempo, me ha mantenido en un dulce sueño. Ahora vuelvo a escribirte a ti, mi Belarmino, y te seguiré conduciendo hacia abajo, cada vez más abajo, hasta la más profunda hondura de mis penas, y entonces tú, mi último ser querido, resurgirás conmigo hasta el lugar donde nos alumbrará un nuevo día.

La batalla de que le escribía a Diotima comenzó. Las naves turcas se habían refugiado en el canal que hay entre la isla de Quíos y la costa asiática, y estaban ancladas a lo largo de la costa hasta Tscherma. Mi almirante, con su nave, en la que me encontraba, abandonó la formación y comenzó el preludio atacando a la primera nave de los turcos. Desde el primer asalto, los rabiosos rivales se excitaron hasta el vértigo; fue un tumulto horroroso y ebrio de rabia. Ambos buques quedaron pronto entremezclados por sus arboladuras y el furioso duelo se fue haciendo cada vez más estrecho.

Aún corría por mí un profundo sentimiento vital. Sentía en todos mis miembros una agradable y cálida sensación. Mi espíritu notaba que estaba presente en todos sus sentidos por última vez, como en una dulce despedida. Y entonces, lleno de ardiente despecho por no saber hacer nada mejor que dejarme asesinar por aquella turba de bárbaros, me lancé, con los ojos llenos de lágrimas, a una muerte segura.

Pronto topé con los enemigos, y a los pocos instantes no quedaba con vida ni uno solo de los rusos que combatían a mi lado. Quedé solo, lleno de orgullo, y arrojé mi vida a los bárbaros como una moneda a un mendigo, pero no la aceptaron. Me miraron como a alguien a quien se teme ofender, y me pareció que el destino respetaba mi desesperación.

Finalmente, uno de ellos, terriblemente acosado, se abalanzó sobre mí y me alcanzó, haciéndome caer. A partir de aquel momento perdí toda consciencia y no desperté hasta llegar a Paros, a donde fui conducido en un barco.

Por el ordenanza que me sacó de la batalla supe después que las dos naves que habían comenzado la lucha habían volado por los aires un momento después de que el cirujano y él me sacaran de allí en un bote. Los rusos habían prendido fuego al barco turco, y como el suyo estaba enganchado al otro, ardió con él.

Ya sabes cómo acabó esta terrible batalla. «Un clavo saca a otro», exclamé cuando supe que los rusos habían incendiado toda la flota turca, «así se exterminan a sí mismos los tiranos».

HIPERIÓN A BELARMINO

Seis días después de la batalla seguía hundido en un doloroso sueño similar a la muerte. Mi vida era como una noche interrumpida por dolores como por súbitos relámpagos. Lo primero que vi al recobrar el conocimiento fue a Alabanda. Como supe más tarde, no se había apartado ni un momento de mí, se había ocupado de mí casi solo, con una entrega inconcebible, con mil cariñosos cuidados domésticos en los que, fuera de esta ocasión, no había pensado nunca, y se le oyó gritar arrodillado ante mi cama: «¡Vive, amigo mío, para que yo viva!».

Fue un feliz despertar, Belarmino, cuando mis ojos volvieron a abrirse a la luz y vi ante mí, a través de las lágrimas, a aquel magnífico compañero.

Yo le tendía la mano y él, tan orgulloso, la besó con el ímpetu del amor. «¡Vive!» exclamó, «oh naturaleza salvadora, ¡qué buena eres, que todo lo curas! ¡A pesar de todo, no has abandonado a esta pobre pareja que vaga sin patria! Nunca olvidaré, Hiperión, cómo empezó a arder tu barco ante mi vista y, como en un trueno, arrastró consigo a la tripulación en una llama furiosa, y entre los pocos que se salvaron no había ningún Hiperión. Yo estaba fuera de mí, y el espantoso estruendo de la lucha no contribuía a calmarme. Sin embargo, pronto supe de ti, y volé a tu lado tan pronto como acabamos con el enemigo».

¡Y cómo veló por mí!, ¡cómo me mantuvo cautivo, con amoroso cuidado, en el círculo mágico de sus atenciones!, ¡cómo me enseñó sin palabras, con su gran calma, a comprender serena y virilmente el libre curso del mundo!

Oh vosotros, hijos del sol, las almas más libres: ¡cuánto se ha perdido al perder a este Alabanda! He buscado en vano, he implorado en vano a la vida desde que él se fue; no he encontrado nunca un alma de romano comparable a la suya. Libre de preocupaciones, espíritu profundo, valeroso, noble, ¿quién si no él fue un hombre? Y cuando se mostraba devoto y amistoso, entonces era como cuando la luz crepuscular juega en lo oscuro del roble majestuoso mientras sus hojas gotean todavía por la pasada tormenta.

HIPERIÓN A BELARMINO

Fue en los hermosos días del otoño cuando, medio curado de mi herida, pude volver a acercarme por primera vez a la ventana. Volvía a la vida con mayor serenidad en mis sentidos, y mi alma se había vuelto más atenta. El cielo alentaba

sobre mí con su más discreto encanto, y los cálidos rayos del sol descendían dulcemente, como una lluvia florecida. Había en aquella estación del año un espíritu grande, sereno y cariñoso, y la calma de lo completo, la delicia de la madurez en las ramas susurrantes, me envolvieron como la nueva juventud que los antiguos esperaban encontrar en su Elíseo.

Hacía mucho que no gozaba con alma pura la vida ingenua del mundo; mis ojos se abrían entonces con toda la alegría del reencuentro, y la deliciosa naturaleza había permanecido sin cambios en su hermosura. Mis lágrimas corrieron ante ella como una ofrenda expiatoria, y de mi antigua desesperación surgió, estremeciéndose, un corazón nuevo. «¡Oh sagrado mundo de las plantas», exclamé, «meditamos y buscamos, y sin embargo te tenemos a ti!, ¡luchamos con fuerzas mortales para construir lo hermoso, y sin embargo crece sin esfuerzo a nuestro lado!, ¿no es verdad, Alabanda? Los hombres están hechos para preocuparse de lo necesario; el resto se da solo. Y sin embargo… no puedo olvidar que yo he deseado mucho más».

«¡Ya tienes bastante con existir, amigo!» replicó Alabanda, «y no vuelvas a turbar otra vez con la tristeza la calma de tu existencia».

«También quiero descansar», dije. «Oh, quiero romper mis proyectos, mis exigencias todas, como reconocimientos de dudas. ¡Quiero conservarme puro como se mantiene un artista, quiero amarte a ti, vida inocente, vida del bosque y de la fuente!, ¡quiero honrarte a ti, oh luz del sol!, ¡quiero sosegarme en ti, Éter hermoso que vivificas a los astros, y también aquí das tu aliento a estos árboles y aquí en el interior del pecho nos tranquilizas! ¡Oh terquedad de los hombres!, ¡como un mendigo he agachado la cerviz, y los callados dioses de la naturaleza, con todos sus dones, me miraban!… ¿Sonríes, Alabanda? Con cuánta frecuencia, en nuestros primeros tiempos, has sonreído así cuando tu amigo charlaba ante ti, con la ebria temeridad de la juventud, mientras que tú, como un silencioso pilar del templo, permanecías de pie sobre los escombros del mundo, y debías sufrir porque crecían en tomo a ti los sarmientos silvestres de mi cariño… ¡ya ves!, cae como una venda de mis ojos y vuelven a estar vivos los antiguos días de oro».

«¡Ay!», exclamó, «¡con qué seriedad vivíamos, y ahora, qué ganas de vivir!».

«Cuando cazábamos en el bosque», dije, «cuando nos bañábamos en las olas del mar, cuando cantábamos y bebíamos, cuando entre la sombra de los laureles, con el sol y el vino, nos brillaban los ojos y los labios… era una vida única, y nuestro espíritu iluminaba nuestra felicidad juvenil como un cielo brillante».

«Por eso tampoco podemos separarnos el uno del otro», dijo Alabanda.

«¡Oh, tengo que hacerte una penosa confesión!», dije. «¿Me creerás si te digo que quise irme?, ¡de ti!, ¡que he buscado voluntariamente la muerte!, ¿no era eso carecer de corazón?, ¿estar fuera de sí?, ¡ay, y mi Diotima! Le escribí que me abandonara, y otra carta más la víspera de la batalla»…

«¿Y en ella le escribiste que pretendías encontrar tu fin en la lucha?», gritó. «¡Oh Hiperión! Pero probablemente tu última carta no le ha llegado aún. Apresúrate ahora

a escribirle que estás vivo».

«¡Querido Alabanda!», exclamé, «¡qué consuelo! Voy a escribirle ahora mismo y mando la carta con mi criado. Le ofreceré cuanto tengo para que se dé prisa y llegue todavía a tiempo a Calauria»…

«Y en cuanto a la otra carta, donde hablabas de renunciar, fácilmente te perdonará aquel alma hermosa», añadió.

«¿Me perdonará?», grité. «¡Oh vosotras, todas mis esperanzas!, ¡si aún llegara a ser feliz con aquel ángel!».

«Aún serás feliz», exclamó Alabanda; «todavía te queda la época más hermosa de la vida. El joven es un héroe, pero el hombre un dios cuando le es dado llegar a vivirlo».

Sus palabras iluminaban mi alma con una maravillosa claridad.

Las copas de los árboles se estremecían suavemente; brotaban astros del seno de la noche como flores de la tierra oscura, y la primavera del cielo me iluminaba con una alegría sagrada.

HIPERIÓN A BELARMINO

Unos momentos después, justo cuando iba a escribir a Diotima, entró otra vez Alabanda en la habitación. «¡Una carta, Hiperión!», gritó alegremente. Yo me estremecí y corrí hacia él.

«¡Cuánto tiempo», me escribía Diotima, «he tenido que vivir sin la menor señal de ti! Me has escrito contándome la fatal jornada de Misistra y contesté en seguida; pero según parece no has recibido mi carta. Pronto volviste a escribirme una carta breve y sombría, y me decías que te habías decidido a enrolarte en la flota rusa; volví a contestarte, pero tampoco recibiste esa carta; luego he esperado en vano desde mayo hasta ahora, a finales del verano, hasta que hace algunos días llegó la carta en que me dices que debería renunciar a ti ¡querido!

»Has confiado en mí, estabas seguro de que esa carta no podía ofenderme. ¡Eso alegró mi corazón en mi aflicción!

»¡Alto y desdichado espíritu!, te he comprendido demasiado bien. ¡Es tan natural que no quisieras amar nunca más porque tus mayores deseos desmayaban! ¿No vas a rechazar la comida si estás a punto de morir de sed?

»Pronto lo supe; yo no podía ser todo para ti. ¿Podía librarte yo de la traba de ser mortal?, ¿podía calmar la llama de tu pecho para la que no mana fuente alguna ni crece ninguna cepa?, ¿podía ofrecerte en una copa las alegrías de todo un mundo?

»Pero eso es lo que quieres. Eso es lo que necesitas, y no puedes hacer otra cosa. La impotencia sin límites de tus contemporáneos te habrá costado la vida.

»Aquél, como tú, cuya alma ha sido dañada, ya no puede encontrar reposo en la alegría particular; el que, como tú, ha sentido la insipidez de la nada, sólo se templa

en el espíritu más alto; el que ha tenido la experiencia de la muerte, como tú, sólo se repone entre los dioses.

»¡Felices los que no te comprenden! Quien te comprende, tiene que compartir tu grandeza y tu desesperación.

»Yo te encontré tal como eres. La primera curiosidad de la vida me impulsó hacia aquel ser singular. La delicadeza de tu alma me atrajo irresistiblemente, y con una falta de temor propia de un niño, jugué con tu peligrosa llama… Las bellas alegrías de nuestro amor te calmaron, ¡malvado!, sólo para hacerte aún más violento. También a mí me calmaron, me consolaron, me hicieron olvidar que en el fondo eras inconsolable y que también yo no estaba lejos de llegar a serlo desde que leí en tu amado corazón.

»En Atenas, entre las ruinas del Olimpión, volvió a asaltarme este pensamiento. Verdad es que en una hora menos grave pensé que la tristeza de aquel joven no sería probablemente tan grave e irremediable. Es tan poco frecuente que un hombre, desde sus primeros pasos en la vida, sienta así de golpe, tan rápida y profundamente, todo el destino de su época, y que este sentimiento quede ligado a él de forma imborrable porque no es ni lo suficientemente brutal como para rechazarlo, ni bastante débil para borrarlo con sus lágrimas…, esto, amado mío, es tan poco frecuente que casi no nos parece algo natural.

»Allí, en las ruinas de la sagrada Atenas, vi con gran claridad que se había pasado la página, que ahora caminan los muertos por la tierra, y los vivos, los hombres-dioses, están debajo; allí lo vi escrito en tu rostro demasiado literal y realmente, allí te di para siempre razón. Pero al mismo tiempo me pareciste también más grande. Me pareciste un ser lleno de secreta energía, lleno de profundos significados latentes, un joven único y lleno de esperanza. “Aquél a quien el destino habla tan fuerte, puede hablarle aún más fuerte al destino”, me decía; “cuanto más profundo es su sufrimiento, más profundo es su poder”. De ti, sólo de ti esperaba yo toda curación. Te vi partir. Te vi actuar. ¡Oh, qué metamorfosis! Fundado por ti, el jardín de Academo reverdecía sobre los atentos discípulos, y el arce del Iliso volvió a escuchar, como antaño, sagrados diálogos.

»El genio de nuestros jóvenes alcanzó pronto en tu escuela la gravedad de los antiguos, y sus juegos efímeros se convirtieron en inmortales, pues se avergonzaban de ellos y consideraban cautividad el vuelo de la mariposa…

»A aquél le hubiera bastado con montar un caballo; hoy es jefe de ejército. El otro se hubiera contentado sobradamente con cantar una cancioncilla vana; hoy es un artista. Pues tú habías desplegado ante ellos en lucha abierta las fuerzas de los héroes, las fuerzas del mundo; tú les habías dado a resolver los enigmas de tu corazón; así aprendían esos jóvenes a reunir en sí todo lo grande, aprendían a comprender el juego de la naturaleza, todo alma, y olvidaban la frivolidad… ¡Hiperión, Hiperión!, ¿no hiciste tú de mí, que carecía de palabras, tu musa? Pues lo mismo sucedió con los demás.

»Desde entonces, a aquellos hombres, unidos por el compañerismo, no les resultaba fácil separarse; ya no vagaban y se mezclaban como la arena en la tormenta del desierto; la juventud y la vejez no se reían ya una de otra; nunca faltaba un huésped para el forastero; nunca se dividían los compañeros de una misma patria, y los amantes nunca se hacían sufrir; se refrescaban en tus fuentes, oh naturaleza, en las sagradas alegrías que misteriosamente brotan de tus profundidades y rejuvenecen el espíritu; y los dioses devolvían el consuelo a las maltrechas almas de los hombres; los dioses, guardianes de los corazones, protegían toda unión amistosa entre ellos. Porque tú, Hiperión, habías sanado los ojos a tus griegos para que vieran lo que está vivo, y habías encendido el entusiasmo que dormía en ellos como el fuego en la leña, y sentían este callado y constante entusiasmo de la naturaleza y de sus hijos puros. ¡Ah!, los hombres ya no se enfrentaban al mundo y su hermosura como los profanos al poema del artista cuándo alaban las palabras y sólo ven en él el lado útil. Tú, naturaleza viva, te convertiste en un ejemplo mágico para los griegos, e inflamada por la felicidad eternamente joven de los dioses, toda la humanidad era una fiesta, como en la antigüedad; y la luz de Helios, más hermosa que una música guerrera, conducía a la acción a los jóvenes héroes.

»¡Pero silencio, silencio! Fue mi más hermoso sueño, el primero y el último. Eres demasiado orgulloso para seguir ocupándote de esta raza malvada. Y haces bien. Tú les conducías a la libertad y ellos pensaban en la rapiña. Tú les condujiste en triunfo a su antigua Lacedemonia, y esos monstruos la saquearon y tú, noble hijo, fuiste maldito por tu padre, y no hay sima ni espesura lo bastante segura para ti en esta tierra griega que tú has respetado como cosa sagrada, que tú has amado más que a mí.

»¡Oh Hiperión mío!, desde que sé todo esto ya no soy aquella dulce muchacha que era. La indignación me arrastra tan lejos que apenas puedo mirar a la tierra, y mi corazón maltrecho se estremece sin tregua.

»Vamos a separarnos. Tienes razón. Tampoco yo quiero hijos; pues no quisiera criarlos para un mundo de esclavos, y como pobres plantas se marchitarían ante mis ojos en esta tierra árida.

»¡Adiós, fiel amigo! Vete a algún lugar donde te parezca que valga la pena entregar tu alma. Seguro que se puede elegir todavía un sitio en el mundo, un altar donde puedas librarte de tu carga. Sería una lástima que todas las buenas fuerzas desaparecieran como una imagen soñada. Aunque también, si decides acabar, volverás a los dioses, volverás a la vida santa, libre y joven de la naturaleza, de la que saliste, y ése es ahora tu único deseo y también el mío».

Esto fue lo que ella me escribió. Yo estaba conmovido hasta la médula, lleno de espanto y de alegría, pero traté de recobrarme para encontrar palabras con que responderle.

«¿Consientes, Diotima?», le escribí; «¿apruebas mi renuncia?, ¿la has podido comprender?… ¡Alma fiel! ¿Y has podido acomodarte a ello?, ¿has podido acomodarte incluso a mis más sombríos desvaríos, ¡celeste paciencia!, y te has

sacrificado, te has ensombrecido por amor, ¡hija feliz de la naturaleza!, y te has hecho igual a mí y has santificado mi tristeza con tu consentimiento? ¡Bella heroína!, ¿qué corona no mereces?

»¡Pero basta ahora de tristeza, amor mío! Tú me has seguido en mi noche, ¡ven ahora y deja que yo te siga hasta tu luz! ¡Volveremos a tu gracia, hermoso corazón! ¡Permíteme, naturaleza esplendorosa, volver a contemplar tu calma, y adormecer para siempre mis excesos ante tu imagen de paz!

»¿No es verdad, fiel amiga, que aún no es demasiado tarde para mi vuelta y que me acogerás de nuevo y que puedes volver a amarme igual que entonces? ¿No es verdad que aún no hemos perdido la felicidad de los días pasados?

»Yo he llevado todo a sus extremos límites. Me he comportado de manera ingrata con nuestra tierra materna, he malgastado mi sangre y todos los dones de amor que ella me entregó, como quien arroja a un criado una propina, y ¡ay!, aún me he comportado de una manera mil veces más ingrata contigo, santa muchacha, que me acogiste en tu paz a mí, un ser desgarrado de espanto, en cuyo pecho oprimido quedaban tan pocas luces de juventud como tallos de hierba en un camino frecuentado. ¿No fuiste tú quien me llamó a la vida?, ¿no era yo tuyo?, ¿cómo pude entonces…? ¡Oh, espero que no lo sepas, que no tengas en tus manos la carta fatal que te escribí antes de la última batalla! Entonces quise morir, Diotima, y creía realizar así una tarea sagrada. Pero ¿cómo puede ser sagrado algo que separa a los que se aman?, ¿cómo puede ser sagrado lo que destruye la ferviente felicidad de nuestra vida?… ¡Diotima!, ¡vida bien nacida! Con todo esto me he convertido en mucho más semejante a ti en tu sustancia, he aprendido por fin a respetar, he aprendido a conservar lo que hay de bueno y de sincero en la tierra. ¡Oh!, aunque pudiera llegar a lo alto, a las resplandecientes islas del cielo, ¿encontraría allí más de lo que encuentro en Diotima?

»¡Ahora escúchame, amada mía!

»En Grecia no puedo quedarme, ya lo sabes. Al despedirse de mí, mi padre me ha enviado lo suficiente, de lo que a él le sobra, para que podamos refugiarnos en algún valle sagrado de los Alpes o de los Pirineos y poder comprar allí una casa amiga y también bastante tierra verdeante como sea necesaria para alcanzar la dorada mediocridad de la vida.

»Si quieres, acudiré en seguida; mis fieles brazos os conducirán a ti y a tu madre y besaremos la costa de Calauria y secaremos nuestras lágrimas, y por el istmo llegaremos aprisa hasta el mar Adriático, desde donde un seguro navío nos conducirá más lejos.

»¡Oh, ven! El secreto de nuestros corazones descansará en las profundidades de las montañas como la piedra preciosa en la mina; en el seno de los bosques que escalan el cielo nos sentiremos como entre las columnas del templo más resguardado, a donde no llegan los impíos, y nos sentaremos junto a la fuente, contemplaremos en su espejo nuestro mundo, el cielo, la casa, el huerto y a nosotros mismos. A menudo

nos pasearemos en la noche serena a la sombra de nuestro vergel y escucharemos al amado dios que hay en nosotros, mientras las plantas levantarán sus cabezas dobladas por el sol de mediodía y la callada vida de sus flores se refrescará cuando sumerjan en el rocío sus tiernos brazos y la brisa nocturna, con su aliento, las envolverá y penetrará y sobre nosotros florecerá la pradera celeste con todas sus brillantes flores, y en un extremo, detrás de las nubes del oeste, la luz de la luna imitará tímidamente, como por amor, la puesta del joven sol…, y luego, por la mañana, cuando nuestro valle, como el lecho de un río, se llene de una luz cálida y su dorada corriente fluya en silencio entre nuestros árboles y envuelva nuestra casa y las acogedoras habitaciones, embellecerá tu obra y tú caminarás en ese brillo solar y bendecirás mi día con tu gracia, ¡amor!, y luego, cuando celebremos de esta manera las delicias de la mañana, y la activa vida de la tierra, como un fuego sacrificial, se encienda ante nuestros ojos y vayamos entonces también nosotros a cumplir nuestra tarea cotidiana, a echar también una parte de nosotros en la llama ascendente, ¿no dirás entonces que somos felices, que somos otra vez como los antiguos sacerdotes de la naturaleza, santos y alegres, que fueron piadosos antes de que se alzara templo alguno?

»¿He dicho bastante? ¡Ahora decide mi destino, amada mía, y pronto!… Es una suerte que siga estando medio enfermo desde la última batalla y que no haya sido licenciado de mi servicio; de no ser así no habría podido quedarme aquí; habría tenido que ir yo mismo, preguntarte, y esto no estaría bien, sería hacerte violencia…

»¡Ay, Diotima, locos e inquietos pensamientos asaltan mi corazón y, sin embargo…, no puedo pensar que también esta esperanza deba zozobrar!

»¿No te habrás elevado demasiado para volver otra vez a la felicidad de la tierra? La violenta llama espiritual encendida en tu dolor, ¿no consume cuanto de mortal hay en ti?

»Sé muy bien que el que se enoja fácilmente con el mundo se reconcilia también más fácilmente con él. Pero tú, con tu calma infantil; tú, tan feliz antes en tu elevada humildad, Diotima, ¿quien te reconciliará si el destino consigue enfadarte?

»¡Amada vida mía!, ¿ya no hay en mí ningún poder capaz de curarte? De todos los sonidos del corazón, ¿no hay ninguno que te vuelva a llamar a la vida de los hombres, donde antes te demorabas tan graciosamente, con las alas plegadas? ¡Ven, quédate aquí, entre dos luces! Porque esta región de las sombras es el elemento del amor, y sólo aquí brota del cielo de tus ojos el silencioso rocío de la melancolía.

»¿No piensas ya en nuestros días de oro, en aquellos días llenos de gracia, divinamente melódicos?, ¿no los oyes susurrar desde todos los bosquecillos de Calauria?

»Además, ya ves, muchas cosas en mí se han ido a pique y no tengo ya demasiadas esperanzas. Del incendio he salvado, como una divinidad doméstica, tu imagen con su sentido celeste. Nuestra vida, la nuestra, está todavía intacta en mí. ¿Debería ir a enterrarla también a ella? ¿Debo errar sin reposo y sin meta de un lugar extranjero a otro? ¿Para eso he aprendido a amar?

»¡Oh no! ¡Tú eres la primera y la última! Tú eras mía, y mía seguirás siendo».

HIPERIÓN A BELARMINO

Estaba yo sentado con Alabanda en una colina de la región, a la amable tibieza del sol, y a nuestro alrededor jugaba el viento con las hojas caídas. La tierra estaba en silencio; sólo de vez en cuando resonaba en el bosque un árbol al caer, abatido por el leñador, y junto a nosotros murmuraba la efímera torrentera, camino del mar en calma.

Estaba bastante tranquilo; esperaba ver pronto a mi Diotima, vivir pronto con ella en silenciosa felicidad. Alabanda me había librado de todas mis dudas, tan seguro estaba él mismo a este respecto. También él estaba sereno, aunque en otro sentido. El futuro ya no tenía poder alguno sobre él. ¡Oh, yo no lo sabía! Había llegado al final de sus alegrías, contemplaba el mundo con todos sus derechos, con toda su naturaleza triunfante, inútil a sí mismo, ineficaz y solo, y él dejaba que pasara aquello como si hubiera perdido un juego que sólo fuera un pasatiempo.

Entonces llegó hasta nosotros un mensajero. Nos traía la licencia del servicio militar que ambos habíamos solicitado de la flota rusa, porque para nosotros no había nada que hacer que mereciera la pena. Ya podía abandonar Paros cuando quisiera. Y ya estaba también lo bastante restablecido como para poder viajar.

No quería esperar la respuesta de Diotima, quería llegar hasta ella; era como si un dios me empujara hacia Calauria. Cuando Alabanda me oyó decir esto se mudó su color y me miró con tristeza. «¿Tan fácil le resulta a mi Hiperión», dijo, «abandonar a su Alabanda?».

«¿Abandonarte?», pregunté. «¿Por qué?».

«¡Oh soñadores perdidos en vuestros sueños!», exclamó, «¿es que no ves que tenemos que separarnos?».

«¿Por qué tengo que verlo?», contesté. «Tú no has hablado nunca de eso, y cuando me pareció ver en ti en alguna ocasión algo que podía interpretarse como una despedida, prefería tomarlo como una broma, como un exceso cordial…».

«¡Ah!», exclamó, «conozco ese juego divino del amor cuando es rico, que se crea a sí mismo necesidades para descargarse de lo que le sobra, y quisiera que pasara eso conmigo, buen amigo, pero esta vez va en serio».

«¿En serio?», grité. «¿Y por qué?».

«Querido Hiperión», dijo dulcemente, «porque no me gustaría ser un estorbo para tu felicidad futura, porque debo temer la cercanía de Diotima. Créeme, es peligroso vivir junto a los que se aman, y a un corazón desocupado, como ahora está el mío, le resulta difícil soportarlo».

«¡Ay, mi buen Alabanda», dije sonriente, «qué mal te conoces a ti mismo! Tú no eres blando como la cera y tu alma firme no traspasa tan fácilmente sus límites. Por

primera vez en tu vida tienes grillos en la cabeza. Te has dedicado aquí a hacer de enfermero mío y ya se ve que no habías nacido para eso. La inacción te ha vuelto cobarde…».

«¿Lo ves?», dijo, «de eso se trata. Mi vida con vosotros, ¿sería más activa? ¡Y si se tratara de otra mujer! ¡Pero esa Diotima! ¿Podría hacer yo otra cosa? ¿Podría darle solamente la mitad de mi alma? ¿A ella, que es tan total y profundamente una sola vida, divina e indivisa? Créeme, sería infantil el intento de querer ver a ése ser sin amarlo. ¿Me miras como si no me conocieras? Verdad es que estos últimos días me he vuelto un extraño para mí mismo desde que está tan vivo su ser en mí».

«¿Y por qué no puedo regalártela?», exclamé.

«¡Deja eso!», dijo; «no me consueles, porque no hay nada de que consolarme. Estoy solo, solo, y mi vida se escapa como la arena en el reloj».

«¡Alma grande!», exclamé, «¿tenías que llegar a esto?».

«¡No te entristezcas!», dijo. «Ya empezaba a caer por esta pendiente cuando nos encontramos en Esmirna. ¡Sí! ¡Cuando yo era todavía un grumete y mi espíritu y mis miembros se hicieron fuertes y ágiles con la comida frugal y las tareas arriesgadas! Cuando, suspendido en lo alto del mástil en el aire sereno, tras una noche de tormenta, bajo el pabellón flotante, contemplaba las aves marinas sobre el abismo reluciente, cuando a menudo en plena batalla nuestros barcos furiosos hendían el mar como el colmillo del jabalí la tierra, y yo estaba al lado de mi capitán con mirada clara… entonces vivía, ¡oh, sí, entonces estaba vivo! Y mucho después, cuando encontré a aquel joven tiniota en la playa de Esmirna, con su seriedad, su amor, y mi alma helada empezó a derretirse bajo la mirada de aquel joven, y aprendió a amar y a considerar sagrado cuanto es demasiado bueno para enseñorearse de ello a la fuerza, cuando empecé con él una nueva vida y germinaron en mí nuevas fuerzas, más ardientes, para gozar del mundo y también para luchar con él, entonces volví a tener esperanza… ¡Ay!, y todo lo que esperaba y tenía estaba ligado a ti; yo te sujeté a mí, quería arrastrarte a la fuerza a mi propio destino, te perdí, te volví a encontrar, nuestra amistad era mi único mundo, mi tesoro, mi gloria; ahora también ella se acaba, para siempre, y mi existencia ya no tiene sentido».

«¿Es verdad eso?», pregunté con un suspiro.

«¡Tan verdadero como el sol!», exclamó; «pero déjalo en paz, ya está todo previsto».

«¿Cómo es eso, Alabanda?», dije.

«Déjame que te lo cuente», respondió. «Aún no te he hablado nunca de un determinado asunto. Y además… nos tranquilizará a los dos un poco hablar del pasado.

»Andaba yo un día, desamparado, por el puerto de Trieste. La nave corsaria en que servía había naufragado algunos años antes y a duras penas conseguí llegar con unos cuantos a las costas de Sevilla. Mi capitán se había ahogado y mi vida y mis ropas chorreantes era todo lo que me quedaba. Me desnudé y me tumbé al sol y puse

mi ropa a secar en unos matorrales. Luego seguí mi camino hacia la ciudad. Antes de cruzar sus puertas vi que había, en los huertos, una alegre reunión; fui hada ella y canté una divertida canción griega. Triste, no conocía ninguna. Al hacerlo enrojecía de vergüenza y dolor por tener que exhibir de aquella manera mi infortunio. Yo era un muchacho de dieciocho años, salvaje y orgulloso, y odiaba mortalmente verme convertido en objeto de los comentarios de la gente. “Perdonadme”, dije cuando acabé con mi canción, “acabo de naufragar y por ahora no sé hacer al mundo mejor servicio que el de cantarle”. Esto lo dije, mal que bien, en español. Un hombre de rostro magnífico se me acercó, me dio dinero y dijo en nuestra lengua, sonriente: “¡Toma! Cómprate con esto una piedra de afilar y aprende a vaciar cuchillos, y así podrás recorrer el país”. El consejo me gustó. “¡Señor, así lo haré!”, respondí. Los demás también me obsequiaron con largueza y luego partí e hice lo que aquel hombre me había aconsejado, y así anduve dando vueltas una temporada por España y Francia.

»A menudo te he contado, divertido, todo lo que me sucedió en aquella época, cómo con el contacto de los mil rostros de la servidumbre se agudizó mi amor a la libertad, y cómo algunas duras necesidades hicieron crecer en mí el valor necesario para vivir, y el buen sentido.

»Yo ejercía mi vagabundo e inocente oficio con alegría, pero al final me lo fueron amargando.

»Como mi aspecto no acababa de ser todo lo vulgar que era preciso, tomaban mi oficio por un disfraz, se imaginaban que yo realizaba en secreto algún negocio peligroso, y realmente fui encarcelado un par de veces. Esto fue lo que me decidió a abandonarlo, y con el poco dinero que había ganado emprendí el regreso a mi patria, de la que antes había huido. Así llegué a Trieste, y pretendía bajar por Dalmacia. Pero allí, a consecuencia del duro viaje, me asaltó una enfermedad que se llevó mi parca riqueza. Así andaba yo, aún a medio curar, tristemente, por el puerto de Trieste, cuando de pronto descubrí ante mí al hombre que en Sevilla se había interesado por mí. Se alegró sobremanera de volverme a ver; me dijo que a menudo se había acordado de mí y me preguntó qué tal me había ido en todo este tiempo. Le conté todo. “Ya veo”, exclamó, “que no ha sido inútil enviarte un poco a la escuela del destino. Has aprendido a soportar; ahora podrás actuar cuando quieras”.

»Estas palabras, el tono de su voz, su apretón de manos, su expresión, su mirada, todo aquello, como una fuerza divina, sacudió mi ser, que a partir de la enfermedad se había vuelto más inflamable que nunca, y me entregué.

»El hombre de que hablo, Hiperión, era uno de aquellos que viste en Esmirna conmigo. Ya a la noche siguiente me llevó a una solemne reunión. Un estremecimiento me recorrió cuando entré en el salón y mi acompañante me señaló a los primeros hombres, diciendo: “Ésta es la Liga de Némesis”. Embriagado al pensar en el gran campo de acción que ante mí se abría, puse mi sangre y mi alma al entero servicio de aquellos hombres. Poco después se levantó la reunión, que debía volver a

congregarse en años sucesivos en otros sitios, y cada cual emprendió el camino que le había sido prescrito por el mundo. Yo fui agregado a aquellos que unos años más tarde encontraste en mi casa, en Esmirna.

»La coerción en que vivía me atormentaba a menudo; además, no acababa yo de ver los grandes efectos de la Liga y mis ganas de acción encontraban en ella un pobre alimento. Pero todo esto no era suficiente para justificar una deserción. Finalmente, la pasión por ti me indujo a ello. Te lo he dicho muchas veces: cuando tú no estabas, era como si me faltaran el aire y el sol y no tenía otra elección: debía renunciar a ti o a la Liga. Ya ves qué elegí.

»Pero todos los actos humanos acaban por tener su castigo, y sólo los dioses y los niños escapan de la Némesis.

»Yo había dado preferencia al derecho divino del corazón. Por aquel a quien amaba rompí mi juramento. ¿No era justo? ¿No debe el más noble de los deseos ser también el más libre?… Mi corazón me tomó la palabra; le di la libertad y ya ves, la necesitaba.

»Si rindes homenaje una sola vez al genio, éste no te tolerará ningún obstáculo mortal, y romperá todos los lazos de tu vida.

»Rompí mis compromisos por un amigo y rompería la amistad por el amor de Diotima, y al final acabaría matándonos, a ella y a mí, porque no conseguiríamos fundirnos en uno. Pero no ha de ser ése mi camino; si debo expiar lo que hice, lo haré con libertad; quiero elegir mis propios jueces; me entregaré a quienes he faltado».

«¿Hablas de tus hermanos de la Liga?», grité. «¡Oh, Alabanda, no hagas eso!».

«¿Qué más pueden quitarme que la vida?», me respondió. Luego me cogió la mano con dulzura y me dijo: «Hiperión, mi tiempo se acaba, y ahora sólo me queda elegir un final noble. ¡Déjame! ¡No me hagas de menos, y ten fe en mi palabra! Sé tan bien como tú que aún podría fingir una existencia, que podría, ahora que ha terminado el banquete de la vida, jugar todavía con las migajas, pero yo no puedo hacer eso; y tú tampoco. ¿Necesito decirte algo más? ¿No te hablo desde el fondo de tu alma? ¡Tengo sed de aire, de frescor, Hiperión! Mi alma desborda en mí y ya no cabe en sus antiguos límites. Pronto llegarán los hermosos días de invierno en que la tierra oscura no es más que el espejo azogado del cielo reluciente; sería una buena época, ¡en ella resplandecen con extraordinaria hospitalidad esas islas de luz!… ¿Te asombran mis palabras? ¡Querido!, los que se separan hablan todos como borrachos, y les gusta ser solemnes. Cuando el árbol empieza a marchitarse, ¿no tienen todas sus hojas el color del alba?».

«¡Oh alma grande!», grité, «¿debo compadecerme de ti?».

Yo sentía en su exaltación lo profundo de su sufrimiento. Nunca en mi vida había soportado yo tal dolor. Y, sin embargo, ¡oh Belarmino!, sin embargo, sentía también la mayor de todas las alegrías por tener ante mis ojos y en mis brazos tal imagen de los dioses.

«¡Sí, muere», grité, «muere! Tu corazón es bastante grande, tu vida está madura

como las uvas en un día de otoño. ¡Parte, ser perfecto!, yo iría contigo si no hubiera una Diotima».

«¿Vuelvo a tenerte?», respondió Alabanda. «¿Eres tú quien habla así? ¡Qué profundo, qué lleno de alma se vuelve todo cuando mi Hiperión se ocupa de ello!».

«¡Oh dioses!», grité. «¡Me alaba para arrancarme por segunda vez esa palabra imprudente! ¡Para obtener de mí permiso para correr a ese tribunal sangriento!».

«No te alabo», contestó con seriedad; «tengo derecho a hacer lo que tú quieres impedir, y no es un derecho común. ¡Respétalo!».

Había en sus ojos un fuego que me aniquiló como un mandamiento divino, y no osé decir ni una sola palabra más en contra suya.

«No lo harán», pensaba mientras tanto, «no pueden hacerlo. Es demasiado sin sentido sacrificar, como una víctima, una vida tan admirable». Este pensamiento me tranquilizó.

Fue un provecho singular volver a escucharle la noche siguiente, después de que ambos hiciéramos nuestros preparativos de viaje y saliéramos antes del amanecer para volver a estar juntos otra vez.

«¿Sabes», me dijo, entre otras cosas, «por qué no me ha preocupado nunca la muerte? Yo siento en mí una vida que no ha creado ningún dios ni engendrado mortal alguno. Creo que existimos por nosotros mismos, y que sólo nuestro libre impulso nos une tan íntimamente con el todo».

«Nunca había escuchado de ti nada parecido», contesté.

«¿Y qué sería», continuó, «qué sería este mundo si no fuera un acorde de seres libres? Si los vivientes no actuaran en él conjuntamente desde un principio empujados por un impulso propio y alegre, en el sentido de una sola vida a muchas voces, ¡qué leñoso sería, que frío, qué chapuza sin corazón!».

«Y así será verdad en su más alto sentido», respondí, «que, sin libertad, todo está muerto».

«¡Claro que sí!», exclamó; «si ni una sola brizna de hierba crece si no hay en ella un germen de vida propio, ¡cuánto más en mí! Y por eso, amigo mío, porque me siento libre en el más alto sentido, porque me siento sin comienzo, por eso creo que no tengo fin, que soy indestructible. Si me ha hecho la mano de un alfarero, que rompa su vasija cuando guste. Pero lo que vive en ella debe ser increado, debe ser en su germen de naturaleza divina, elevado sobre todo poder y todo arte, y por tanto, invulnerable, eterno.

»Cada cual tiene sus misterios, querido Hiperión, sus pensamientos secretos; éstos fueron los míos desde que empecé a pensar.

»Lo que vive es indestructible, incluso en su más profunda servidumbre sigue siendo libre, sigue siendo uno, y aunque lo dividas a fondo, y sigue ileso aunque lo rompas hasta la médula su ser, victorioso, escapará de entre tus manos…

»Pero ya se levanta la brisa del amanecer; nuestros buques están despiertos. ¡Oh Hiperión mío, ya lo he superado! He querido ser capaz de pronunciar en contra de mi

corazón una sentencia de muerte, y de separarnos a ti y a mí, ¡preferido de mi vida! Ahora, ¡respétame! ¡Ahórrame la despedida! ¡Vamos, rápido! ¡Ven…!».

Al oírle decir aquello sentí un hielo correr por todos mis miembros.

«¡Oh, por amor a tu fidelidad, Alabanda!», grité, echado a sus pies. «¿Tiene que ser, tiene que ser así? Tú me has aturdido de manera desleal, me has envuelto en un vértigo. ¡Hermano!, ¿no me has dejado ni la suficiente razón para preguntarte adonde vas?».

«¡No puedo decirte el nombre del lugar, querido corazón!», respondió. «Sin embargo, es posible que nos volvamos a ver alguna vez».

«¿Volver a vernos?», repliqué. «¡Eso me enriquece con una esperanza! Y así me iré enriqueciendo con creencias, y al final todo será esperanzado para mí».

«¡Querido!», exclamó, «cuando las palabras ya no son una ayuda, ¡callémonos, acabemos virilmente! Tú estás echando a perder estos últimos instantes».

Nos habíamos ido acercando al puerto.

«¡Una cosa más!», dijo cuando llegamos junto a su barco. «¡Saluda a tu Diotima! ¡Amaos! ¡Sed felices, almas hermosas!».

«¡Oh Alabanda!», grité, «¿por qué no puedo ir yo en tu lugar?».

«Tu tarea es más bella», respondió, «¡cúmplela! Tú perteneces a aquel ser lleno de grada; ella es desde ahora tu mundo… Y como no hay felicidad sin sacrificio, ¡oh destino, tómame a mí de víctima y deja a los amantes su alegría…!».

La emoción de su corazón empezó a sobrepasarle; se apartó bruscamente de mí y saltó al barco para abreviar nuestra despedida. Yo sentí en aquel momento como un rayo al que siguieran la noche y un silencio de muerte, pero en medio de aquel anonadamiento, mi alma sacó fuerzas de flaqueza para retener al amigo que partía, y mis brazos se tendieron hacia él por sí solos. «¡Piedad! ¡Alabanda, Alabanda!», grité, pero desde el barco me llegó sólo un sordo adiós.

HIPERIÓN A BELARMINO

Hizo la casualidad que el buque que debía conducirme a Calauria permaneciera anclado hasta la tarde, mientras Alabanda había emprendido su camino ya de mañana.

Yo me quedé en la ribera, mirando en silencio al mar, cansado por el dolor de la despedida, dejando pasar una hora tras otra. Mi espíritu recapitulaba los días dolorosos de mi juventud que expiraba lentamente, y planeaba sin rumbo sobre el porvenir como una hermosa paloma. Quise darme ánimos y tomé mi laúd, hacía tiempo olvidado, para cantarme a mí mismo una canción al destino que en los días felices y no apreciados de la juventud había aprendido de mi amigo Adamas.

¡Andáis arriba, en la luz,
por blando suelo, genios felices!
Espléndidas brisas divinas
os rozan apenas,
como los dedos de la artista
las cuerdas sagradas.

Carentes de destino, como el niño
dormido, respiran los celestes;
con pudor preservado
en humilde capullo,
florece eternamente
el espíritu en ellos,
y sus ojos felices
contemplan en tranquila
y eterna claridad.

Pero a nosotros no nos es dado
descansar en ninguna parte;
desaparecen, sufren
los hombres, caen
ciegamente de una
hora en otra,
como agua, de roca
en roca arrojada
durante años a la incertidumbre.

Así canté, acompañándome con el laúd. Apenas había acabado, cuando llegó una barca en la que reconocí en seguida a mi criado, que me traía una carta de Diotima. «¿Así que aún estás en este mundo», me escribía, «y sigues viendo la luz del día? ¡Querido mío, yo creía que nos encontraríamos en otra parte! Recibí antes de lo que tú, después, hubieras deseado, la carta que escribiste antes de la batalla de Tscherma, y por eso viví durante una semana creyendo que te habías arrojado en los brazos de la muerte, hasta que llegó tu criado con la feliz embajada de que vivías. Aparte de eso, me contaron unos días después de la batalla que el barco en el que te sabía había volado por los aires con toda su tripulación.

»Pero, ¡oh dulce voz!, vuelvo a oírte de nuevo, el lenguaje del amor me ha tranquilizado otra vez como aire de mayo, y tus hermosas esperanzas de alegría, la encantadora visión de nuestra felicidad futura, me han ilusionado también a mí por un momento.

»Querido soñador, ¿por qué tengo que despertarte? ¿Por qué no puedo decirte:

ven y haz realidad los hermosos días que me prometes? Pero es demasiado tarde. Tu amada está marchita desde que tú te fuiste, un fuego interior me ha consumido lentamente, y sólo quedan de mí ligeros restos. ¡No te enfades! Todo lo que hay en la naturaleza se purifica, y el florecer de la vida se libera en todas partes cada vez más de la grosera materia.

»¡Queridísimo Hiperión, seguro que no pensabas oír este año mi canto del cisne!

CONTINUACIÓN

»En cuanto te fuiste, incluso antes, en los días de nuestra separación, empezó esto. Una fuerza en mi espíritu que me asustaba, una vida interior ante la que empalidecía y acababa por desaparecer la vida terrestre como las lámparas nocturnas a la luz del amanecer… ¿Debo confesarlo? Me habría gustado ir a Delfos y construir al dios del entusiasmo un templo en las rocas del antiguo Parnaso, y, como una nueva pitonisa, inflamar con oráculos a los pueblos dormidos, y ¡mi alma puede atestiguarlo!, las palabras de la doncella hubieran abierto los ojos a todos los abandonados por los dioses y desarrugado sus frentes sombrías, ¡tan poderoso era en mí el espíritu de la vida! Pero una fatiga cada vez mayor pesaba sobre mis miembros mortales, y ese peso angustioso me iba hundiendo sin compasión. ¡Ay cuántas veces, en el pabellón de mi jardín, he llorado las rosas de la juventud! Cada día se marchitaban un poco más, y las mejillas de tu amada sólo enrojecían con las lágrimas. Seguían estando los árboles de antes, estaba el pabellón de antes… y en otro tiempo estaba allí tu Diotima, tu niña, Hiperión, allí, ante tus ojos felices, una flor entre las flores, y en ella se conjugaban apaciblemente las fuerzas de la tierra y del cielo. Y ahora caminaba como una extraña entre los capullos de mayo, y sus confidentes, las amadas plantas, le saludaban llenas de amistad, pero ella sólo podía ocuparse de su tristeza; sin embargo, no pasé de largo ante ninguna, sino que me despedí uno a uno de todos los compañeros de mis juegos juveniles, de los bosques y las fuentes, y de las colinas rumorosas.

»Ah, a menudo he llegado todavía, con un fuerte pero dulce esfuerzo, mientras he sido capaz de ello, hasta la altura en que viviste con Notara, y he hablado de ti con nuestro amigo con el aspecto más alegre que me resultaba posible, para que él no te escribiera nada acerca de mí; pero pronto, cuando el corazón latía con demasiado estrépito, me escapaba disimuladamente al jardín, y allí me quedaba en la barandilla sobre las rocas, desde donde mirábamos a lo hondo y a la naturaleza abierta ante nosotros, ¡ay!, donde sentí, retenida por tus manos, arropada por tus ojos, el primer ardiente estremecimiento del amor, y deseaba verter mi alma rebosante, como una libación, en el abismo de la vida… y ahora andaba tambaleándome y gritaba al viento mi pena, y mi mirada, como un pájaro huraño, erraba sin atreverse apenas a mirar la tierra hermosa de la que debía separarme».

CONTINUACIÓN

«Eso es lo que ha pasado con tu amada, Hiperión. ¡No te preguntes cómo, no te intentes explicar esta muerte! El que piensa en sondear tales destinos acaba maldiciéndose a sí mismo y a todo lo demás, y, sin embargo, nadie es responsable de ello.

»¿Debo decir que me ha matado la pena por ti? ¡Oh, no, no! Yo di la bienvenida a esa pena, ella dio forma y encanto a la muerte que yo llevaba en mí; ahora podía decirme: mueres por tu amado…

»¿O es que mi alma ha madurado en exceso con los entusiasmos de nuestro amor y por eso no cabe ya en los modestos límites de su patria, como un joven ambicioso? ¡Dímelo! ¿Fue la exuberancia de mi corazón la que me enemistó con esta vida mortal? ¿Se volvió en mí la naturaleza por culpa tuya, soberano mío, demasiado orgullosa para consentir en aguantar más tiempo en este astro mediocre? Ya que tú le enseñaste a volar, ¿por qué no enseñas también a mi alma a volver a ti? Tú has encendido esta llama enamorada del Éter, ¿por qué no la has alimentado en mí? ¡Escúchame, amor mío!, te lo pido por la hermosura de tu alma, ¡no te acuses nunca de mi muerte!

»¿Acaso podías retenerme, si tu destino te marcaba el mismo camino? Y si en medio del combate heroico de tu corazón me hubieras predicado; ¡aprende a resignarte, hija mía, y acomódate a tu época!…, ¿no hubieras sido el más vano de los hombres?».

CONTINUACIÓN

«Voy a decirte francamente lo que creo. Tu llama vivía en mí, tu espíritu había pasado a mí; pero esto difícilmente me hubiera dañado, y sólo tu destino ha convertido en muerte mi nueva vida. Mi alma se había vuelto por ti demasiado poderosa; también por ti se hubiera tranquilizado de nuevo. Tú arrebataste mi vida a la tierra, tú hubieras tenido también poder para sujetarme a la tierra, tú hubieras aprisionado mi alma en tus brazos como en un círculo mágico; ¡ay!, una sola de tus palabras de amor habría hecho de mí de nuevo una criatura sana y alegre; pero como tu propio destino te llevaba a la soledad del espíritu como el diluvio lleva el agua hasta la cima de la montaña, sólo entonces, cuando me convencí por completo de que la tempestad de la lucha había abierto tu calabozo, y que mi Hiperión había levantado el vuelo hacia la antigua libertad, entonces se decidió para mí lo que pronto se cumplirá.

»Yo he necesitado muchas palabras, mientras la noble romana murió en silencio cuando su Bruto luchaba por la patria en un combate mortal. Pero ¿qué mejor podría hacer en los mejores de mis últimos días?… Ahora mismo sigo sintiendo la necesidad

de decir más cosas. Mi vida fue silenciosa; mi muerte es locuaz. ¡Ya basta!».

CONTINUACIÓN

«Sólo otra cosa más tengo que decirte.

»Tú tendrías que sucumbir, que desesperar, pero el espíritu te salvará. Ni el laurel ni la corona de mirto te consolarán; sino el Olimpo, el Olimpo vivo, presente, eternamente joven, que florece en tomo a tus sentidos. El mundo, con su hermosura, es mi Olimpo; en él vivirás y recobrarás tu alegría con las sagradas criaturas de este mundo, con los dioses de la naturaleza.

»¡Sed bienvenidos vosotros, los buenos, los fieles, los profundamente desconocidos, los ausentes! ¡Jóvenes y viejos, sol y tierra y Éter, junto con todas las almas vivas que por vosotros juegan, en torno vuestro, en amor eterno! ¡Oh, acoged de nuevo en la familia de los dioses a los hombres que eternamente buscan, a los prófugos! ¡Acogedlos en la patria de la naturaleza, de la que han huido!

»¡Tú conoces este designio, Hiperión! Tú hiciste que naciera en mí. Tú lo realizarás en ti, y sólo entonces descansarás.

»Con él me basta para morir con alegría, como una doncella griega.

»Los infelices que lo único que conocen es su miserable tarea, que sólo sirven a la necesidad y desprecian el genio, los que no te respetan; ¡vida simple de la naturaleza!, son quienes deben temer a la muerte. Su yugo se ha convertido en su mundo; no conocen nada mejor que su servidumbre; temen a la libertad divina que nos da la muerte.

»¡Pero yo no! Yo me he elevado por encima de la obra que tan deficientemente han construido las manos de los hombres, yo he sentido la vida de la naturaleza, que es más alta que todo pensamiento… Aunque me convirtiera en planta, ¿sería acaso tan grande el daño?… Existiré. ¿Cómo podría extraviarme de la esfera de la vida donde el amor eterno, que es común a todos, mantiene unidas todas las naturalezas? ¿Cómo podría separarme de la alianza que une a todos los seres? Ella no se rompe tan fácil como los flojos lazos de esta época. Ella no es como un día de mercado, en que el pueblo corre de aquí para allí, se amontona y grita. ¡No! Por el espíritu que nos une, por el espíritu divino que es propio de cada uno y común a todos, ¡no, no!, en la alianza de la naturaleza la fidelidad no es ningún sueño. Sólo nos separamos para estar unidos más íntimamente, más divinamente en paz con todo, con nosotros. Morimos para vivir.

»Existiré; no me pregunto en qué me convertiré. Existir, vivir, es bastante, es la gloria de los dioses; y por eso da igual qué vida haya en el mundo de los dioses, y en él no hay señores ni siervos. Las naturalezas Viven unas con otras como amantes; todo lo tienen en común, espíritu, alegría y eterna juventud.

»Los astros han escogido la duración, ruedan siempre en la callada plenitud de la

vida y no conocen la edad. Nosotros representamos la perfección en el cambio; compartimos en melodías errantes los grandes acordes de la alegría. Como arpistas en tomo a los tronos de los antiguos, vivimos en tomo a los callados dioses del mundo, divinos también nosotros, y con la prófuga canción de nuestra vida atenuamos la radiante seriedad del dios sol y de los demás dioses.

»¡Contempla el mundo! ¿No es como un cortejo triunfal en marcha, con el que la naturaleza celebra el triunfo eterno sobre toda corrupción? Y para realzar su majestad, ¿no lleva la vida consigo a la muerte, en cadenas de oro, como llevaban antiguamente los señores de la guerra a los reyes prisioneros? Y nosotros, nosotros somos como las doncellas y los muchachos que acompañan con bailes y cantos, con formas y sonidos cambiantes, al mayestático cortejo.

»Ahora deja que me calle. Decir más sería excesivo. Sin duda, volveremos a encontramos…

»¡Afligido amigo! Pronto, pronto serás más feliz. Tu laurel aún no ha crecido, y tus mirtos se marchitarían, pues tú debes ser sacerdote de la divina naturaleza y ya germinan en ti los días poéticos.

»¡Oh, si yo pudiera verte en tu futura belleza! Adiós».

Al mismo tiempo, recibí una carta de Notara en que me escribía:

«Al día siguiente de escribirte por última vez se tranquilizó por completo, habló aún unas pocas palabras, dijo también entonces que preferiría separarse de la tierra por medio del fuego, en vez de ser enterrada, y que debíamos juntar sus cenizas en una urna y colocarla en el bosque, en el lugar donde tú, querido Hiperión, la encontraste por primera vez. Poco después, cuando Comenzó a oscurecer, nos dio las buenas noches, como si deseara dormir, y cruzó los brazos en tomo a su hermosa cabeza; hasta el amanecer, más o menos, la oímos respirar. Como entonces todo quedó en silencio y yo no oía ya nada, me acerqué a ella y escuché.

»¡Oh, Hiperión! ¿Qué más debo decir? Se había acabado, y nuestros lamentos ya no la despertaron.

»Es un terrible misterio que tal vida tenga que morir, y te lo confesaré, yo mismo no tengo ni sentido ni fe desde que me ha tocado ver esto.

»Pero siempre es mejor, Hiperión, una muerte hermosa que esta vida somnolienta que ahora es la nuestra.

»En el futuro, nuestra tarea será cazar moscas, y nuestra alegría será finalmente masticar los asuntos de este mundo como los niños las secas raíces de la higuera. Envejecer entre pueblos jóvenes me parece un placer, pero hacerse viejo donde todo es viejo me parece lo peor de todo…

»Casi me atrevería a aconsejarte, mi querido Hiperión, que no vinieras. Te conozco. Perderás el sentido. Además, aquí no estás seguro. ¡Querido amigo, piensa en la madre de Diotima, piensa en mí, y cuídate!

»Debo confesarte que me estremezco al pensar en tu destino. Pero también

pienso, sin embargo, que el verano abrasador no seca los manantiales más profundos, sólo la débil torrentera. Hiperión, te he visto en momentos en que me pareciste un ser superior. Ahora has sido puesto a prueba y debes mostrar quién eres. Adiós».

Esto me escribió Notara; y tú te preguntarás, Belarmino, cómo me siento ahora, mientras lo cuento.

Amigo, estoy tranquilo, pues no quiero tener nada mejor que lo que tienen los dioses. ¿No debe sufrir todo lo que existe, y más profundamente cuanto más excelso es? ¿No sufre la sagrada naturaleza? ¡Oh, mi divinidad, que tú puedas estar tan triste como feliz es algo que durante mucho tiempo no pude comprender! Pero el bienestar sin sufrimiento es sueño, y sin muerte no hay vida. ¿Querrías ser eternamente como un niño y dormitar como la nada? ¿Renunciar al triunfo? ¿No recorrer la escala de los perfeccionamientos? ¡Sí, sí, el dolor es digno de habitar en el corazón humano y de emparentarse contigo, oh naturaleza! Porque sólo él conduce de un placer a otro, y no hay más compañero que él…

Más tarde, cuando empecé a revivir, escribí a Notara desde Sicilia, adonde me había llevado un barco desde Paros:

«Te he obedecido, querido amigo; ya estoy lejos de vosotros y ya es hora de que te dé noticias mías; pero escribir me resulta difícil, debo confesarlo. Los bienaventurados, entre los cuales está ahora Diotima, no hablan mucho; en mi noche, en el abismo de los tristes, quedan también pocas palabras.

»Tienes razón, mi Diotima ha tenido una hermosa muerte; eso es también lo que me reconforta y me devuelve el alma.

»Pero el mundo al que vuelvo ya no es el de antes. Yo soy un extranjero, como los muertos sin sepultura cuando suben del Aqueronte, y aunque estuviera en mi isla natal, en los jardines de mi infancia, que mi padre me cierra, ¡ay!, aun en ese caso sería un extranjero en la tierra, y ya no hay ningún dios que pueda ligarme al pasado.

»¡Sí, todo aquello acabó! A menudo debo repetírmelo, tengo que encadenar con esas palabras mi alma para que se esté tranquila, para que no se excite con absurdas y pueriles tentativas.

»Todo aquello acabó; y aunque pudiera llorar, divina Belleza, como tú lloraste antiguamente por Adonis, no volvería a mí mi Diotima; las palabras de mi corazón han perdido su fuerza, pues sólo el viento me escucha.

»¡Oh Dios!, ¡y pensar que yo mismo no soy nada y que el más común de los artesanos puede decir que él ha hecho más que yo!, ¡que pueden consolarse los pobres de espíritu y que se ríen y me tratan despectivamente de soñador porque mis hechos no han llegado a la sazón, porque mis brazos no son libres, porque mi época se asemeja al feroz Procusto, que arrojaba a una cuna a los hombres que capturaba, y para que cupieran en aquel pequeño lecho les cortaba los miembros a su medida!

»¡Al menos si no fuera tan desconsolador lanzarse solo en medio de esa muchedumbre demente y ser destrozado por ella!, ¡o si una sangre noble no se avergonzara de mezclarse con la sangre servil! ¡Oh dioses, si hubiera una bandera

bajo la cual pudiera servir mi querido Alabanda, o unas Termópilas donde pudiera yo derramar con honor, junto con mi sangre, todo el amor solitario que ya nunca me servirá de nada! Desde luego, seña mejor si pudiera vivir, vivir en los nuevos templos, en el Ágora, en medio de las nuevas asambleas de nuestro pueblo, calmar con grandes alegrías mis grandes penas; pero de eso prefiero no hablar, porque cuando pienso en ello sólo consigo llorar con todas mis fuerzas.

»¡Ay, Notara! También lo mío se acabó. Mi propia alma me disgusta, porque tengo que reprocharle la muerte de Diotima, y las ideas de mi juventud, que tuve por grandes, ya no me sirven. ¡Ellas fueron las que envenenaron a mi Diotima!

»Y ahora, dime ¿dónde encontrar asilo?… Ayer subí al Etna. Allí recordé al gran siciliano que antiguamente, harto de contar las horas, emparentado con el alma del mundo, y a pesar de su temerario gusto por la vida, se arrojó a las poderosas llamas. “Sin duda porque poeta tan frío tenía necesidad de calentarse al fuego”, como dijo más tarde alguien burlándose de él.

»¡Cómo me hubiera gustado merecer yo también la misma burla! ¡Pero hay que tener más estima de sí mismo de la que yo me tengo para volar así hasta el corazón de la naturaleza sin haber sido llamado! O dale a eso el nombre que quieras, pues realmente tal como estoy ahora no tengo nombres para las cosas y todo me resulta incierto.

»Y ahora, Notara, dime: ¿dónde encontrar asilo?

»¿En los bosques de Calauria?… ¡Sí, allí en la verde penumbra donde se alzan nuestros árboles, los confidentes de nuestro amor, donde su mortecino follaje cae sobre la urna de Diotima como un crepúsculo y sus hermosas copas se inclinan hacia ella envejeciendo lentamente, hasta que un día se desplomen ellas también sobre las amadas cenizas…!, ¡allí, sí, allí sí que podría vivir de acuerdo con mi corazón!

»Pero tú me aconsejas que permanezca alejado; opinas que no estaría seguro en Calauria, y es probable que así sea.

»Ya sé que vas a remitirme a Alabanda. Pero, escucha, él estará destrozado. Aquel firme y fino tronco está seco también, y los miserables van a sacar de él astillas, y con ellas se encenderán un alegre fuego. Está lejos; tiene ciertos buenos amigos que le consolarán, que son realmente los más apropiados para ayudar a aquél a quien la vida le resulta algo pesada; y a casa de éstos ha ido de visita. ¿Por qué? Porque no tiene nada más que hacer, o, si quieres saberlo todo, porque una pasión le roe el corazón. ¿Y sabes por quién? Por Diotima, a la que cree aún viva, casada conmigo y feliz… ¡Pobre Alabanda!, ¡ahora nos pertenece a los dos!

»Él partió en dirección Este y yo viajo hacia el Noroeste porque se me presenta una oportunidad de hacerlo…

»Y ahora, ¡adiós!, ¡adiós todos vosotros, a quienes amo!, ¡a quienes llevo en mi corazón, amigos de mi juventud, y vosotros, padres, y vosotros los que sufrís, queridos griegos todos; adiós!

»¡Y vosotros, aires que me habéis alimentado en la tierna infancia, y vosotros,

oscuros bosques de laureles, y vosotras, rocas de la costa, aguas majestuosas que enseñasteis a mi espíritu a anhelar vuestra grandeza… ¡ah!, ¡y vosotras, tristes imágenes donde se alzó mi melancolía, muros sagrados que aún rodeáis las ciudades de los héroes, antiguas puertas que franquearon tantos hermosos caminantes, columnas de templos y ruinas de los dioses!, ¡y tú, oh Diotima!, ¡y vosotros, valles de mi amor, arroyos que habéis visto su divina imagen, árboles junto a los que se ha serenado, primaveras que ella ha vivido, deliciosa, entre las flores… no os separéis de mí! Pero ya que así ha de ser, ¡desapareced también vosotros, dulces recuerdos, y abandonadme, porque el hombre no puede cambiar nada, y la luz de la vida viene y se va a su antojo!».

HIPERIÓN A BELARMINO

Así es como vine a caer entre los alemanes. No pedía mucho, y esperaba encontrar aún menos. Llegué con humildad, como Edipo ciego y sin patria a las puertas de Atenas, donde fue recibido por el bosque sagrado y acogido por almas bellas…

¡Qué distinta fue mi suerte!

Bárbaros desde tiempos remotos, a quienes el trabajo y la ciencia, e incluso la religión, han vuelto más bárbaros todavía, profundamente incapaces de cualquier sentimiento divino, corrompidos hasta la médula —felizmente para las sagradas Gracias—, ofensivos para cualquier alma bien nacida, tanto por sus excesos como por sus insuficiencias, sordos y faltos de armonía, como los restos de un cántaro tirado a la basura… así, Belarmino, eran quienes debían consolarme.

Es duro lo que voy a decir, y sin embargo lo digo porque es la verdad: no puedo figurarme ningún pueblo más desgarrado que los alemanes. Entre ellos encontrarás artesanos, pero no hombres, pensadores, pero no hombres, sacerdotes, pero no hombres, señores y criados, jóvenes y adultos, pero ningún hombre… ¿No es todo esto como un campo de batalla donde yacen entremezclados manos y brazos y toda clase de miembros mutilados, al tiempo que la vertida sangre de la vida se pierde en la arena?

«Que cada cual se dedique a sus ocupaciones», me dirás, y yo también lo digo. Sólo que debe dedicarse con toda el alma, no debe ahogar en sí cualquier otra fuerza que no concuerde exactamente con su ocupación, no tiene que ser sólo, con ese miedo miserable, literal e hipócritamente lo que su título indica, tiene que ser con seriedad y con amor lo que es, y entonces, en su quehacer vivirá un espíritu, y si se siente oprimido en una especialidad donde no es posible en absoluto la vida del espíritu, ¡que la rechace con desprecio, y vale más que aprenda a trabajar la tierra! Pero tus compatriotas prefieren atenerse a lo estrictamente necesario y por eso también hay entre ellos tanta chapuza y tan poco trabajo libre y auténticamente

exaltante. Y aun así, podría sacarse de ello algún partido si tales seres no fueran insensibles hasta tal punto a cuanto de hermoso hay en la vida, si no pesara en todas partes sobre este pueblo el anatema de una empecatada desnaturalización…

Las virtudes de los antiguos eran sólo brillantes defectos, dijo una vez no sé quién, alguna lengua envenenada; y sin embargo, incluso sus defectos eran virtudes, pues aun en ellos vivía un espíritu ingenuo y hermoso, y nada de lo que hacían se hacía sin alma. Pero las virtudes de los alemanes son brillantes maldades y nada más; pues sólo son fruto de la necesidad, impuesto a la sequedad del corazón con fatiga de esclavos por un miedo cobarde, y dejan sin consuelo a cualquier alma pura que guste de nutrirse de lo bello y que, acostumbrada al sagrado concierto de las naturalezas más nobles, no soporte las disonancias que rechinan en la totalidad del orden muerto de estas gentes.

Te aseguro: no hay en este pueblo nada sagrado que no haya sido profanado y rebajado al nivel del más miserable recurso, e incluso aquello que a menudo se conserva entre los salvajes divinamente puro, lo tratan estos bárbaros calculadores igual que se trata un oficio, y además no pueden actuar de otra manera, pues una vez que un ser humano está adiestrado, se pone al servicio de su objetivo, busca su provecho, no vuelve a entusiasmarse, ¡Dios le guarde!, permanece siempre en calma, y cuando celebra sus fiestas, y cuando ama y cuando reza, e incluso cuando llega la alegre fiesta de la primavera, cuando la época de la reconciliación del mundo hace desaparecer todas las preocupaciones y la inocencia impone su magia al corazón culpable, cuando el esclavo, embriagado por los cálidos rayos del sol, olvida alegremente sus cadenas, y los enemigos del hombre, amansados por el aire divinizado, se vuelven pacíficos como niños… cuando incluso a la oruga le nacen alas y zumba la abeja, ¡el alemán sigue dedicado a su tarea y no se preocupa del tiempo que hace!

¡Pero tú eres quien ha de juzgar, sagrada naturaleza! ¡Porque al menos si estas gentes tuvieran la modestia de no querer dictar la ley a los mejores de entre ellos!, ¡si al menos no ultrajaran todo lo que ellos no son o, si no pudieran evitar el ultraje, si al menos no despreciaran lo divino…!

¿O no es divino lo que despreciáis y consideráis sin alma? El aire que bebéis, ¿no es mejor que vuestros chismorreos?; los rayos del sol, ¿no son más nobles que todos vuestros ingenios?; los manantiales de la tierra y el rocío matinal que refrescan vuestros bosques, ¿sois capaces de hacerlos vosotros? ¡Ay, vosotros podéis matar, pero no dar vida, a menos que lo haga el amor, que no es vuestro, que no habéis inventado vosotros! Os preocupáis y discurrís para escapar al destino, y cuando vuestras mañas infantiles no os son de ninguna ayuda, no lo entendéis; mientras tanto, allá arriba, los astros apacibles siguen su curso. Envilecéis, desgarráis la paciente naturaleza en cuantas ocasiones os lo permite, pero ella continúa viviendo en su eterna juventud, y no podéis suprimir de ella ni el otoño ni la primavera, no podéis corromper el Éter.

¡Sí, forzosamente ha de ser divina, para que intentéis destruirla y sin embargo no se altere, y, a pesar vuestro, lo hermoso siga siendo hermoso!

También resulta descorazonador contemplar a vuestros poetas, a vuestros artistas y a todos aquellos que se preocupan todavía del genio y aman y cultivan lo hermoso. ¡Pobrecillos! Viven en el mundo como forasteros en su propia casa, son como el paciente Ulises cuando, con aspecto de mendigo, estaba sentado ante su propia puerta, mientras los insolentes pretendientes alborotaban en el salón y preguntaban: «¿Quién nos ha traído a ese vagabundo?».

En el pueblo alemán, los discípulos de las musas crecen llenos de amor, de espíritu y de esperanza; los ves siete años más tarde y andan errantes como sombras, silenciosos y fríos, son como un terreno que el enemigo ha sembrado de sal para que en él no crezca nunca más ni una brizna de hierba; y cuando hablan, ¡ay de aquél que los comprende, que en sus titánicos asaltos y en sus tretas proteicas sólo ve la lucha desesperada que su hermoso espíritu destruido lleva a cabo contra los bárbaros con los que él tiene que enfrentarse!

«Nada es perfecto en este mundo» es la vieja canción de los alemanes. ¡Que no haya nadie capaz de decir a estos seres abandonados por los dioses que si todo es tan imperfecto entre ellos es porque sus toscas manos manchan cuanto es puro y profanan todo lo sagrado, que entre ellos no prospera nada porque no se preocupan de la divina naturaleza, que es la raíz de la prosperidad, que la vida entre ellos es realmente sosa y está cargada de preocupaciones y saturada de frías y mudas discordias, porque sólo desdén tienen para el genio que pone fuerza y nobleza en cada acción humana y serenidad en el sufrimiento, y lleva amor y fraternidad a las ciudades y a las casas!

Y por eso también temen tanto a la muerte y sufren todas las ignominias por amor a esa vida de ostras que llevan, porque no conocen nada más elevado que su chapucería, que ya no les funciona.

¡Oh Belarmino!, cuando un pueblo ama lo bello, cuando honra al genio en sus artistas, circula en él un espíritu general igual al aire de la vida, la timidez se desvanece, la vanidad se disipa y todos los corazones son devotos y grandes, y el entusiasmo engendra héroes. Tal pueblo es la patria de todos los hombres, y al forastero le gusta quedarse en él. Pero ¡ay!, donde la naturaleza divina y sus artistas son tan maltratados, desaparece el mayor encanto de la vida, y cualquier otro astro es preferible a la tierra. Allí los hombres, a pesar de haber nacido todos en la hermosura, se vuelven cada vez más salvajes y yermos; crece el espíritu de servidumbre, y con él el zafio envalentonarse; con las preocupaciones aumenta la borrachería, y con el lujo el hambre y el temor por la subsistencia; los dones de cada año se convierten en una maldición, y los dioses huyen.

¡Y desgraciado del extranjero a quién el amor hizo emprender el viaje y que llega a tal país, y tres veces desgraciado aquel mendigo que, como yo, empujado por un gran dolor, viene a dar en tal pueblo!

¡Ya basta! Tú me conoces, Belarmino, y no lo tomarás a mal. Hablaba también en

tu nombre, hablaba en nombre de cuantos están en este país y sufren como yo he sufrido.

HIPERIÓN A BELARMINO

Entonces quise irme de Alemania. Ya no quería seguir buscando nada en ese pueblo, ya había sido mortificado bastante con implacables ultrajes, no quería que mi alma se desangrara por completo entre tales gentes.

Pero la celeste primavera me retuvo; era la única alegría que me quedaba, sí, era mi último amor, ¿cómo podía yo pensar en otras cosas y abandonar el país donde estaba también ella?

¡Belarmino! Nunca había experimentado de forma tan completa aquella antigua sentencia del destino: que una nueva felicidad nace en el corazón cuando se mantiene firme y logra soportar y atravesar la medianoche de la pesadumbre, y que, como el canto del ruiseñor sólo se oye en la oscuridad, el himno a la vida del mundo sólo se deja escuchar en nosotros en el fondo del dolor. Pues a partir de entonces viví en compañía de los árboles en flor como entre genios benéficos, y los claros arroyos que a sus pies corrían me arrancaban, con sus susurros semejantes a voces divinas, las penas del pecho. ¡Y lo mismo me sucedía en todas partes, querido Belarmino!… cuando descansaba en la hierba y el verdor de su tierna vida me rodeaba, cuando subía a la tibia colina donde las rosas crecen al borde del sendero pedregoso, o cuando recorría en barca las riberas del río y todas las islas que su cuidado mantiene.

Y a menudo cuando, de mañana, subía a la cumbre de la montaña como los enfermos van en busca de la fuente milagrosa, por entre las flores aún dormidas, y mientras que junto a mí las avecillas, saciadas de las dulzuras del sueño, echaban a volar desde los matorrales, titubeando en la luz del amanecer y ávidas del día, y el aire, ya más vivo, llevaba hasta lo alto las oraciones de los valles, las voces de los rebaños y el son de las campanas matinales, y después, cuando la alta luz, con su serenidad divina, recorría su camino habitual, encantando la tierra con la vida inmortal que templaba su corazón, y todos sus hijos volvían a sentirse vivos… entonces, como la luna que se queda un rato en el cielo para compartir la alegría del día, permanecía solitario yo también por encima de la llanura, y derramaba lágrimas de amor contemplando sus límites y el brillo de las corrientes de agua, y durante mucho tiempo no podía apartar los ojos de aquel espectáculo.

O al atardecer, cuando me hundía en el valle hasta la cuna de la fuente, donde me rodeaban con sus murmullos los oscuros robles, y la naturaleza me enterraba en su paz como al que muere de muerte sagrada; y luego, cuando la tierra era una sombra y una vida invisible susurraba en las copas de los árboles, y sobre las copas se mantenían quietas las nubes del atardecer, montaña deslumbrante desde la que caían sobre mí los rayos celestes como torrentes para saciar al viajero sediento…

«¡Oh sol, oh vientos!», exclamaba entonces, «¡sólo entre vosotros vive todavía mi corazón como entre hermanos!».

Así me entregaba cada vez más a la cordial naturaleza, incluso de una forma excesiva. ¡Pero me hubiera gustado tanto transformarme en niño para estar más cerca de ella, me hubiera gustado tanto saber menos y convertirme en un puro rayo de luz para estar más cerca de ella! ¡Oh, sentirme un instante inmerso en su paz, en su belleza, valía para mí más que años enteros de pensamientos, más que todos los experimentos del hombre, que quiere experimentarlo todo! Todo lo que he aprendido, lo que he hecho en mi vida, se derretía como el hielo, y todos los proyectos de la juventud se extinguían en mí; y vosotros, lejanos seres queridos, muertos y vivos, ¡qué íntimamente unidos estábamos!

Un día estaba sentado junto a un pozo en el campo, lejos de casa, a la sombra de unas rocas cubiertas de hiedra y, en lo alto, de arbustos en flor. Era el mediodía más hermoso que yo había visto nunca. Soplaba una dulce brisa y la tierra resplandecía aún con su frescura matinal, y la luz sonreía silenciosamente en su Éter natal. La gente se había marchado a descansar del trabajo en la mesa familiar; mi amor estaba solo con la primavera y había en mí una nostalgia indefinible. «Diotima», grité, «¿dónde estás, sí, dónde estás?». Y creí escuchar la voz de Diotima, la voz que en otro tiempo me había serenado en los días alegres…

«¡Estoy con los míos», gritó, «con los tuyos, con los que desconoce el extraviado espíritu de los hombres!».

Un dulce pavor se apoderó de mí y mis pensamientos se adormecieron en mi interior.

«Hermosas palabras de aquella sagrada boca», exclamé al despertarme. «Querido enigma, ¿te he entendido bien?».

Y aún me volví a mirar otra vez la fría noche de los hombres, y me estremecí y lloré de alegría por ser tan feliz, y me parece que pronuncié palabras, pero eran como el crepitar del fuego cuando asciende y deja las cenizas tras de sí…

«¡Oh naturaleza, con tus dioses», pensé, «yo he soñado hasta el final el sueño de las cosas humanas y digo que sólo tú vives, y cuanto han conseguido o pensado los hombres inquietos se derrite como granos de cera al calor de tus llamas!

»¿Cuánto hace que están privados de ti? Oh, ¿cuánto hace que sus muchedumbres te injurian, te insultan a ti y a tus dioses, que están vivos en apacible felicidad?

»Los hombres caen de ti como frutos podridos; ¡deja que se hundan en ti, así volverán de nuevo a tus raíces! Y a mí, oh árbol de la vida, ¡hazme reverdecer otra vez contigo y envolver con mi aliento tu copa y los botones de tus ramas, apaciblemente unidos tú y yo, pues todos hemos brotado de la misma dorada semilla!

»¡Oh fuentes de la tierra!, ¡oh flores!, ¡y vosotros, bosques, y águilas, y tú, luz fraterna!, ¡qué antiguo y qué nuevo es nuestro amor!… Somos libres, no nos asemejamos exteriormente, ¿pues cómo no iban a ser distintas nuestras formas de vida? Pero todos amamos el Éter e interiormente, en lo más profundo de nosotros,

nos asemejamos.

»Tampoco nosotros, Diotima, tampoco nosotros estamos separados, y llorar por ti es no comprenderlo. Nosotros somos notas vivas sonando conjuntamente en tu armonía, ¡oh naturaleza! ¿Y quién podría romperla?, ¿quién puede separar a los que se aman?

»¡Oh alma, alma! ¡Belleza del mundo, indestructible, fascinante, en tu eterna juventud! Tú existes; ¿qué son, pues, la muerte y todo el sufrimiento de los hombres? ¡Ah, cuántas palabras huecas y cuántas extravagancias se han dicho! Sin embargo, todo nace del deseo y todo acaba en la paz.

»Como riñas entre amantes son las disonancias del mundo. En la disputa está latente la reconciliación, y todo lo que se separa vuelve a encontrarse.

»Las arterias se dividen, pero vuelven al corazón y todo es una única, eterna y ardiente vida».

Estos fueron mis pensamientos. La próxima vez te hablaré más de ellos.

JOHANN CHRISTIAN FRIEDRICH HÖLDERLIN (20 de marzo de 1770 – 7 de junio de 1843) fue un poeta lírico alemán. Su poesía acoge la tradición clásica y la funde con el nuevo romanticismo.

Notas

[*] Esta frase se dedica a san Ignacio de Loyola en un epitafio simbólico incluido en la *Imago primi sæculi Societatis Iesu*, volumen que la Compañía de Jesús publica en Amberes para celebrar su primer centenario en 1640. Podría traducirse así: «Cosa divina es no estar ceñido por lo más grande y, sin embargo, estar contenido entero en lo más pequeño». *(N. del E. D.)* <<

[*] A la primera edición del primer volumen. *(N. del t.)* <<

[**] Moraleja: *fabula docet*. En latín en el original. *(N. del t.)* <<

[*] «El no haber nacido triunfa sobre cualquier razón. Pero ya que se ha venido a la luz lo que en segundo lugar es mejor, con mucho, es volver cuanto antes allí de donde se viene». Sófocles, *Edipo en Colono* [Sófocles, *Tragedias*, Biblioteca Clásica Gredos, 40. Traducción de Assela Alamillo]. *(N. del E. D.)* <<

[1] En el año 1770. <<